

R. VALENTÍN G. DE LA FUENTE

BIOGRAFÍA
DEL
BEATO SIMÓN DE ROJAS

BIOGRAFÍA
DEL
BEATO SIMON DE ROJAS

AVE-MARÍA



BIOGRAFÍA

DEL

BEATO SIMÓN DE ROJAS

DE LA ORDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (R. C.)

Y

FINÍSIMO CAPELLÁN DE MARÍA SANTÍSIMA

POR EL

R. P. Valentín G. de la Fuente

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN

Y

CURA RECTOR DE LA PARROQUIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL,

PARANÁ (REPÚBLICA ARGENTINA), DESDE EL 6 DE

JUNIO DE 1901 AL 25 DE NOVIEMBRE DE 1909.

=====
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS
=====

VALLADOLID

Imprenta del Colegio Santiago.

1912

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



NIHIL OBSTAT

FR. JOANNES ANTONIUS A JESU

Carmelita Excalceatus, Censor.

IMPRIMATUR

† JOSEPH M.^a CARDINALIS DE COS

Archiepiscopus Vallisoletanus.

Hay un sello en tinta encarnada que dice: Arzobispado de Valladolid.

Valladolid, 20 de Febrero de 1912.

Informe de los Censores
designados por el M. R. P. Prior Provincial de
la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús
de Filipinas.

Cumpliendo la orden de V. R. de examinar el manuscrito del R. P. Fr. Valentín G. de la Fuente, titulado BIOGRAFÍA DEL BEATO SIMÓN DE ROJAS, que fué premiado con el *primer accesit* en el Certamen celebrado en Madrid por la Real Congregación del Dulce Nombre de María el 22 de Noviembre de 1911, hemos leído detenidamente dicho trabajo y certificamos que nada se encuentra en él que sea opuesto á la fe y buenas costumbres, antes bien juzgamos que su lectura servirá de gran estímulo á la piedad.

Dios guarde á V. R. muchos años.

Valladolid, 29 de Enero de 1912.

Fr. Tirso López.

Fr. Ricardo Cantero.

PROVINCIA
DEL
SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS
DE FILIPINAS

Fr. Luciano M. Illa, Prior Provincial de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, del Orden de Ermitaños de N. P. S. Agustín, etc.

Por lo que á Nos toca y en vista del informe favorable emitido por los Examinadores M. R. Padre Fr. Tirso López, Maestro en Sagrada Teología, y R. P. Fr. Ricardo Cantero, Regente de Estudios, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse el manuscrito titulado BIOGRAFÍA DEL BEATO SIMÓN DE ROJAS, cuyo autor es el R. P. Fr. Valentín G. de la Fuente.

Dadas en Madrid, selladas con el sello menor de nuestro oficio y refrendadas por nuestro Secretario á 29 de Febrero de 1912.

Fr. Luciano M. Illa, Prior Provincial.

Por mandado de N. M. R. P. Prior Provincial,

Fr. José Mouriño, Secretario.

INDULGENCIAS

CONCEDIDAS POR VARIOS DE LOS VENERABLES
PRELADOS DE ESPAÑA Y DE LA REPÚBLICA
ARGENTINA, Á LOS LECTORES DE LA
PRESENTE BIOGRAFÍA

ESPAÑA

El Emmo. Sr. Cardenal de Cos se dignó conceder 200 días por cada Capítulo que de ella se leyere.—Valladolid 18 de Marzo de 1912.

Los Emmos. Sres. Cardenales Aguirre, Arzobispo de Toledo, y Almaraz, de Sevilla, igual número de días.

Los Exemos. y Rmos. Sres. Arzobispos de Zaragoza, Burgos, Valencia y Granada, 100 días cada uno.

Los Exemos. é Ilmos. Sres. Obispos de Salamanca, Pamplona, Palencia, Jaca, Sigüenza, Barcelona, Ciudad-Real, Osma, Ciudad-Rodrigo, León, Madrid-Alcalá, Cuenca, Segovia, Teruel y Albarracín, Zamora, Málaga, Cádiz y Ceuta, bondadosamente se han dignado conceder 50 días de indulgencia cada uno, á los lectores de esta Biografía.

REPÚBLICA ARGENTINA

Concedemos 100 días de indulgencia á los lectores de la Biografía del Beato Simón de Rojas.—16 de Abril 1912.

† *Mariano Antonio,* Arzobispo de Buenos Aires.

Concedemos 50 días de indulgencia á los lectores de la Biografía del Beato Simón de Rojas.

† *Abel,* Obispo de Paraná.

Paraná, Mayo 10 de 1912.

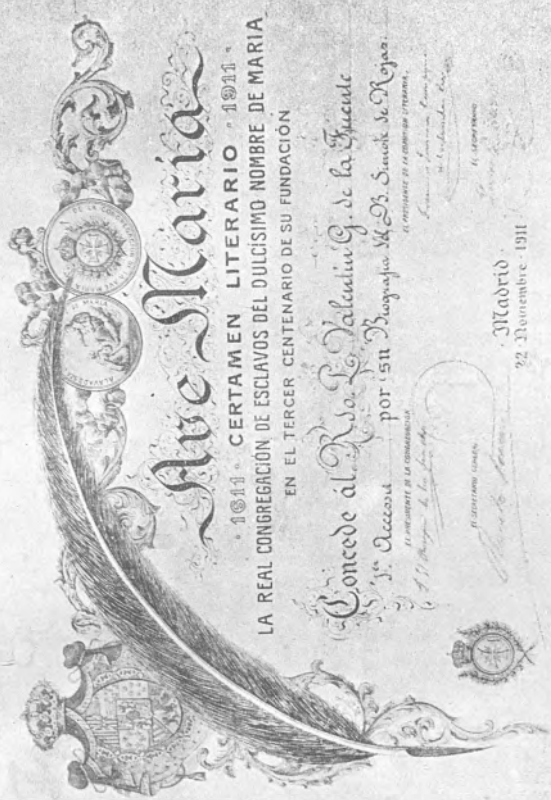


P. Valentín G. de la Fuente
agustino

AVE-MARÍA

A la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María, considerándola por tantos y tan justos títulos digna, como verá el lector, de que esta obrita, debil reflejo de la maravillosa y santa vida del que fué su ínclito y eximio fundador el Beato Simón de Rojas, le sea dedicada, contando con el beneplácito de su Junta Directiva, con sumo gusto y placer de su alma así lo hace

EL AUTOR



Ave Maria

1911 CERTAMEN LITERARIO 1911
 LA REAL CONGREGACIÓN DE ESCLAVOS DEL DULCISIMO NOMBRE DE MARIA
 EN EL TERCER CENTENARIO DE SU FUNDACIÓN

Concede al *D.º Fr. Valentin G. de la Fuente*
 1.º Accésit por su *Trayectoria M. D.º Sancti de Rojas.*

El presidente de la Congregación
El secretario de la Congregación
El secretario de la Congregación



Madrid
 22 Noviembre 1911

PRÓLOGO

La respetable personalidad del M. R. P. Fr. Valentín G. de la Fuente, Rector del Real Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid, me ruega que le escriba una introducción á su «Biografía del Beato Simón de Rojas». Bien quisiera excusarme de ello, ya que otros mucho más dignos y competentes que yo al efecto, podrían hacerlo con mayores y más legítimos títulos; pero así lo desea quien me honra con su valiosa amistad y justo es corresponderle en la medida de las fuerzas propias, por escasas que estas sean.

No necesita, ciertamente, de presentación alguna, el sabio religioso, autor de la biografía, pues es conocido con ventaja por sus virtudes y su talento: ni el trabajo que nos ocupa reclama aplausos, alabanzas ni recomendaciones, toda vez que á un tribunal competentísimo le ha merecido la distinción de premiarle en público y muy notable Certamen literario.

En otra ocasión análoga ha sido ya premiado el M. R. P. Fr. Valentín G. de la Fuente, pues lo fué en el Certamen literario que en Buenos Aires celebró la Sociedad «Juventud Católica de San Luis

Gonzaga» con motivo del quincuagésimo aniversario del Dogma de la Inmaculada Concepción, el día 8 de Diciembre de 1904.

Por ello y hechas estas salvedades, vamos á consignar unas cuantas ideas y á dar cuenta de algunos hechos memorables y dignos de ser mencionados, como lo son todos los del esclarecido y humildísimo religioso trinitario, y de otros relacionados con él y que tuvieron lugar en nuestra ciudad queridísima de Valladolid.

De gran consuelo y satisfacción nos ha servido leer la extensa y erudita «Biografía del Beato Simón de Rojas» escrita por el P. Valentín G. de la Fuente; de consuelo, al ver que, aunque pocos, aún hay alguno que se acuerda de nuestro olvidado, si no es ya desconocido, paisano; y de satisfacción al recorrer, una por una, la exposición de sus heroicas virtudes y de los prodigios obrados por Dios mediante la intervención de nuestro ilustre Beato.

El P. Fr. Francisco de la Vega y Toraya, predicador general, procurador especial de las provincias de España en la corte de Roma, ministro que fué en el Real convento de Burgos y en el de Nuestra Señora de los Remedios en Fuensanta, secretario de la provincia de Castilla, visitador en ella y cronista general de la religión Trinitaria, en su «Vida del Venerable Siervo de Dios y finísimo Capellán de María Santísima, P. Maestro Fr. Simón de Rojas» da razón de dos hechos extraordinarios llevados á cabo por el citado Beato, durante su permanencia en el convento de Trinitarios Calzados de Valladolid. Tenía Fr. Simón gran devoción y cariño á una imagen de la Virgen, de media talla, con el niño Dios en los brazos, que había en el descanso principal de la escalera del convento: ante ella oraba constantemente, la adornaba con luces y con flores y quemaba diferentes aromas; dice el P. Vega: «un enfermo á quien visitó le dió una manzana y el Padre Rojas se la puso al Niño de la Virgen de la escalera. Un religioso se la comió y al instante se

puso mortal. Receló de lo que era y llamó al P. Rojas á quien se lo manifestó, y viendo su arrepentimiento, le dijo: Ave-María, Padre mío, ¿no hay más que tomar al Niño la manzana? Tómese la calentura que le ha dado; lo que importa es desenojarle y confesarse de sus culpas, que todas se causaron por una manzana que comieron nuestros primeros padres; por esas sí que estará enojado el Niño Jesús, que no por la manzana que le quitó. Hízolo así el enfermo y le aseguró en nombre de Dios la salud. Hizo buscar unas manzanas y poniéndolas al Divino Niño, luego estuvo bueno. Fué mucha la devoción á esta Sagrada Imagen de la Virgen, y en atención á ese prodigio, nunca faltaba al Niño fruta, la cual llevada á los enfermos, sanaban. Por más que hemos hecho no hemos podido averiguar dónde se halla esta veneranda Imagen».

Al venir el Beato Simón de Rojas á Valladolid con el Rey D. Felipe III el año 1615, reedificó las aceñas propias del convento, destruidas por una inundación, levantadas sobre el río Pisuerga, entre el puente y la huerta del convento, de las cuales hoy se conservan algunas ruinas. Costó la reedificación tres mil ducados y la llevó á cabo el P. Rojas, sin tener un maravedí. He aquí cómo lo hizo, según el citado biógrafo P. Vega: «Un día le pidieron los oficiales dinero á cuenta de lo que habían trabajado: el P. Rojas no lo tenía y respondióles con mucho amor: Ave-María, no tengo un maravedí; pero confíen en Dios, que socorrerá esta necesidad. Uno más impaciente repuso: Bien comerán nuestros hijos con Ave-Mariás. Enternecióse el Padre á esta voz, bajóse á decir misa acompañado de los obreros, y al llegar todos al sitio donde estaba la Imagen de la Virgen en la escalera principal, se apareció allí un mozo en traje de estudiante y dijo al P. Rojas: El Lic. Vega, mi amo, envía á V. P. estos 500 reales y que lo encomiende á Dios. Recibióles el Venerable Padre y derramando lágrimas puesto de rodillas delante de Nuestra Señora, la

dijo: ¡Ah! Virgen Santísima, cómo si nosotros pudiéramos todas nuestras esperanzas en vos y en vuestro precioso hijo, todas nuestras miserias y necesidades fueran socorridas! y volviendo á los oficiales les dijo: qué les parece cómo la Virgen Santísima ha remediado nuestra necesidad? Dióles el dinero que pedían y se fueron admirados y confusos de lo que habían visto y examinado con sus ojos. Otra vez se halló necesitado de dinero para la obra y acudió á María Santísima en su Imagen de la escalera. Al instante llegó un mozo con un papel y sin examinar de quién era ni lo que contenía, lo puso á los pies de Nuestra Señora y dijo al Padre que le acompañaba: ayúdeme á dar gracias á Nuestro Señor y á esta Divina Princesa; puestos de rodillas derramó el Venerable Padre muchas lágrimas; de allí á poco, se levantó, y abriendo el papel, decía quien lo enviaba: P. Rojas, encomiéndeme V. P. en la misa á Nuestro Señor y tome esos 300 reales que yo quisiera fueran doblones. Otro sábado buscó al P. Rojas el religioso que tenía la cuenta del gasto, para preguntarle lo que se debía aquella semana. Halló al Santo Ministro ofreciendo una misa en el coro pequeño de la Capilla que llamaban de Vergara, saludóle y le dijo que cómo estaba tan sólo cantando, habiendo tantos religiosos que lo hiciesen ó por lo menos le ayudasen. Respondió: Ave-María, gusto yo de estar solo aquí por estar más recogido. Bien me parece eso, le repuso; pero ¿qué se ha de hacer de dinero para pagar á los oficiales y la piedra que se ha traído? Mire, Padre, sirvamos á Dios, dijo Rojas y no tenga miedo que nos falte; tengo esto por cierto. Acabada la misa bajaron los dos, y en la escalera, se llegó al P. Rojas un muchacho, le dió 400 reales y un papel, en que decía encomendase á Dios á quien los enviaba. Púsose de rodillas ante la Virgen de la escalera para darla gracias y deshecho en ternuras, dijo al otro religioso: ¿Qué le parece, Padre, no le dije yo que sirviésemos á Dios y su Madre nos favorecería? ¿Qué

más claro quiere que nos lo diga Nuestro Señor y nos aliente á tener confianza en Su Divina Majestad? Con esta cantidad pagó los oficiales y la piedra y era puntualmente lo que se debía aquella semana».

En Valladolid resucitó dos veces al P. Fr. Miguel Sánchez; sanó al hermano Juan de Santa María y otras personas, reconcilió multitud de discordias y enemistades y otra infinidad de prodigios.

Don Ventura Pérez, testigo presencial de los hechos y autor de un minucioso y modestísimo diario de Valladolid, nos refiere los sucesos ocurridos en nuestra ciudad con motivo de la beatificación del P. Rojas, y de sus apuntes extractamos lo principal.

El día 31 de Diciembre de 1749, los Padres del convento de la Trinidad calzada, celebraron función de gracias por haber aprobado el Papa Benedicto XIV los milagros del P. Fr. Simón de Rojas: el 20 de Enero de 1761, hubo solemne función religiosa en el mismo convento, como rogativa, por verse aquel día en Roma la causa de la beatificación y en 3 de Diciembre de 1765, se repitió la función religiosa, con fuegos de artificio por haber llegado al convento la noticia de la aprobación de un milagro del Venerable Padre. En 10 de Junio de 1766, se recibió en esta ciudad la buena nueva de la solemne beatificación del mismo, en celebración de lo cual se tocaron las campanas y reloj de la santa iglesia y en toda la ciudad á las doce del día; hubo luminarias y hogueras, y, en el convento de la Trinidad iluminaron por tres noches los tejados, torres y linterna de la iglesia: el día 11 asistió el Ayuntamiento á la Catedral, á una solemne misa de gracias y el día 12 hizo lo mismo el convento de los Trinitarios. El día 21 de Septiembre principiaron las fiestas con que Valladolid celebró la beatificación de su esclarecido hijo, con el toque de las campanas de todas las iglesias de la población y el reloj suelto de la Catedral, iluminaciones, música y

fuegos artificiales. Se llevó la imagen del Beato á la Catedral y en esta iglesia celebró solemnísima función el Cabildo; el día 23 la ciudad y lo mismo el día 24 con una más grandiosa procesión que recorrió las principales calles, en las cuales los religiosos de todas las órdenes levantaron preciosos altares, presidiendo fiesta tan extraordinaria, el Ilmo. Sr. Obispo y el Ayuntamiento.

La Universidad literaria hizo su función el día 25 en la iglesia del convento de la Santísima Trinidad; el día 26 los RR. PP. Jesuitas de los colegios de San Ignacio, San Ambrosio y San Albano, la tuvieron en la del primero, hoy iglesia parroquial de San Miguel. Las hermandades de los *mornios* y del Ave-María, celebraron sus funciones en la Trinidad, los días 27 y 28 y hasta el 4 de Octubre siguiente continuaron las fiestas de corridas de toros y fuegos, iluminaciones y danzas: y por último las religiosas de San Bartolomé, orden de la Trinidad calzada, tuvieron en su convento, que ya no existe, solemne función el día 5; el 12 gran festival los gremios y los Padres Trinitarios descalzos fuegos en la plaza del Conde de Benavente y función religiosa en la iglesia de su convento, hoy parroquial de San Nicolás, el siguiente día 13.

A pesar de todo esto, nuestra ciudad, desde entonces acá, triste es confesarlo, se ha cuidado muy poco, mejor dicho nada, de conservar y honrar la memoria de tan esclarecido varón. Ni una iglesia ni una capilla, ni una fiesta ó solemnidad religiosa especial le consagran, ni siquiera se le ha ocurrido poner su nombre á una calle. Sin embargo, aún estamos en sazón de hacerlo, aunque en los tiempos presentes no soplan los vientos de ese lado. Olvido tan lamentable puede y debe subsanarse solicitando se promueva el expediente de canonización del Beato Simón de Rojas, gloria de la religión, ornamento meritísimo de la esclarecida orden Trinitaria, y honra de España y prez riquísima de Valladolid, su cuna.

Ojalá que la interesante biografía del Beato Simón de Rojas escrita con tanto acierto como entusiasmo por el R. P. Fr. Valentín G. de la Fuente, excite en los corazones de todos los fieles la devoción más tierna y constante hacia el humildísimo, santo y milagroso siervo de Dios.

Casimiro González García-Valladolid.

Abogado.

Cronista de esta ciudad.

Correspondiente de la R. A. de la Historia.

Valladolid, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora en 1912.



BEATO SIMÓN DE ROJAS

* VALLADOLID 28 OCTUBRE 1552

† MADRID 29 SEPTIEMBRE 1624

BIOGRAFÍA DEL BEATO SIMÓN DE ROJAS

CAPÍTULO PRIMERO

Epoca y lugar de su nacimiento.—Infancia y primeros estudios de Simón de Rojas.

CONTADAS son las naciones que pueden ostentar, en las páginas de su historia, un siglo que encierre para ellas tantas grandezas, tantos esplendores y tantas glorias, como encierra para nuestra querida Patria, España, el siglo XVI.

Sus hijos, en ese siglo de oro, han sobresalido en el cuadro de su bellísima historia en todos los órdenes: en santidad y en virtud (que es lo que forma los verdaderos héroes), en las ciencias, en las letras, en las artes y en las armas. Recordad nada más que de paso nombres tan gloriosos como éstos: Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, padre de los pobres é hijo del Gran San Agustín; Ignacio de Loyola, fundador insigne de la nunca bastante ponderada

Compañía de Jesús, Francisco Javier y Francisco de Borja, Pedro de Alcántara y Luis Beltrán, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz y Pascual Bailón, Rosa de Lima (peruana), Miguel de los Santos y José de Calasanz. Unid á esos nombres gloriosos por la santidad, los de teólogos tan profundos como Sepúlveda, Salmerón, Laynez y Soto, con Suárez y Cano; de altísimos místicos, como Fr. Luis de Granada, Beato Orozco, Tomé de Jesús, Malon de Chaide, Diego de Estella y Fr. Luis de León; de hombres de estado, es decir, adornados de esas cualidades rarísimas de buen gobierno, como el Cardenal Jiménez de Cisneros, Bartolomé de las Casas y Felipe II; de conquistadores y grandes capitanes, como Hernán Cortés, Pizarro, D. Juan de Austria, Legazpi y Urdaneta, Solís y Sebastián de Elcano; de poetas, como Ercilla, Garcilaso y Lope de Vega; de escritores de ingenio y fama mundial como Cervantes; de escultores y pintores como Berruguete, Sánchez-Coello, el Montañés y Fernández Navarrete; y veréis con cuánta razón se puede asegurar haya habido muy pocas naciones en el mundo que registren en sus anales un siglo parecido en grandezas al décimosexto de nuestra patria, pues era, como sabe el lector, imperio tan colosal, que en sus dominios no se ponía el sol; era la mayor monarquía que vieron los orbes; de España recibían leyes y ordenanzas las cinco partes del mundo, y, como dice el elegante escritor P. Víctor Van Tricht, cuando la patria es grande, grande hace á los corazones de sus hijos.

En esa atmósfera de grandeza, y en el lugar donde á la sazón residía la Corte española, vino al mundo Simón de Rojas y Navamuel. Valladolid fué

su cuna, y el día 28 de Octubre de 1552 es la fecha de su nacimiento.

Sus padres, que se llamaron Gregorio y Constanza, eran naturales, el primero de la nobilísima ciudad del Cid, de la antigua é histórica Burgos, y Constanza, de la celebérrima aldea próxima á Madrid, llamada Móstoles, nombre imborrable por lo simpático para todo corazón español, porque de allí, como saben hasta los niños, salió el formidable grito de guerra contra los invasores de la Patria el año 1808.

Así Gregorio como Constanza eran nobles por su sangre y más nobles é ilustres por las virtudes que heredaron de sus antepasados; pero ni la nobleza de la sangre, ni las riquezas, ni siquiera la hermosura, fueron la causa del Santo Matrimonio celebrado entre Gregorio y Constanza; el móvil de esa indisoluble unión fué la mejor dote que puede llevarse á un matrimonio por parte de ambos contrayentes y la que constituye, en verdad, la felicidad de los casados, ora sean estos ricos, bien sean pobres. ¿Quién no sabe que esa dote que todos los que se casan deben de codiciar y aun exigir como condición indispensable para ser felices, se llama virtud?

Tal fué la que, al contraer el suyo, llevaron ambos esposos, y por eso se conservaron en paz, se tuvieron siempre cariño y fueron felices. Y como la virtud no es teórica, de ahí que la ocupación predilecta de Gregorio y de Constanza era su práctica; sus visitas ordinarias, los hospitales; su comunicación y su trato, Dios y los Santos, y el empleo de sus cuantiosas riquezas, las obras de beneficencia y de piedad.

De tan santo enlace, de estirpe tan ilustre, nació

Simón, mandándole Dios al mundo como vaso escogido de todas las virtudes.

Doña Constanza, devotísima de la Virgen de la Antigua que se venera en la parroquia que lleva tal nombre, al sentirse próxima á dar á luz, movida como por impulso soberano, ofreció el fruto de sus entrañas á la Madre de las misericordias, pidiéndola que Ella le admitiese por hijo suyo, renunciando desde luego Constanza, en ese sentido, al título de madre.

La Virgen Santísima, correspondiendo á los deseos de Constanza, admitió la ofrenda, á la vez que le manifestaba que aquel niño que en su seno llevaba, le adoptaba por hijo, y que él se encargaría de publicar por todo el mundo las grandezas de su Dulcísimo Nombre.

Consolada así Constanza por la Virgen Santísima, sintió imponderable gozo en su espíritu, y el 28 de Octubre del año 1552, en lo más profundo de la noche, sin apercibirse siquiera la familia, y dispensada por la madre de la Gracia de los dolores del parto, Constanza dió á luz á Simón, llevando tal nombre por ser aquel día consagrado por la Iglesia á los Santos Apóstoles San Simón y San Judas.

Llenos de la más sincera gratitud los padres de Simón para con la Santísima Virgen María, se lo manifestaron apresurándose á llevarle en seguida al templo para que recibiese las aguas regeneradoras del Bautismo, que fué el día 4 de Noviembre, día en que nació para el cielo, abandonando este destierro, el insigne santo á cuya orden había después de pertenecer el nuestro; en este día, queremos decir, eran premiados los méritos del fundador, (aunque en realidad la fundadora lo fué la Santísima Virgen),

de la orden conocida en el mundo con el nombre de la Santísima Trinidad de la Redención de cautivos; nos referimos á San Félix de Valois.

En la nave izquierda de la Catedral de Valladolid, hay tres capillas; la del centro, que es conocida con el nombre de la Capilla de los Dolores, tiene un altar dedicado á la Santísima Virgen de este título, dando frente á la puerta de entrada á la capilla, y á la derecha, se ve otro altar dedicado al Beato Simón de Rojas.

En él se contempla un precioso cuadro de tres metros de alto por dos de ancho formando el retablo del mismo altar. El Beato Simón, en su hábito de religioso trinitario, se halla de rodillas; la Santísima Virgen, en actitud de ceñir el cingulo de la Pureza al Beato, está rodeada de Angeles, y á los pies del Beato, está pintada la flor simbólica de la pureza, la azucena. Más adelante veremos en dónde, cuándo y cómo tuvo lugar el episodio á que hace alusión el citado cuadro. Va reproducido en esta Biografía. (Cap. VI).

Al lado del Evangelio, y adosado al mismo cuadro, se lee lo que copiamos á la letra y dice así: «El Beato Simón de Roxas nació en esta Capilla »año 1552 á 28 de Octubre siendo casa de sus »Padres D. Gregorio Ruiz Navamuel y D.^a Constanza de Roxas. Fué Bauti^{do} en la Ygl^a biega y murió »siendo Confesor de la Rei^a D.^a Ysabel de Borbón »año 1624 en 29 de Sept^{re}».

En el lado de la Epístola, se lee esta otra inscripción hecha en un cuadro idéntico en forma y altura; dice así: «En 13 de Mayo año 1766 le Beati»ficó Clemente XIII, y el Ilmo. Cabildo mandó

»adornar su antigua Pintura con este Retablo, á su
»devoción para culto suyo á maior Gloria de Dios
»el año 1776».

Frente por frente al altar del Beato Simón se halla el sepulcro, y en él están los restos del fundador de aquella capilla. Se lee en el sepulcro lo siguiente: «D. Juan Bared fundador de esta Capilla »vecino que fué de esta Ciudad de Valladolid ordinario de las Villas de Castrojeriz y de Santillana en »el Principado de Asturias dotó y fundó diferentes »Memorias y Obras pias en esta Santa Yglesia y »Ciudad de Valladolid y en dichas Villas de Castrojeriz y de Santillana. Falleció el 25 de Agosto »de 1616 y se trasladaron sus restos á esta Capilla y »sepulcro el 30 de Agosto de 1702».

Junto al altar del Beato Simón, se guardan varias reliquias, y entre ellas, se nos enseñó una del Beato Simón de Rojas, conservada en un gran relicario de plata, pues mide más de 0'50 centímetros de alto, y muy artístico; reliquia depositada allí por el Excmo. Sr. Cardenal Moreno, siendo Arzobispo de la Archidiócesis de Valladolid. Al rededor de la peana de dicho relicario, se lee lo siguiente: «Hueso fémur de la pierna izquierda del Beato Simón de Rojas».

Hemos dado todos estos detalles por hallarse relacionados con el lugar donde nació nuestro biografiado.

Fundadamente esperábamos tener la no pequeña satisfacción de insertar aquí la partida de Bautismo del Beato Simón de Rojas; y decimos con fundamento, porque apenas leímos la inscripción de que ya hemos hecho mención al hablar del altar

dedicado en la Catedral al Beato Simón de Rojas, «*Fué bautizado en la Igle^a bieja*» nos dirigimos en seguida al señor ecónomo de la Antigua, D. Martín Bravo, y fué tanta la cortesía y amabilidad de dicho señor, que puso á nuestra disposición el libro «1.º de Bautismo en la Antigua, desde el 14 de Julio de 1530 años, hasta el 11 de Junio de 1583», y otro «Libro de algunos bautizos en esta Santa Yglesia Cathedral desde el año 1549 asta el 1601.—1.º de Bautismos».

Registrados detenidamente, y con el interés que el lector puede suponer, por mí, que era el más interesado y por otras personas competentísimas y muy amigas, no ha sido posible hallarla en los citados libros; no obstante agradecemos aquí muy de corazón al Señor Cura párroco su delicada atención y deferencia...

Gregorio y Constanza tuvieron antes que á Simón otros dos hijos á quienes pusieron por nombre respectivamente, Gregorio y Ana. El primero fué también religioso, de la orden del Seráfico Padre San Francisco, vistiendo su hábito en el célebre convento que la orden tenía en Valladolid. Dotado de clarísimo ingenio, fué un religioso verdaderamente docto, desempeñando elevados puestos dentro de su religión. Felipe III, teniendo en cuenta sus excelentes cualidades, le nombró Arzobispo de las Charcas (América). Agradeció al Rey su deferencia y la honra que con tal nombramiento le hacía, pero estimó más que la dignidad ofrecida, el retiro y soledad de su celda, porque en ella podía entregarse mejor y con más seguridad al servicio de Dios. En la religión debió de llevar el nombre de Juan, por lo que ahora diremos.

Ana casó con Francisco de Astudillo, como consta por una nota que debemos á la generosidad de nuestro amigo, D. Narciso Alonso Cortés, y que dice así:

«Matrimonio de Ana de Rojas, hermana de *Fray Juan* y Fr. Simón de Rojas, con Francisco Astudillo, celebrado en la Catedral de Valladolid á 30 de Noviembre de 1570».

(Archivo parroquial de la Antigua.—Libro 1.º de Matrimonios de la Catedral, fol. 428).

A estos dos hermanos siguió Simón, y tanto éste como Gregorio y Ana, fueron educados en los principios de la verdadera sabiduría, en el temor santo de Dios, ciencia en la que sus buenos padres eran maestros consumados por ir delante con sus buenos ejemplos. Constanza se esmeró sobre todo en inculcar en el tierno corazón de su hijo Simón el amor á la Reina de los Cielos, ya que se le había ofrecido por hijo, y sólo tenía catorce meses de edad cuando prorrumpió en estas divinas alabanzas á las Santísima Virgen: AVE-MARÍA, que fueron las primeras palabras que articuló su inocente lengua, no dejándolas ya de decir á cada paso en su larga vida. Los primeros años su misma madre se encargó de la educación de Simón, y cuando era ya algo mayorcito le buscó como ayo á un sacerdote, para que dirigiera con más acierto y prudencia que ella lo podía hacer, sus pasos por el camino del bien. Mas era tal la corrección con que se conducía Simón y su formalidad, que no le dió ningún trabajo, y más que acciones y diversiones de niño, todo cuanto Simón hacía, parecía propio de un hombre reflexivo y entrado en años. Una de sus diversiones favoritas y

piadosas, era formar altares en su propia casa, adornarlos con luces y con flores y quemar delante de ellos flores aromáticas; y, cuando ya supo leer, cantar himnos á Dios y alabanzas tiernísimas á su Madre Santísima.

En esa edad tan tierna, hizo ya por medio de Simón un ruidoso milagro la Santísima Virgen. Una noche, sin saber cómo, rezando sus oraciones y teniendo el altar encendido, le sorprendió el sueño (que tal vez fuese dulcísimo éxtasis) prendióse una luz en el adorno del altar, creció la llama, aumentóse el fuego y comenzó á arder la habitación y la casa. Se dan cuenta los vecinos que la habitan y á los gritos de *fuego, fuego*, todos se alarmaron y se asustan. Al oír aquellas voces vuelve en sí Simón, y sin asustarse en lo más mínimo, lleno de dulzura y de tranquilidad, dice confiadamente estas palabras: *Ave-María*. Al eco de las mismas y á su poderoso imperio, obedecen las llamas, cediendo en su voracidad el destructor elemento con admiración suma de cuantos lo vieron.

Dicho se está que el sacerdote le instruyó con esmero, de un modo especial, en el significado y representación del Santo Sacrificio de la Misa, la que oía con ardiente y fervorosa devoción. Con su piedad se iba desarrollando también su inteligencia, y sus padres, deseando perfeccionar en Simón esa parte nobilísima del hombre, le hicieron ingresar en la Universidad de su ciudad natal—Valladolid—para que en ella aprendiese las artes liberales. Estudiando estuvo hasta la edad de diez y seis años é hizo notabilísimos progresos en sus estudios. Pudo, sí, obtener un puesto distinguidísimo en el mundo,

sin abandonar sus inclinaciones piadosas, pues tenía en la Catedral de Valladolid dos tíos prebendados y ambos deseaban fuese su sustituto ó coadjutor en el cargo; pero tuvo Simón por más acertado hacerse pobre por Cristo que vivir entre las riquezas expuesto á perder más fácilmente las de la gloria. A aquella edad miraba con envidia á los que abrazaban la vida religiosa, pues la consideraba vida de Angeles, y aunque amaba con igual afecto á todas las órdenes religiosas y se hallaba dispuesto á ingresar en cualquiera, pedía no obstante el devoto joven fervorosamente á Dios le manifestase cual era su divina voluntad, porque deseaba saber en cual agradaría más á Dios, que era todo su anhelo.

Un verdadero prodigio ó singular visión le indicó á qué religión era por Dios llamado.

Se le aparecen á nuestro joven tres hermosísimos mancebos; eran tres ángeles vestidos del Santo Hábito de la religión de la Santísima Trinidad de Redención de cautivos, conversan con él amablemente y le invitan en tan divino coloquio á que sea su compañero.

Ya no le queda la menor duda al joven Simón de que era por Dios llamado á la esclarecida orden de los religiosos Trinitarios.

CAPÍTULO II

Es admitido Simón en el Real Convento de la Santísima Trinidad de Valladolid.—Le impone el Santo Hábito de la orden el insigne religioso y entonces Ministro de aquel convento, P. Maestro Fr. Rodrigo de Terán.—Profesa Fr. Simón después de cuatro años de Noviciado.—Es destinado á Salamanca á continuar sus estudios y en aquella ciudad es ordenado de Sacerdote.

EL convento de Valladolid, de la orden de los PP. Trinitarios calzados, pertenecía á lo que aquellos religiosos designaban provincia de Castilla, siendo dicho Real Convento uno de los más principales de la misma y se hallaba situado en el mismo lugar que está hoy construído el teatro de Lope de Vega. Al remover los escombros del antiguo convento, se hallaron algunos cuerpos íntegros é incorruptos de algunos religiosos allí sepultados. Así se lo hemos oído á persona que nos merece entera fe, el P. Tirso López, quien lo oyó á personas que lo presenciaron (1).

(1). Este venerable agustino que fué, hace ya treinta años, Maestro de novicios del que esto escribe, ha

Siguiendo Simón los impulsos sobrenaturales de la gracia y los deseos de la voluntad de Dios, por modo tan maravilloso al mismo Simón manifestada, solicitó ingresar en el citado convento, admitiéndole gustosísimo su Venerable Prelado, pues vió claramente ser vocación del cielo. No se opusieron los padres de Simón á sus deseos de ingresar religioso, antes accedieron como buenos cristianos á que se consagrara por completo á Dios, y el día 27 de Octubre del año 1568, víspera de San Simón y San Judas, á los dieciseis años justos de edad, recibía Simón de manos del R. P. Maestro Fr. Rodrigo de Terán, docto Prelado del convento de Valladolid, el santo Hábito Trinitario que tanto le había de honrar con sus heroicas acciones al correr de los años. ¡Qué día más feliz para Simón! Contemplando realizados sus deseos, viendo ya su

residido durante ese largo período de tiempo en este Real Colegio de PP. Agustinos Filipinos, de Valladolid.

Desde hace ya muchos años es cronista de la Orden Agustiniiana, y sus vastos conocimientos históricos son causa de que con frecuencia (como en más de una ocasión hemos tenido la oportunidad de verlo), sea consultado en esas materias por personas ilustradísimas de España y del extranjero.

Forma parte, en esta ciudad de Valladolid, de la Junta nombrada por el Gobierno para velar por la conservación de los monumentos nacionales, y es además, desde el año 1882, socio correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Ponemos esta nota después de estar censurada esta Biografía, y lo hacemos así presente á nuestros lectores por si se han fijado que uno de los censores de la misma es el mencionado M. R. P. Fr. Tirso López.

dicha en la tierra, decía, con no menos fervor que el real profeta David: (Salmo 83). «¡Oh gran Dios de las virtudes y qué dulces son tus moradas! Toda mi alma desfallece y no puede resistir su ansioso anhelo por la casa del Señor. Mi corazón y aun mi carne se transportan de alegría, siempre que piensan en Dios vivo.

El pajarillo halló su quietud y sosiego y la tórtola su nido: bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor».

Con tan hermosos sentimientos determinó Simón, en lo más íntimo de su corazón, ser perfecto, ya que á ello se veía también obligado por su nuevo estado; queriendo imitar en la pureza á los ángeles consagró á Dios desde aquel día sus sentidos y sus potencias; y á hacer grandes progresos en el camino de la virtud contribuyó no poco el tener por maestro en su noviciado al Venerable Padre Fr. Bernardo de la Cruz, del cual decía después Simón: «temo que su enseñanza me acuse delante de Dios, pues habiéndome dado maestro tan perfecto no cumplo ni con sus enseñanzas ni con sus ejemplos si no soy santo». Y á serlo aspiró constantemente, pues su pensamiento le tenía frecuentemente absorto en Dios, y á su inocente cuerpo le mortificaba con ayunos, disciplinas y cilicios y otras penitencias ya asombrosas, á la vez que procuraba acrecentar en su corazón el amor á la Santísima Virgen María.

No uno, como ahora se acostumbra, sino cuatro años duró el noviciado de Fr. Simón por no permitir entonces las leyes de la orden hacer la profesión hasta tener cumplidos los veinte años. De esta ley

dispensó más tarde Su Santidad el Papa Alejandro VII, para que conformándose con el Concilio Tridentino se pudiera profesar también en ella á los diez y seis, como era costumbre en las demás religiones. Durante esos cuatro años sacó Fr. Simón gran fruto de perfección y de santidad.

Era todo su placer estar siempre ocupado, siendo precisamente en los oficios humildes en donde más se recreaba su alma, y los enfermos y achacosos deseaban que los asistiese como enfermero, persuadidos que su gran caridad, era más eficaz que todos los remedios y medicinas para conseguir la salud.

Al cumplir los veinte años fué admitido con sumo gusto y agrado de los Padres que formaban el Consejo para que pudiera hacer su profesión, y no es fácil ponderar el gusto y alegría con que Fr. Simón de Rojas hizo á Dios el sacrificio de consagrarse de un modo irrevocable á Él, pues eso significa la profesión religiosa: anonadamiento, más aún, aniquilamiento propio, morir al mundo y vivir sólo para Dios.

El mismo día en que nació y vino al mundo, día de San Simón, y en lo más hermoso de la vida, veinte años de edad, moría Fr. Simón gustosísimo, al mismo mundo, separándose para siempre de él por medio de los votos solemnes religiosos que hizo ante el M. R. P. Fr. Pedro Criales, quien en ausencia del P. Prior, Maestro Terán, que acababa de ser electo Provincial, desempeñaba el cargo de Presidente interino de aquel convento. Hasta en los colores de su rostro manifestaba Fr. Simón el gozo purísimo, la alegría santa de que se hallaba, en aquellos momentos envidiables, inundado su corazón.

El noviciado está única y exclusivamente destinado á la formación espiritual del religioso; de ahí que una vez hecha la profesión, los superiores le destinan, bien sea en la misma casa, bien en otra distinta, para que forme su inteligencia y se dedique, sin olvidar jamás las prácticas religiosas, á los estudios que suelen estar siempre de conformidad con el fin primordial del Instituto al cual pertenece el recién profeso. Determinaron, pues, los superiores, que el joven Fr. Simón fuese á perfeccionarse en sus estudios en la entonces celeberrima ciudad de Salamanca, donde tan brillante y floreciente era el estado de las letras y en donde la religión Trinitaria, como la de Dominicos y Agustinos, tenía insignes maestros en su tan nombrada Universidad. Fácil le fué á Simón cumplir con el mandato de sus superiores, porque aunque tan joven en la religión, su obediencia era la de un varón perfecto, experimentando, no obstante, el natural sentimiento de dejar á sus padres, de quienes se despidió con suma ternura y amor filial, por saber, con luz especial del cielo, que no tardarían ambos en pasar á mejor vida.

También para los religiosos del Convento de Valladolid la marcha de Fr. Simón fué motivo de un día de dolor por lo mucho que todos le amaban.

Como á dos leguas de Medina del Campo, camino ya de Salamanca, se hallaba el célebre santuario de Nuestra Señora de las Virtudes, y siendo Fray Simón tan devoto de la Santísima Virgen, se detuvo á visitar á tan soberana Señora. Al tiempo de entrar en aquella santa casa, recibió su alma tales consuelos, que más que vivir en la tierra le parecía el tiempo que duraron ser cortesano del cielo.

Comunicó sus deseos al Prelado de aquel convento-santuario, de permanecer allí unos días para hacer una novena á la Virgen de las Virtudes. El Prelado correspondió benigno á sus deseos y durante aquellos días su habitación ordinaria, más que el convento, fué la iglesia, pues ni de día ni aun de noche acertaba á separarse de la presencia de aquella Señora, de quien había quedado como prendado de su amor.

Durante aquellos días, el alma de Fr. Simón recibió ricos tesoros de divina luz, y tales consuelos, que cualquiera que le mirase podía con facilidad conocer ser excesivos, pues aunque procuraba el devoto Fr. Simón ocultarlos, le delataban sus mismos sentidos.

Tal fué el siguiente milagroso efecto, el singular favor que recibió de María y que no pudo de modo alguno ocultar.

Refieren los que le trataron y conocieron, que Fray Simón, desde su nacimiento era algo tartamudo, encontrando dificultad en la expresión; mas he aquí que una de aquellas mañanas en que salía de visitar á la Imagen de la Santísima Virgen, se le vió tan libre de aquel defecto natural, que de su pronunciación tan clara y lo limpio de sus frases se deprendía era el médico divino quien había aplicado la medicina. No pudo menos de llamar la atención de todos aquella novedad y preguntáronle la causa; pero como no tenían derecho á saberla aquellos que le hicieron tal pregunta, escusábase modestamente Fr. Simón, y si le acosaban á preguntas tomaba el partido de huir porque estaba como avergonzado y corrido de que llegase á saberse.

Tan humilde era, que á nadie quería comunicar los favores que recibía de lo alto. Deseoso el Prelado de saber cómo y quién le había hecho aquel beneficio, le llamó, y al ver el humilde y devoto Fr. Simón que la obediencia le imponía revelase aquel secreto que con tanto estudio quería él ocultar en su corazón, sufrió congojas de muerte, pero al fin respondió con gran sinceridad y notable humildad: «Que estando una de aquellas noches en oración, se le había aparecido María Santísima acompañada de muchos ángeles, y que con fuego que la misma Reina de los ángeles traía en sus manos, aplicado á sus labios y lengua, quedó purificada su boca y expedita su lengua. Más aún, añadió el humilde religioso, efecto de aquel incendio divino he sentido mi entendimiento iluminado con capacidad para entender las verdades sobrenaturales y misterios soberanos. El superior, admirado de la fineza que la Santísima Virgen había usado con su devoto, y advertido de cuánto distinguía ya Dios á Fr. Simón de Rojas, pues tan temprano le hacía favores tan singulares, creyó cuanto el sencillo religioso le había manifestado y le prometió, puesto que lo pedía con lágrimas en los ojos, guardar el secreto que por obediencia le había revelado.

Pasados los nueve días, se despidió Fr. Simón del Prelado y religiosos que estaban en el santuario de la Virgen de las Virtudes, lleno de la más profunda gratitud á las atenciones que con él habían guardado, y podemos decir que no se despidió de la Santísima Virgen, porque allí quedó su corazón é hizo promesa de que á visitarla vendría siempre que la obediencia se lo permitiera.

Una vez ya en el convento de Salamanca se presentó al Superior y le prestó la obediencia acostumbrada, rogándole á la vez le encargase de los oficios más humildes y penosos del Colegio, tales como la limpieza y el aseo del mismo, cosas que cumplía fielmente, sin descuidar, antes cumpliendo con más exactitud que el religioso más observante, las obligaciones de la Comunidad. No le quedaba con eso largo tiempo para los estudios; de ahí la gran admiración de sus maestros, porque viéndole estudiar tan poco, le veían ir delante de los más aventajados discípulos en ingenio y aplicación. Ignoraban, sin duda, que una luz sobrenatural iluminaba á aquella inteligencia, y que su sabiduría era más que humana.

Estudió en el Colegio Salmantino la Teología Escolástica y la Mística, haciendo en ellas rapidísimos progresos; pero donde progresaba aún mucho más que en estas sublimes ciencias, era en la ciencia sin comparación, más necesaria y más sublime, cual es la ciencia de los Santos.

Grande debía de ser la de Simón, su santidad queremos decir, cuando en la opinión pública era tenido por santo, pues al verle por la calle solían exclamar: *ya viene por allí el santo Trinitario*. De ser varón perfecto y consumado, á pesar de ser tan joven, dió pruebas evidentes en más de una ocasión; sólo hemos de referir el caso siguiente que demuestra los profundos conocimientos que poseía Fray Simón, así como su profunda humildad.

Desempeñaba una cátedra llamada de Escoto, en la célebre Universidad de Salamanca, el celebérrimo teólogo trinitario Fr. Marcos de Sepúlveda,

uno de los hombres más ilustrados de aquellos tiempos. Le fué preciso ausentarse de ella por una temporada, y buscando el Rector de la Universidad quien le sustituyera en dicha cátedra, ninguno de los religiosos le pareció más oportuno que el bendito Fr. Simón.

Eran tan grandes su modestia y humildad, que se resistió cuanto le fué posible á aceptar tan distinguido puesto de honor; pero fueron tantas las instancias, á las cuales, hasta se juntó el mandato del Superior, que se rindió obediente á ello.

El Espíritu Santo asegura que el varón obediente en todas sus empresas tiene seguridad de entonar el himno de la victoria: *Vir obediens loquetur victorias*. (Prov. XXI-28), y confiado en este testimonio del que no puede equivocarse, aceptó nuestro Fr. Simón la cátedra del Maestro Sepúlveda y la desempeñó con tan singular acierto y tan universal aplauso y aprovechamiento de sus discípulos, que no se echó de ver la falta de tan insigne y distinguido Maestro.

Cumplía por entonces Fr. Simón, veinticinco años, edad ya competente para ser ordenado de sacerdote, y sus Superiores, viéndole tan adelantado en ciencia y virtud, cualidades ambas de suma necesidad en el que ha de ser embajador y ministro del Señor de las ciencias y del Dios de las virtudes, *quoniam Deus scientiarum Dominus est, et Dominus Deus virtutum*, le indicaron se preparase para recibir el orden sagrado del Presbiterado. Se reputaba, sí, indignísimo, en su profunda humildad, de dignidad tan excelsa; pero viendo ser esa la voluntad de Dios, se ordenó de sacerdote pidiendo tan sólo al Prelado le permitiese celebrar su primera

misa en su querido Santuario de Nuestra Señora de las Virtudes y ¡qué serie de coincidencias! el día de los Santos Apóstoles San Simón y San Judas, fecha y aniversario de su nacimiento, toma de hábito y profesión religiosa, con una preparación que envidiaría un Ángel, celebró por primera vez, ante aquella bendita Imagen de quien era Simón tan devoto, el augusto y tremendo sacrificio de nuestros Altares...

Si no en esta ocasión, en otra en que se hallaba celebrando en el mismo altar y ante un numeroso concurso, al llegar á aquellas palabras del ofertorio: «Recibe, Padre santísimo, esta Inmaculada Hostia que yo indigno siervo tuyo te ofrezco», fué tal la viveza y la grandeza que por una parte sintió de aquel misterio y por otra el abismo de su indignidad é ingratitud de los hombres, que quedó en éxtasis por espacio de una hora, y al darse cuenta después de la misa de lo que le había ocurrido, quedó tan avergonzado y confundido cual si hubiera cometido algún grave delito... En aquel desierto donde se venera la Imagen de Nuestra Señora de las Virtudes y en compañía de aquella Virgen Purísima á quien amaba con tanto amor, se hubiera quedado para siempre el nuevo sacerdote, pues allí encontraba cuanto anhelaba su espíritu; pero la voluntad de Dios era que volviese á Salamanca para ser por la obediencia destinado de nuevo, aunque por breve tiempo, al convento de Valladolid.

CAPÍTULO III

El P. Simón de Rojas, Vicario de Villoruela.

AL ordenarse de sacerdote, Fray Simón tenía cumplidos sus estudios de Teología, ó en otros términos, acabada su carrera eclesiástica, y el P. Provincial le envió al convento de Valladolid á recibir ó esperar las órdenes oportunas que tuviera á bien darle. De sumo gusto fué para el joven sacerdote volver á aquel convento donde había pasado su noviciado, y en el cual había tan grandes maestros en la vida espiritual. Recreóse, sí, mucho su alma con tan venerable compañía, porque con ejemplos tan á la vista como en aquel observante convento tenía, decía el bendito Fr. Simón en su profunda humildad, podría entrar á aprender los primeros rudimentos en la escuela de la virtud; pero gozó muy poco de tan suaves y regaladoras delicias, pues no tardó el Provincial en hacerle Vicario de las religiosas de Villoruela.

Conocían ya estas religiosas y particularmente la Priora de aquel convento, Sor María de Tapia, al venerable P. Fr. Simón, no sólo como religioso de

superior talento, sino de un gran espíritu, pues había tratado algunas veces con él, pasando éste desde Salamanca á Virtudes, y tanto la Priora como las demás religiosas, le tenían en concepto de observantísimo religioso. Vacó á la sazón el oficio de Vicario; supo que el siervo de Dios se había retirado á Valladolid y deseando el bien de su Comunidad, se determinó escribir al Provincial suplicándole enviase por Vicario de aquel convento á Fr. Simón. Enterado el Superior del asunto y consultándolo con Dios, se resolvió dar á aquellas religiosas el consuelo que pedían y envió á Fr. Simón el oficio de Vicario de las religiosas de Villoruela; pues aunque era muy joven para semejante cargo, suplía la madurez de juicio y sólida virtud á su poca edad.

Partió al punto para su destino, pues en el precepto de obediencia leyó Fr. Simón la voluntad de Dios que así lo ordenaba, y esperó que Él, que así le mandaba, le daría las fuerzas suficientes para dirigir á aquellas almas sin detrimento de la suya.

Con tan excelente maestro en las vías del espíritu, no es de extrañar que aquellas religiosas, materia tan bien dispuesta para las cosas del cielo, hicieran grandes progresos en todas las virtudes, siendo para ellas sus mayores delicias las mortificaciones, los ayunos y las penitencias.

Encendió en sus corazones el amor divino en que se abrasaba su pecho y arraigó profundamente en el espíritu de aquellas buenas religiosas la ardiente devoción que él profesaba á la Reina de los Angeles...

Ordinariamente los religiosos tienen, según sus leyes, un tiempo determinado en sus oficios; acabó

el P. Simón de Rojas el suyo de Vicario del convento de las religiosas de Villoruelá, y en el Capítulo Provincial que el día 16 de Mayo de 1579 se celebró en Medina del Campo, teniendo en consideración sus altas prendas, le nombró la Provincia *Lector* del convento de Toledo, mandándole la obediencia aceptase el oficio. El siervo de Dios se despidió de aquellas sus hijas en el Señor, dejándolas muy ricas de virtudes, aunque sumidas en el dolor, por ausentarse un Padre y director espiritual que tanto provecho y utilidad había proporcionado á sus almas durante el tiempo que ejerció el cargo de Vicario de aquel convento.

CAPÍTULO IV

Camino de Toledo.—Visita el P. Rojas la Santa imagen de Nuestra Señora de la Caridad de Illescas.—Llega al antiquísimo convento de Toledo.—Cumple con su oficio de Lector el primero y segundo curso de Artes.—Explica en el mismo convento Teología.—Dedicase al púlpito y confesionario.—Sabios consejos que daba á sus discípulos é hijos espirituales.—Bachiller en Teología por la Universidad de Valladolid.

PARA ir á cumplir el P. Fr. Simón de Rojas con el nuevo cargo á que la obediencia le destinara, era precio pasar por la Villa de Illescas en donde se veneraba la imagen de Nuestra Señora de la Caridad. Siendo como era nuestro biografiado devotísimo de la Virgen, se dirigió á aquel célebre santuario para manifestarla así su amor y para pedirla á la vez su protección en el difícil cargo ó empleo que por obediencia había aceptado.

Llevaba el P. Simón de Rojas en su compañía á Fr. Alonso Yañez, que había de ser su discípulo, y también lo dispuso Dios así para que fuera testigo de un milagro y de una profecía.

El prodigio fué el siguiente: Estaban ellos orando en una capilla, cuando penetra un joven muy decidido á robar el *Cepillo* donde echaban las limosnas los fieles para sostener el culto de la soberana imagen, y al poner la mano en el cepillo, creyendo que nadie le veía, lo advirtió el P. Rojas y dijo á su compañero: *Raro atrevimiento, castigáralo Dios*. Al mismo tiempo aquella mano sacrílega quedó pegada á la caja que contenía las limosnas. Empezó á dar gritos el atrevido y miserable ladrón al verse cogido preso con tan sencillo prodigio en castigo de su atrevimiento. Acudió el P. Rojas á las voces, echóle en cara su delito y él propuso la enmienda; hace el santo padre oración á María Santísima y despréndese de la caja la mano del sacrílego, quien en adelante fué pregonero de aquella fineza que María obró por medio de su devoto el P. Simón. La profecía se cumplió, en que estando entonces la Santa Imagen en una ermita pobrísima, aseguró que á no tardar tendría otra suntuosísima como así sucedió, y que es la admiración de todos cuantos concurren á las solemnidades y fiestas que en ella se celebran.

Llegó Fr. Simón con su compañero al antiquísimo convento de Toledo, en donde vivían á la sazón varones observantísimos, muertos después algunos de ellos en opinión de santidad; entre ellos, por no citar otros, se contaban el venerable padre Fray Alonso de Rieros, Fr. Diego de Almodóvar y Fray Lucas del Pino.

El oficio ó cargo de Lector, es uno de los más difíciles y trabajosos, si se ha de desempeñar cual es debido, y de ahí sin duda, los honores, los privilegios y las distinciones de que suelen gozar en todas

las religiones los que le ejercen *cum fructu et laude*; pues en esto fué tan estricto el P. Rojas, que pudiera muy bien servir de norma y de modelo á todos los que son honrados con tal cargo. No se dispensaba el venerable padre Fr. Simón de ninguna de las obligaciones á que la Comunidad asistía. Antes que tocasen á maitines, que se rezaban á la media noche, ya le hallaban los religiosos en el coro, y después que la Comunidad se iba á recoger, allí se quedaba el P. Rojas orando y haciendo otras penitencias, muchos días hasta la hora de celebrar el santo sacrificio de la Misa; y con la misma puntualidad y exactitud con que asistía á los oficios de la media noche, seguía á la Comunidad en las demás obligaciones del coro durante el día, y aún se tomaba el trabajo de explicar la doctrina á los pobres que á la portería acudían en busca de la comida. Para todo le daba Dios Nuestro Señor tiempo y lugar, porque tenía bien repartidas las horas y las empleaba gustosísimo en su santo servicio, sin desatender en lo más mínimo su cargo de profesor.

Como había entrado en Toledo precedido de notable fama de sabio y virtuoso, le ofrecieron una cátedra que se hallaba vacante en la Universidad, pero él se excusó con humildad profunda, agradeciendo aquella honra de que se creía indigno.

Tres cursos completos explicó el P. Rojas en el convento de Toledo con verdadera utilidad para sus discípulos, pues á la profundísima doctrina unía sus admirables ejemplos; así que contó entre sus discípulos á Obispos, como Fr. Manuel de Reinoso que lo fué de Nueva Segovia; á Generales de la Orden, como el maestro Fr. Luis Petit; á Provinciales, como

á Fr. Fernando Núñez, que lo fué de la Provincia de Castilla y después Obispo de Nicaragua; más aún, á mártires como Fr. Juan de Aguilar, que murió gloriosamente en Argel, y á otros cien, y es que el bendito padre Fr. Simón enseñaba con su doctrina á ser sabios y con su observancia y ejercicios piadosos á ser perfectos, y así sacó religiosos que tanto ennoblecieron el hábito de la Merced.

Hemos dicho que el venerable padre Fr. Simón de Rojas, tenía la habilidad de tener tiempo para todo; así que, terminada su ocupación de Lector y demás atenciones del coro, se dedicaba con el beneplácito de su superior al ministerio de la predicación y al del confesonario, y en uno y en otro empleo no buscaba más que la gloria de Dios y la santificación propia y de sus semejantes. ¡Qué documentos y enseñanzas salían siempre de sus purísimos labios! Siempre solía comenzar con estas palabras:—Ave-María—y aseguraba el venerable padre que si no empezaba con estas tiernas voces—Ave-María,—no acertaba á escribir ni á pronunciar palabra.

Es imposible consignar aquí las máximas, sentencias y consejos que así á sus discípulos como á sus hijos espirituales daba con frecuencia el Venerable P. Rojas; pero para juzgar de cuán provechosas serían para los que las pusiesen en práctica, oigamos algunas. A sus discípulos les decía:

«Quien más estudia, experimenta lo poco que sabe, por lo mucho que conoce ignora».

«Para ser uno buen estudiante, bástale un buen libro de la facultad que profesa».

«Hace á los hombres grandes, la sangre; mayores, la sabiduría; eminentísimos, la virtud».

«Los varones cuerdos, con más gusto oyen que hablan, mejor aprenden que enseñan».

«Aprendamos á vivir y morir bien, que sólo ésto aprovechó á los que más supieron y estudiaron».

Los consejos que daba á sus hijos espirituales estaban basados en aquellas hermosísimas palabras del real profeta David, del salmo 33, vers. 13: «Huye del mal, obra el bien; ama la paz y sacrifica tus inclinaciones por lograrla. *Haz bien*: Este es el camino real para hallar á Dios que es Sumo Bien y esto es muy fácil de conseguir, no porque para ésto tengas tu caudal, pero liberal te lo alarga Dios; para obrar el bien te ayuda el Señor con su gracia. *Busca la paz*, que nunca deja de ser barata á cualquiera precio. ¡Oh, si supieras lo que goza quien tiene segura la conciencia! Ten paz con Dios porque éste es el mayor bien á que el corazón humano puede aspirar...» y con tan sólido cimiento y segurísima base, levantaba el Venerable P. Fr. Simón de Rojas el edificio de la perfección cristiana y religiosa en los hijos espirituales que se ponían bajo su experta y santa dirección.

Dice el P. Fr. Francisco de la Vega y Toraya en su Vida del Beato Simón de Rojas, cap. X, «que por los años de mil quinientos y ochenta y cinco terminó el Venerable P. Fr. Simón de Rojas de leer las Artes», y como creemos encuadra perfectamente en este capítulo de nuestra biografía un curioso documento que nos ha proporcionado la generosidad é hidalguía de un amigo catedrático, con gusto le vamos á copiar á continuación, aprovechando á la vez este lugar para reiterar al amigo ya citado el

testimonio de nuestra más sincera y leal gratitud. Es, como verá el lector, verdaderamente curioso.

*Fr. Simon de
Rojas, bachi-
ller en theolo-
gia.*

En Vallid Miercoles a diez y siete dias del mes de julio de mill e quinientos y ochenta y cinco años el S^{or} Doctor Gregorio de Cordova Catedratico de durando y rector deste estudio y universidad dio el grado de bachiller en theologia al R^{do} padre Fray Simon de Rojas, presbitero profeso del orden de la S^{ma} trinidad lector de theologia en el Convento de la S^{ma} Trinidad de Toledo. Testigos los muy R^{dos} padres Fray Diego de Medina... etc.

«Archivo de la Universidad. Libro de Grados desde Febrero de 1565 hasta Octubre de 1588 años. —Sin folio».

Debemos esta nota al distinguido profesor del Instituto de Santander, D. Narciso Alonso Cortés.

CAPÍTULO V

Es elegido el Venerable P. Fr. Simón de Rojas, ministro del convento de Cuellar.—Hermosa máxima de buen gobierno.—Renuncia su cargo de ministro de este convento y es elegido ministro del convento de Talavera de la Reina.—Devoción del P. Rojas á la Virgen del Prado.—Pasa al convento de la Guardia.—Retírase á la ermita del Santo Niño.—Penitencias asombrosas que allí hace.

UNA vez que el P. Fr. Simón terminó su cargo de Lector, se hallaba muy contento y tranquilo en el retiro y soledad de su humilde y pobre celda; pero Dios Nuestro Señor que le había dotado de un talento y un tacto extraordinario para gobernar á otros, le quería ver siempre ocupado en provecho y utilidad de los demás. Había muchos conventos que le deseaban tener por su ministro y Superior, y el primero que logró esta dicha fué el observante de la villa de Cuellar. Fué elegido por los mismos Padres y Comunidad de dicho convento, y, aunque renunció, no le fué admitida la

renuncia, pues el Provincial que lo era el P. Maestro Fr. Diego de Guzmán el Grande, deseaba poner los mejores en los puestos y así le mandó en obediencia que lo aceptara.

Comprendía y penetraba el siervo de Dios, como discreto y santo, la gran dificultad que los superiores suelen encontrar para gobernar, cual es la de querer juntar extremos tan distantes de agradar á Dios y á los hombres; cosa que todos desean y que pocos suelen conseguir, y para vencer estas dificultades y hacer que la nave de su gobierno evitase el riesgo de no dar ni en Scila ni en Caribdis, adoptó la siguiente máxima: *No mandar sino lo que él había de hacer*, porque como hombre tan ilustrado, sabía que no hay medio más poderoso que obligue á los súbditos como que el Prelado sea en lo que manda el primero. Era puntualísimo en la asistencia al coro y á todos los demás actos de la Comunidad, y ateniéndose á aquella máxima de su gobierno, edificaba más con su silencio, su modestia y compostura que con sus pláticas y consejos, y eso que cualquiera que le oía hablar no podía menos de sacar siempre gran provecho espiritual de su conversación. Suele ser señal evidente de santidad, ser duro para sí y compasivo para con los demás, y más aún si esta compasión y caridad se manifiesta con los enfermos, pobres y necesitados; pues bien, hasta tal punto y de tal modo la ejercía el P. Rojas con sus religiosos del convento de Cuellar, que pasó á ser entre ellos como un proverbio, «que gustaban más de estar con el P. Rojas enfermos, que sanos con otros Superiores».

El cargo de ministro de un convento suele ser

por un trienio, mas no se sabe por qué causa renunció el Venerable P. Rojas su cargo, teniendo la suerte de que le fuese aceptada su renuncia por el Provincial; sin duda preveía que el P. Rojas podría ser de más utilidad al frente de otra casa, ya que al poco tiempo pasó á ser ministro del convento de Talavera de la Reina, donde estuvo dos años, tres meses y 16 días.

Sabedores los religiosos de Talavera de la Reina que el P. Rojas había dejado de ser ministro del convento de Cuellar, y deseando fuese á gobernar su convento, le eligieron para dicho cargo, y así se lo comunicaron al Venerable siervo de Dios.

Deseaba más el santo varón obedecer que mandar; consultólo, sin embargo, con su Divina Majestad en la oración y oyó que se le decía: *Anda donde tu Superior te manda que yo te asistiré en Talavera.* Confortado con esta respuesta, se encaminó al convento de Talavera, donde le enviaba el Señor y en donde fué de todos muy bien recibido.

A los pocos días, descubrió que á las penalidades comunes de tal oficio, se añadían otras no pequeñas, que como Superior se veía obligado á vencer. Consistían éstas, parte en la poca concordia y armonía que reinaba entre algunos miembros de aquel cuerpo místico de su convento, y parte también, y esto le causó no pequeño dolor, el saber que se tenía por tal ó cual religioso, muy poco ó ningún aprecio del voto de pobreza, hallándose muy acomodado y muy provisto de alhajas y de dinero. Estos pequeños y grandes desórdenes pusieron al Venerable ministro en verdadero cuidado. Quiso poner remedio á tanto mal y acudió al cielo,

cuya protección y auxilio le había sido prometido, y para ello se valió de la Santísima Virgen María. Con el título de Nuestra Señora del Prado, venérase en dicha villa á la Santísima Virgen, á quien no sólo en tiempos del P. Rojas, sino actualmente, los vecinos de Talavera y todos los pueblos inmediatos, profesan sincera y ferviente devoción. Desde la celda, que como ministro del convento ocupaba el Venerable P. Fr. Simón de Rojas, se descubría perfectamente la gran Ermita de la Virgen del Prado.

Al tocar á las Ave-Marías ó sea á la puesta del sol, abría el Venerable Superior una de las ventanas, poníase en oración y más de una vez gastaba en ella la mayor parte de la noche. Lloraba por sus súbditos ante la Madre de la Misericordia, mientras destrozaba su cuerpo con severas y aun sangrientas disciplinas. Otras veces decía con gran fervor los Salmos *Miserere, Ad Dominum, Retribue, In te Done* y *Ad te levavi*, que forman las iniciales del dulcísimo nombre de María. Oyó la Santísima Virgen las oraciones y gemidos de su siervo y en más de una ocasión, correspondiendo á su fineza, enviaba rayos de luz que iluminaban no sólo la celda sino el trayecto que hay desde el convento á la ermita; pero lo que sirvió aún de mayor consuelo y alegría para el santo Prelado, fué ver el fruto de sus plegarias, pues al dejar el gobierno de aquel convento, todos los religiosos estaban tan unidos, que aun las disputas honestas y recreativas solían evitar por no parecer de opuesto dictámen, y los que interpretando mal las licencias tácitas de los Superiores, poseían dinero y alhajas para sus comodidades particulares, se las entregaron al P. Rojas, para darse por

completo á la observancia del voto de la pobreza religiosa y de la vida común.

Siguiendo en su tema de que es más seguro obedecer que mandar y dejando en excelentes condiciones así espirituales como temporales el convento de Talavera, con permiso del Provincial, se retiró el Venerable P. Rojas al convento de la Guardia.

Distaba este convento ocho leguas de la imperial Toledo y veinte de Talavera, de donde el Venerable P. Fr. Simón de Rojas salió. Al convento de la Guardia y guiado por la obediencia se encaminó el que dejaba de ser ministro del convento de Talavera, recorriendo aquella regular distancia á pie sin más prevención para ese viaje, dice con mucha gracia el P. Vega, que el dinero que tenía librado en los tesoros divinos. Como verdadero apóstol, iba entregado en manos de la providencia, evangelizando el reino de Dios, visitando y curando enfermos, empleando el tiempo que le quedaba en oración y otras obras de misericordia. Donde quiera que se presentaba el P. Rojas, era motivo de alegría y de satisfacción para aquellos á quienes visitaba, así que tal ocurrió no sólo para los religiosos sino para los vecinos de la Guardia el día que llegó á aquel convento. Permaneció allí muy pocos días porque pidió al Prelado le permitiese retirarse á la ermita llamada del Santo Niño, que dista media legua corta del convento, sitio el más á propósito para entregarse por completo á Dios. Cual otro monte calvario se compone aquel lugar de riscos pelados, sin un árbol que haga sombra, ni una hierba que los adorne, ni asomo ni rastro de

vegetación. «Este es el sitio, dice el P. Vega, que
»buscaron los pérfidos hebreos para quitar la vida
»con exquisitos tormentos al santo Inocente Chris-
»tobal, hijo de Toledo, á quien su piadosa madre en
»aquella tierna edad consagró á Dios, pidiendo al
»ministro, que era entonces, le vistiese nuestro san-
»to Hábito y así lo hizo. Este es el santo Inocente
»que comunmente llaman el Niño de la Guardia!...
»La cueva donde padeció sirve hoy de devota igle-
»sia. Dicho lugar sirvió por algún tiempo de Con-
»vento á los RR. PP. Carmelitas descalzos; mas lo
»abandonaron por ser su situación demasiado áspe-
»ra y rigurosa, y desde entonces es en todo y por
»todo posesión nuestra».

Este sitio escogió el Venerable P. Fr. Simón de Rojas para atormentar su inocente cuerpo con exquisitos tormentos, tanto ó más dolorosos, por lo mismo que fueron más prolongados, que los que al inocente Niño Christobal infirió la crueldad judáica.

Allí, sí, vivió una temporada el Venerable Padre Rojas, anegado es cierto en el abismo de las grandezas de Dios, porque su corazón se hallaba encendido en amor infinito; pero ese mismo amor le hacía desear con vivísimas ansias asemejarse á Nuestro Señor Jesucristo; de ahí que no se cuidaba ni de comer ni de dormir, ó sólo tomaba un poco de pan y agua y descansaba un rato sobre el desnudo y duro suelo. Envidiaba la suerte de aquel inocente niño, que fué digno de sufrir por el nombre cristiano, y para imitarle en algo, tomaba sobre sí disciplinas sangrientas. De noche bajaba hasta lo más profundo del valle, y empezaba á subir de rodillas, haciéndolas pedazos con las agudas piedras

que hallaba en el camino. Dios Nuestro Señor consolaba á su siervo en medio de aquella soledad y espantosas penitencias con visiones verdaderamente del cielo, y, en cierta ocasión, vió y adoró los Santos Lugares de Jerusalem, cual si hubiera sido trasladado personalmente á aquellos sitios donde tanto sufrió Nuestro Redentor, quedando de tal manera grabada en él aquella visión ó visita, que siempre que leía ú oía en Coro aquellas palabras de San Juan, (Apoc. 14) *Vidi Civitatem Sanctam Jerusalem*, no podía reprimir el llanto y quedaba como extático y fuera de sí.

Si al siervo de Dios le hubieran dado á escoger, hubiera elegido el permanecer toda su vida en aquel desierto, haciendo espantosa penitencia; pero hay santos á quienes Dios destina para empresas más gloriosas salvando las almas de sus semejantes y uno de ellos era el Venerable P. Fr. Simón. Obedeciendo, por tanto, la voz de Dios en la de su Superior, abandonó aquél su amado retiro, en donde tanto se había recreado su espíritu...

CAPÍTULO VI

Sale el Padre Fr. Simón de Rojas para Cuenca por haber sido nombrado Ministro de aquel convento.—Su caridad para con los pobres atribulados y enfermos.—Propaga con sus sermones la devoción á la Santísima Virgen de los Remedios.—Guerra cruel que hace el demonio al Venerable Padre Fray Simón.—Implora el auxilio de la Santísima Virgen visitando la Santa Imagen de Texeda.—Singularísimo favor que recibe de María poniéndole el Cingulo de la Castidad.—Elogio en honor del Venerable Padre Fray Simón por Lope de Vega.

CUPO en suerte á los religiosos Trinitarios de Cuenca tener por Padre que les dirigiera y gobernase, al Venerable Padre Fr. Simón, á quien ellos mismos eligieron por Ministro de aquel convento.

Sabía el Venerable Padre Rojas que era inútil el presentar la renuncia que él siempre estaba dispuesto á hacer por humildad y no por mera política, porque siempre salía venciendo en esa contienda la para él invencible virtud de la obediencia.

Aceptó el cargo y llegó á su convento, y sin descuidar en nada á sus súbditos los religiosos, atendió también, con gran caridad y esmero, á cuidar de los pobres y enfermos. Viéndoles necesitados, se movía de tal modo á compasión su corazón, que les daba cuanto tenía, á veces el hábito aunque era bien pobre y en ocasiones hasta los zapatos, y sin duda al ver Dios Nuestro Señor el gran desinterés y desasimiento de su siervo, corrió de su cuenta enviar cuanto era menester al convento para que tuviesen provisión de cuanto necesitasen los religiosos y los pobres.

No lejos de Cuenca se hallaba un convento de religiosas trinitarias llamado de San Clemente y en él enfermó de gravedad, á consecuencia de escrúpulos, una de aquellas religiosas. Era tal el concepto de santidad de que gozaba ya el Padre Rojas, que la Superiora de aquel convento rogó al Provincial le enviase, esperando que, siendo varón tan favorecido por Dios, acertaría con la aplicación del remedio. El Provincial le mandó que fuese á hacer aquella obra de caridad nombrándole á la vez Visitador de aquel convento. Visitó en la forma que mandan los Sagrados Cánones á todas las religiosas y al visitar á la enferma y atribulada con los escrúpulos que la tenían como posesa y endemoniada, la dió la Sagrada Comunión, y, al poco tiempo quedó tan buena cual si no hubiera tenido dolencia alguna. Cesaron los escrúpulos, recuperó las fuerzas y de allí en adelante asistía á todo sin esfuerzos ni violencias, como las demás religiosas. Despidióse el Venerable Padre de aquella comunidad y se volvió á Cuenca en donde todos los sábados se ocupaba en predicar

muy de mañana las grandezas de María, y, por la noche, convidaba á sus oyentes á que asistiesen á la Salve que se cantaba en honor de la Virgen de los Remedios, que se veneraba en la iglesia del convento.

Desde entonces creció la devoción á tan Veneranda Imagen, siendo muchos los favores y gracias que los fieles recibían por su mediación. Dábale tedio al demonio la vida tan santa y el empleo tan útil que hacía del tiempo el Venerable Padre Fray Simón, así es que movió contra él sus formidables baterías y le declaró horrible guerra. Y ¿en qué sentido? Trayendo con suma viveza á su imaginación aquellas tentaciones que más humillan á un alma delicada y de las cuales no se han visto libres ni los santos más eminentes en virtud. Me refiero á los Santos Pablo y Gerónimo y á las tentaciones contra la sumamente simpática virtud de la pureza.

Nuestro Venerable religioso Fray Simón las sufrió también y muy horribles en esa misma materia y el demonio parece que vomitó sobre él, según fué de atormentado, volcanes de concupiscencia. Cual otro Pablo, gemía sin consuelo oprimido por el azote de la asquerosa pasión, y, para reprimirla, para no sucumbir en tan rudo ataque, lloraba y pedía al Cielo y á la Madre de la Pureza la victoria, á la vez que deshacía sus virginales carnes con agudos y punzantes cilicios y con crueles y sangrientas disciplinas; y el Cielo y la Virgen Santísima, como si no oyeran las plegarias de Simón, dejaban correr la borrasca fluctuando el casto bajel de aquél ángel terreno en las olas de la tentación que levantaba el vendabal abrasador de la concupiscencia. Confiaba

siempre nuestro Venerable Fray Simón en la poderosa protección de María Santísima, y á fin de hacer nuevos méritos ante ella, determinó visitarla en su Santa Imagen de Texeda, que se veneraba en el Marquesado de Moya, á unas 12 leguas de Cuenca.

Llegó al Santuario, no sin antes haber hecho en el camino un milagro parecido al que obró en su niñez de apagar un gran incendio sin más que pronunciar Ave-María, y fué recibido por el Ministro y la Comunidad con visibles muestras de afecto y de sumo respeto al verse honrados con tan distinguido huésped. Explicó al Prelado el motivo de su visita, que era hacer á María Santísima una novena, y, añadió, que el mayor agasajo que podía recibir sería que nadie se cuidase de él. El Prelado accedió gustoso á lo que le pedía, aunque le hizo presente que estaba á su disposición cuanto en el convento había. Se instaló, por decirlo así, en la misma iglesia y comenzó su novena á la Madre de la Pureza y de la Misericordia, uniendo á la vez rigurosas penitencias. En varios días ni aun así cesaban tan horribles tentaciones, pues el demonio ponía en juego todo su infernal poder para conseguir en ellas derribarle; mas el Venerable Padre levantando su espíritu á la Madre de la Misericordia y enternecido en su amor, la decía: *«Virgen Santísima, como yo no ofenda á tu hijo, no importa que estas bestias infernales me traguen.»*

Aquella tenaz y heroica resistencia fué la que hizo lograrse insigne victoria el penitente varón, sobre el príncipe de las tinieblas, y que la Virgen Santísima coronase aquel triunfo con un premio pocas veces visto.

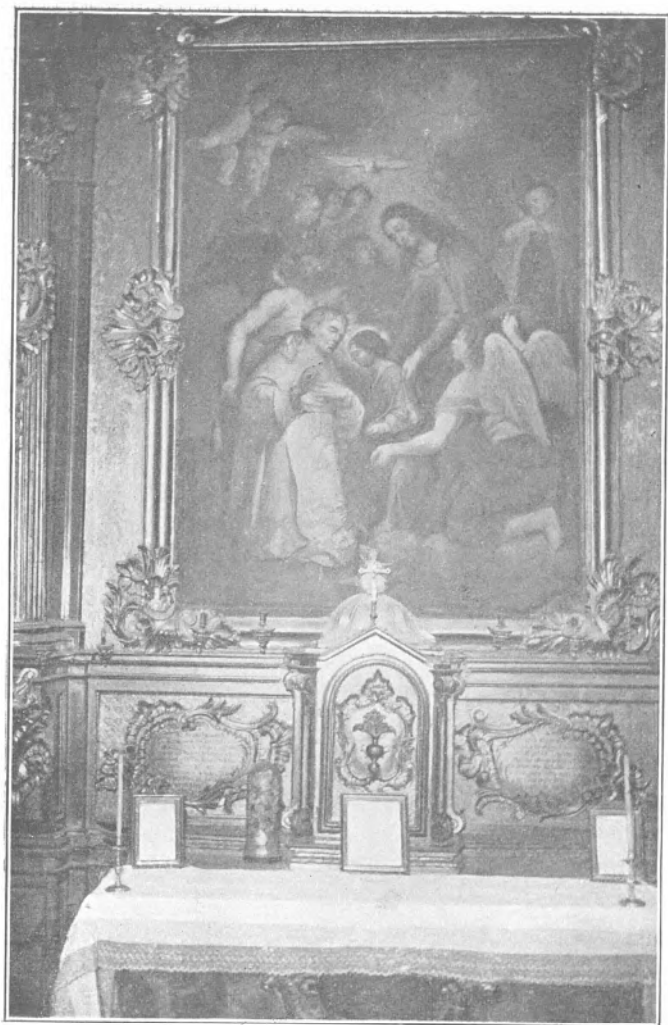
Si el beato Alfonso de Orozco (Agustino) mereció oír, según nos refiere el Ilustrísimo Padre Fray Tomás Cámara, en su vida, libro I, capítulo XX, una voz del Cielo (era la de la Sacratísima Virgen), que le decía, refiriéndose á los demonios que tanto le habían atormentado: *Alonso, vencidos van*; y desde entonces decía el Padre Fray Alonso de Orozco que vivía como en el Cielo, con gran quietud y contento; el Venerable Simón de Rojas, según nos refiere el Padre Maestro Fray Francisco de la Vega, en su vida, capítulo XVIII, mereció un favor aún más singular otorgado como premio de su victoria por la misma Reina de los Angeles.

En la página 5 de esta modesta biografía decíamos haber visto que el retablo del altar dedicado en una de las capillas de la Catedral de Valladolid al beato Simón de Rojas, es una alegoría de un hecho histórico; pues bien, se refiere precisamente al ocurrido en el santuario de Texeda. He aquí cómo le describe el Padre Vega (lug. cit.) Después de aquella tremenda batalla librada con el infierno y en la que éste se declaraba impotente para vencer al Venerable Padre Fray Simón de Rojas, púsose éste á dar gracias á la Santísima Virgen por haberle sacado libre de la tormenta al dulce puerto de la gracia, y, anegado en delicias de su casto amor, pudo advertir que un globo de extraordinaria luz servía de trono á su Majestad. Reparó más y vió que María Santísima con su hijo divino, acompañada de numerosa multitud de ángeles, saliendo del trono, se iba acercando al varón puro que estaba lleno de temor reverencial abrasándose su corazón en amor casto de la madre y del hijo. Llegó María Santísima donde estaba el

Venerable Siervo y colocó con sus manos purísimas un ceñidor en el cuerpo del Venerable, quien tan dulcemente regalado por la Madre de la Pureza, se halló esclavo de tan Soberana Señora; su carne, al parecer antes tan rebelde, experimentó una sensible mortificación que le duró toda la vida quedando tan pura, casta y angélica como si fuera ya cortesano del Cielo. Sin duda á este privilegio tan extraordinario, concedido al Venerable Padre Fray Simón de Rojas, se refiere su contemporáneo el ilustre poeta Lope de Vega cuando en su obra «La Jerusalém Conquistada» (1609), dice en elogio de nuestro insigne biografiado:

O tú Santo Varón que ya recibes
Premios de Dios sin acabar la guerra,
Pues no sabemos si en la tierra vives
Los mismos que te hablamos en la tierra.
Viendo que tanto con la Virgen prives,
No piensan muchos que su intento yerra
Si te preguntan (pues que causa diste)
Cómo en la Trinidad Bernardo fuiste.

Tal es el elogio que en la obra y por el autor citado se lee en honor del hoy Beato Simón de Rojas y que aunque ofrece alguna dificultad la inteligencia del último verso no obstante hemos querido copiarle tal cual en la «Jerusalem Conquistada» (año 1609) se encuentra.



ALTAR DEDICADO AL BEATO SIMÓN DE ROJAS
EN LA CAPILLA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LOS DOLORES
DE LA CATEDRAL DE VALLADOLID

CAPÍTULO VII

Regreso del Venerable P. Fr. Simón al convento de Cuenca.—Pasa al poco tiempo á ser Ministro de Ciudad-Rodrigo.—Se levanta contra el Venerable una gran borrasca de la que hace Dios triunfe con su serenidad y virtud.—Cómo deben de celebrar sus Capítulos los religiosos.—Profetiza al nuevo provincial su muerte.—Le aconseja y aún manda el P. Provincial reciba el grado ó título de P. Maestro.—Deja el Venerable P. Simón de Rojas de ser Ministro de Ciudad-Rodrigo.

Es más fácil sentir que explicar cuánto sufriría el Venerable P. Fr. Simón de Rojas al verse precisado á dejar aquel Santuario y aquella Imagen de la Santísima Virgen de Texeda de la cual había recibido el favor singularísimo que conocen nuestros lectores. Le llamaban al convento de Cuenca las obligaciones de su oficio, y para cumplir con ellas, era preciso romper aquella cadena de amor, fuerte como la muerte, que le tenía sujeto á aquel lugar. Explicaba ante la Imagen veneranda de la Madre de las Misericordias sus ansias y sus congojas con hondos

suspiros y como Madre le consoló con una voz sensible y regalada que le dijo: *Vete á cumplir con tu obligacion, que ella te traerá á mi presencia otra vez.* Esclavo de María no quiso averiguar más y sólo trató de obedecer con prontitud aquella voz del cielo. Dió las gracias al Prelado de aquel Santuario, se despidió de él y de sus religiosos, humilde pidió no se olvidasen de él en sus oraciones y se volvió á su convento de Cuenca, en donde permaneció hasta que se cumplió el tiempo de su oficio.

Privilegio es de la santidad ser fácilmente y de todos conocida por más que ella trate de ocultarse. Es semejante á esas humildes plantas que encierran en sí tal perfume, que por doquiera se difunde. Mucho distaba entonces por no haber los medios rápidos de locomoción de que, gracias á Dios, hoy disponemos, Cuenca de Ciudad-Rodrigo; poco menos que lo que hay del extremo Oriental al Occidental de España, y sin embargo, en Ciudad-Rodrigo eran sobradamente conocidas las virtudes eminentes del P. Rojas y los frutos de gracia que había producido su gobierno en el convento de Cuenca.

Vacó por entonces el cargo de Ministro en el convento de Ciudad-Rodrigo, y como si no hubiera otro de quien echar mano en lo dilatado de la Provincia Trinitaria de Castilla, se acordaron por unanimidad los religiosos del citado convento del P. Rojas para ser su Ministro.

Confirmó el Provincial la elección y el Venerable P. Rojas fué por obediencia á cumplir con su nuevo cargo con el mismo esmero y cuidado con que había cumplido sus oficios anteriormente. La práctica y experiencia que ya tenía, y la fama de

santidad que le precedía, eran más que motivos suficientes para que su gobierno fuera fácil, así á él como á los súbditos.

Sin desatender en nada sus obligaciones como Superior, atendía también, pues á ello le impulsaba el celo ardiente por la salvación de las almas, al bien de sus semejantes; de ahí que era buscado lo mismo por los pecadores que por los justos. Aquéllos en oyendo sus palabras, de envejecidos en los vicios mudaban su vida en verdaderamente cristiana, y éstos con sus consejos llegaban á ser personas muy espirituales.

La dirección de una de estas personas piadosas fué ocasión ó pretexto para que se levantase contra el Venerable P. Rojas no pequeña tempestad.

Vivía en Ciudad-Rodrigo una señorita rica é hija única de sus padres, quienes trataron de casarla con persona de igual condición.

Señalaron día para los desposorios, y todo así preparado, los padres de la joven juzgaron conveniente llevarla á que el Santo siervo de Dios la echase su bendición y á la vez la diese sabios y santos consejos para que viese el modo de agradar á Dios y á su esposo en el nuevo estado. Apenas la joven comenzó á darle cuenta de su conciencia comprendió el Venerable P. Fr. Simón hallarse con un caso de verdadero compromiso y apuro, pues encontró en la vida piadosa de aquella joven uno de los impedimentos menos fáciles de dispensar para contraer el Santo Sacramento del Matrimonio.

Así se lo hizo comprender y lo comprendió en seguida la señorita, pero resultaban no pequeños inconvenientes de que se publicase.

El siervo de Dios la indicó tuviese un poco de paciencia que él se encargaba de arreglar muy bien, con la ayuda del Señor y de su Santísima Madre, tan espinoso asunto. La joven lloraba á lágrima viva, pues veía muy vecina la pérdida de su buenísima fama y hasta el honor de su distinguida familia de no llevarse á cabo el matrimonio el día convenido. Tanto sus padres como el que estaba destinado por el Cielo para ser su esposo, conocieron en seguida que ocurría algo grave á la señorita, pues así lo denunciaba su semblante, antes sonrosado y alegre, ahora triste y marchito. Si tratando de averiguar la causa la preguntaban el por qué de aquella su situación tan angustiada, su respuesta eran sollozos y suspiros. Llegaron á preguntar al Venerable Siervo de Dios por si la había aconsejado desistiese de su empeño de casarse renunciando al mundo, á lo cual contestó que ella sabía la razón de su quebranto.

Publicóse, como era natural, todo esto por la ciudad, y la divulgación de tal suceso fué la pequeña nube que formó después horrible tempestad en torno del Venerable P. Rojas y aun de sus religiosos.

Llovieron sobre los pobres religiosos, y de un modo particular sobre el Venerable P. Rojas, anónimos llenos de insultos y de oprobios, y algunos de esos infames papeles llegaron hasta el mismo Provincial diciéndole que convenía sacasen de allí al P. Rojas, pues tenía en perturbación general á la Ciudad con sus rarezas y extravagancias. Nada de esto se le ocultaba al siervo de Dios, y como práctico en los caminos que Dios suele seguir con sus amigos, su interior, lo mismo que su semblante, estaban tan serenos;

porque con la misma igualdad de ánimo recibía los mayores gustos que las desazones más formidables. Tenía á Dios por centro y quien á Dios tiene por centro de apoyo, resulta como Él incommovible y *nada le turba ni nada le espanta*, porque sabe que aunque le conduzca y lleve á su destino por sendas difíciles y escabrosas, esas son las más seguras.

Sus hijos los religiosos, así como los seglares que le eran afectos, estaban ante aquella tempestad desecha que se cernía sobre ellos y sobre su buen P. Rojas, sumamente tristes y melancólicos sin atreverse á levantar sus ojos de la tierra, y, al verlos así el P. Rojas, les animaba con dulces y prudentísimas palabras. Ave-María— «Ea Señores é »hijos míos, no estén de esta suerte, padezcan con »ánimo el trabajo y la tribulación; no, no digo yo »que la envía el Señor para el gusto, sino para el »mérito, son golpes con que llama Dios en nuestras »almas para que pacíficos, alegres, conformes y muy »tranquilos, le respondamos. Observad, les decía, si »cuando en el río bebe la paloma, tiran una piedra, »el pez baja á lo profundo y la paloma se sube »volando al Cielo. Piedra es esta que nos ha tirado »el Altísimo... que los pensamientos tristes vayan á »lo hondo, pongámoslos bajo los pies; y como »palomas cándidas levanten el corazón al Cielo, »pongan su refugio en lo alto, que aunque al caer la »piedra se turban las aguas y se inquietan, breve- »mente se quedan pacíficas y sosegadas y vuelven á »brindar con halagos á los que gustan de beber en »ellas. Si lo sufrimos por Dios, del horno de la tri- »bulación nos sacará, como á los jóvenes hebreos, al »refrigerio y á la tranquilidad». En efecto, no tardó

Dios Nuestro Señor en calmar aquella tempestad tan furiosa que permitió se levantase contra el P. Rojas y sus buenos hijos. Aun en este mundo Dios Nuestro Señor castiga al malvado y sobre todo al calumniador, y así ocurrió en este caso, pues él mismo confesó ser el autor de las calumnias levantadas contra el P. Rojas y contra sus hijos; culpa que confesó al ver cómo la Providencia en vez de honrarle, por los mismos medios que él esperaba, le condujo á la triste oscuridad de una cárcel. Al reconocer su culpa, avisó al P. Rojas para pedirle perdón, se le concedió generosamente y le ofreció ser su abogado y protector para que fuese también perdonado y absuelto por su Juez.

Cumplió su palabra el P. Rojas y el precepto de Nuestro Señor Jesucristo: *Orate pro calumniantibus et persecuentibus vos*. Orad y ayudad á los que os persiguen y calumnian, demostrando así que sois verdaderamente hijos de Dios. (S. Mat. V).

En esto llegó de Roma la dispensa del impedimento, que no era otro, como por fin había declarado la misma señorita á su familia y prometido esposo, que el voto de castidad absoluta y que habiéndole hecho con las condiciones necesarias para su validez, sólo el Romano Pontífice podía dispensarla de él para contraer matrimonio.

Los sucesos que en esta biografía del beato Simón de Rojas venimos narrando ocurrían hacia el año del Señor 1597, fecha en que se celebró el Capítulo Provincial de la Provincia de Castilla á la cual pertenecía el Venerable Padre Rojas y en el cual salió electo Provincial el Muy Reverendo Padre Maestro Fray Lope de Lugones. Tuvo lugar dicho

Capítulo en Talavera de la Reina y á él asistió como vocal el Venerable Padre Rojas.

No faltará tal vez algún religioso ú otra persona que se vea en la precisión de usar del derecho de su voto para la elección de un Superior, que ésta biografía lea, y para su utilidad y conducta en tan complicados casos, queremos consignar aquí el proceder del Venerable Padre Fray Simón de Rojas en aquel Capítulo Provincial.

La noche antes de la elección, en vez de andar en chismes y cabildeos, juntó el Venerable Padre Rojas á la mayor parte de los Capitulares y religiosos del convento en la iglesia y *allí gastaron la mayor parte de la noche en Oración y larga disciplina*. A la mañana siguiente celebraron el Santo Sacrificio de la Misa pidiendo á Dios les iluminase para que la elección de Provincial fuese acertada; entraron á votar y eligieron á quien menos lo esperaba y más lo merecía; viéndose ser providencial por no decir milagrosa la elección del Provincial y por consiguiente del agrado de Dios, y de sumo consuelo para los amantes de la observancia. Cuando en los que se reunen para elegir de Superior á otro se cumplen tales condiciones, no falta la promesa de Nuestro Señor Jesucristo: *Ubi fuerint duo vel tres congregati in nomine meo ibi sum in medio eorum*. Yo, dice el maestro infalible de la verdad, estoy en medio de ellos. (San Matheo XVIII, v. 20).

El último que fué á prestar obediencia al nuevo Provincial y darle el parabién fué el Venerable Padre Rojas. Salió el Provincial de su silla (cosa no acostumbrada) y al abrazar al Padre Rojas éste le dijo: «Sea para bien, gloria de Dios y útil á la

religión: mucho me alegro, mucho, pero este oficio sólo, dicen, tiene dos días buenos, y vuessa Pater-nidad no los tendrá. «Miremos á Dios». (Padre Vega, capítulo XX, vida del Virtuoso Padre Simón de Rojas).

No pasó desapercibido al Reverendo Padre Pro-vincial tal modo de darle la enhorabuena el bendito Padre Fray Simón y terminadas las demás eleccio-nes canónicas le dijo: Padre Ministro (así llamaba al Padre Rojas) vamos á visitar á Nuestra Señora del Prado y pedirle acierto para servir en el oficio. Ya en camino para el Santuario, le preguntó el porqué de aquella su felicitación algún tanto misteriosa. A lo que el Venerable Padre respondió: «el primer día de estos oficios, dicen, es bueno, porque se oyen con gusto los parabienes, plácemes y lisonjas; y el último porque se deja una carga pesadísima de escrúpulos, cuidados graves é impertinentes, y que ninguno de estos vería, porque el primero ya se había pasado, y el último no tendría el gusto de verle».

No preguntó más el Muy Reverendo Padre Pro-vincial, tal vez comprendió ya el misterio que en las palabras del Venerable Padre Rojas iba encerra-do. Le pidió sus oraciones y el Venerable Padre Fray Simón de Rojas, como para aclararle más el pensamiento, ofreció hacerlo y añadió: «también »tengo de servir á vuessa Paternidad Reverendísima »en negocio de mayor importancia y materia de más »cuidado como lo verá á su tiempo». El lector habrá comprendido, se refería en todo ésto el Venerable Padre Rojas á que el Provincial había de morir antes de terminarse el tiempo de su Provincialato y por

consiguiente que no había de ver uno de los dos días felices que tenían tales cargos. Más adelante veremos, con la ayuda de Dios, cómo se cumplió esta profecía del Padre Rojas en todas sus partes.

El grado ó título de Maestro es en todas las religiones, por lo que hemos podido averiguar, (en algunas añaden en Sagrada Teología) uno de los títulos más honoríficos conque las órdenes religiosas antiguas y aun algunas actuales, suelen premiar á los religiosos que se distinguen por su ciencia ó por sus trabajos y méritos en *pro* de su Corporación; y que para ser en tal sentido Maestro, tenía méritos más que de sobra nuestro Venerable Padre Rojas, no podrá ponerlo en duda el que nos haya leído hasta el presente capítulo de su interesante vida; mas el Venerable, que cumplía al pie de la letra aquella profunda y sapientísima frase del Kempis: *ama nesciri et pro nihilo reputari*, desea y ama con todas las veras de tu corazón ser desconocido y aun despreciado ó tenido en nada, nunca quiso solicitar tal gracia ó distinción; se había resistido siempre á recibir el grado de Maestro, cediendo siempre su derecho y suplicando se lo diesen á otro que tuviese méritos, porque como Santo, miraba las cosas á la luz de aquella célebre sentencia del más célebre de los libros, y se consideraba siempre indigno. ¡Qué hermoso ejemplo de esa virtud que adorna á aquel que la posee más que todos los grados y que todos los títulos y que llamamos en el lenguaje cristiano, la virtud de la humildad! Muchas reflexiones y todas muy razonables le hizo al Venerable Padre Fray Simón de Rojas el Padre Provincial para que recibiese de la orden aquella distinción; entre otras, que

no parecía bien que muchos de sus discípulos tuviesen ya ese grado, y que él estuviese tan tenaz en no quererle recibir; que á él, que era el menor de todos, le tocaba tomarlo en aquel Capítulo y no le había de recibir si no lo tomaba el Padre Rojas primero. Fuertes y poderosas hubieran parecido á otro que no hubiera sido el humildísimo Padre Rojas estas razones; pero á él no le convencieron, y para reducirle é inclinarle á que admitiese tal honor, fué preciso al Provincial echar mano de la poderosa arma de la obediencia á la cual nunca resistía el Siervo de Dios, porque por ese norte siempre él se gobernaba.....

Terminado el Capítulo Provincial celebrado en Talavera, volvió nuestro Venerable Padre Rojas á su convento de Ciudad-Rodrigo, en donde siguió siempre trabajando con fervor y celo en todas las cosas referentes á su cargo, relacionadas ó con sus religiosos ó con los fieles de aquella ciudad, hasta que llegó el día en que dejó el oficio, convento y ciudad con gran sentimiento de religiosos y seglares.

CAPÍTULO VIII

El Venerable Padre Fr. Simón de Rojas pasa de Ciudad-Rodrigo á la Villa de Medina del Campo para ser Ministro del convento de este último lugar.—Socorre milagrosamente á los pobres que perecían de hambre á causa de una gran sequía.—Obra en Medina otros prodigios.—Se cumple con toda exactitud la profecía referente á la muerte del Muy Reverendo Padre Provincial.

TAMBIÉN la célebre Villa de Medina del Campo tuvo la suerte singular de que pasase por ella *haciendo el bien* el caritativo *Santo Trinitario*; beneficio tanto más de agradecer cuanto que se hizo cargo de Ministro de aquel convento en circunstancias tristísimas para aquella población. Llegó la miseria y el hambre á causar tales estragos, que muchos quedaban muertos en las mismas calles.

El dolor más intenso se apoderó del compasivo corazón del Siervo de Dios al llegar á Medina y encontrarse con aquellas escenas desgarradoras, tanto más sensibles para su amante corazón, cuanto

que el mismo convento, del cual había sido nombrado Superior, no podía remediar las miserias que el hambre producía, porque las padecían iguales ó mayores que los vecinos de aquella Villa, los mismos religiosos.

Clamó á la Santísima Virgen con aquellas palabras que la dirige en su oficio ó rezo la Iglesia: *Sancta María, succurre miseris*; Santa María, socorre y ayuda á estos desgraciados; remedia, Virgen Santísima tantas desgracias, y la Santísima Virgen oyó el gemido que salió de lo más íntimo del corazón de su finísimo Capellán, y siendo como es, la Madre de la Misericordia y la Divina Tesorera, hizo que en todo el tiempo de aquella gran carestía, que fué largo, no faltase á su Siervo que dar á los pobres qué comer.

Si en el orden temporal hacía Dios Nuestro Señor por medio de su Santísima Madre y á petición de su Siervo Fr. Simón tantos prodigios para socorrer el hambre y necesidades de los pobres, en el espiritual honraron á su Siervo con otro aún más portentoso y muy análogo á los primeros. Aquí se trataba de remediar el hambre del alma.

Celebraba una vez el Venerable P. Fr. Simón de Rojas el Santo Sacrificio de la Misa en la citada Villa de Medina. Al ofertorio, el acólito que le ayudaba, puso formas para dos ó tres personas que solían comulgar, mas al llegar el momento de la Sagrada Comuni6n y volverse para dar la bendici6n según rúbrica, vió con asombro que en vez de dos ó tres personas, se acercó un gran concurso. Se apoderó de él al principio un pequeño desconsuelo al ver que tenía que despedir á aquellas almas devotas sin poderlas proporcionar el manjar que

deseaban; pero en seguida recurrió á su gran fe; hizo durante un breve rato oración á Nuestro Señor que tenía en su corazón y ante sus ojos, pidiéndole que remediase aquella necesidad, y el Venerable mereció ser oído y consolado, pues se multiplicaron de tal suerte en sus manos las especies Sacramentales, que, dando á cada uno de aquella multitud que se acercaba á comulgar una forma entera, ni faltaron ni sobraron, habiendo cada uno recibido la suya.

Prodigios si no tan sensibles al menos tan sorprendentes y maravillosos como los que van referidos, obró el Venerable P. Rojas otros incontables en el mundo invisible de la gracia, en la región oculta de las almas, pues sabido era que pecadores empedernidos y obstinados á quienes nadie podía reducir ni á penitencia ni á conversión, lo conseguía el P. Rojas con la ayuda de la Santísima Virgen que siempre le oía y daba fuerza á sus exhortaciones y consejos.

Llegaron á formar de él tan elevado concepto acerca de perfección y santidad, que los mismos Padres de la Compañía de Jesús de aquella Villa de Medina del Campo, con haberlos entre ellos varones muy espirituales y muy doctos, no obstante, al P. Rojas enviaban, para que él las dirigiera, las personas de más sublime y elevado espíritu para que él, con su doctrina realmente celestial, las condujese á la más alta perfección; es decir, le consideraban aquellos hijos de Loyola como á un verdadero guía y experimentado Maestro en las vías sumamente difíciles de la Mística.

Recordará el lector el favor singularísimo que en el Santuario de Nuestra Señora de las Virtudes recibió de la Santísima Virgen su devoto Capellán

el Venerable P. Simón de Rojas cuando se hallaba aún de estudiante y conventual en Salamanca; pues hallándose ahora no lejos de aquel lugar, de él tan amado, quiso poner de nuevo ante la Veneranda Imagen de la Virgen su corazón agradecido y al efecto se encaminó al mencionado Santuario. Hacía nada más que unas cuantas horas que había llegado el Venerable P. Rojas cuando procedente de Arévalo llegó al mismo el Muy Reverendo P. Provincial.

No se sabe cómo ni por qué, pero lo cierto es que dijo en el camino á su Secretario que le acompañaba: «En verdad, Padre, que no se me diera nada morirme como me asistiera el P. Rojas á la cabecera». Al verle allí el Reverendo P. Provincial se alegró tanto cual si hubiera visto á un Angel del Cielo. No dí parte á V. R. de este viaje, le dice el Venerable P. Rojas al Provincial, porque siendo tan corta la distancia de un convento á otro no era necesario molestarle pidiendo su licencia.

Cumplió el Venerable P. Rojas con su deber de gratitud para con la Santísima Virgen y al día siguiente le dijo el Muy Reverendo P. Provincial le acompañase á Villoruela en cuyo convento debía de ser elegida Priora la religiosa que más conviniera.

Llegaron al convento y en tiempo oportuno se hizo la elección de la Superiora y cuando nadie lo esperaba le sobrevino al Muy Reverendo P. Provincial una fuerte y elevada calentura. Llamó al Padre Rojas, díjole la aflicción en que se hallaba, y el Siervo de Dios le reveló ya claramente el secreto que el día de su elección para Provincial en Talavera le callara; pues ya recordará el lector lo que entonces le dijo camino del Santuario de la Virgen del

Prado. Ahora, le dijo ya sin rodeos, P. Provincial: Nuestro Señor por sus altos juicios llama á Vuessa Paternidad Reverenda; morirá en breve, disponga de sí y de sus dependencias porque el Decreto es irrevocable. Creyó firmemente el enfermo lo que le dijo el P. Rojas é hizo cuanto convenía é importaba en aquella hora, pidiendo al P. Rojas no se apartara de su cabecera en tan críticos momentos, pues con tan Santo Director esperaba salir en paz de este mundo. Recibió los Santos Sacramentos con gran consuelo de su espíritu y asistido del P. Rojas entregó su alma á Dios dejando á los que presenciaban su muerte, señales ciertas de que era un paso á la eterna felicidad.

Fué, á pesar de eso, sentidísima su partida de este mundo en todos los conventos de su Provincia... El Venerable P. Rojas una vez que hubo cumplido con las exequias y sufragios que en tales casos marca la Orden y los encargos que el Muy Reverendo P. Provincial le había encomendado, regresó á su convento de Medina del Campo, dejando al poco tiempo su oficio, y al piadoso lector dejamos considere la tristeza y el desconsuelo que sentirían los religiosos y los vecinos de la Villa de Medina al ver se ausentaba de aquellos lugares el *Santo Trinitario*.

CAPÍTULO IX

El Venerable P. Rojas en el convento de Fuen-Santa.

—Oye en la Soledad de dicho Santuario de Fuen-Santa una voz del Cielo que le dice pase á la Corte de Madrid.—Le revela la Santísima Virgen el destino de los Reyes, así como los males que amenazan á España.

LA razón y la fe de consuno aseguran que Dios Nuestro Señor está en todas partes, y que por consiguiente en cualquiera lugar se le encuentra si se le busca; mas no es menos cierto que Él se manifiesta y hace más sensible su presencia divina en unos lugares que en otros. Santos ha habido, es verdad, que se han santificado, que es como hallar directamente á Dios, en medio del bullicio y tráfago del mundo; otros viviendo en los palacios de los grandes y Cortes de los Reyes, como tendremos ocasión de ver más adelante; mas podemos asegurar son excepciones; la inmensa mayoría de los santos han adquirido su santidad, yendo á buscar á Dios, en la soledad, en el retiro, en el desierto.

Pudo Nuestro Venerable Padre Rojas, desde Medina pasar á Madrid y santificarse en la Corte lo

mismo que podía hacerlo en la soledad; pero por ser este último medio el más adecuado al fin que el Venerable Padre Rojas se proponía, que era entregarse totalmente á Dios, escogió vivir oculto en el retiro y soledad de un convento y al efecto pidió al Superior y éste le concedió podía, sí, retirarse al convento de Fuen-Santa, lugar solitario en las márgenes del Río Júcar (Teruel) donde se venera la celeberrima Imagen de ese nombre por otros conocida con otro más genérico, no sabemos si más propio, creemos que sí, cual es el de Nuestra Señora de los Remedios.

¡Qué consuelo tan grande para el Venerable Padre Fray Simón verse en aquella su amada soledad y delante de tan queridísima Imagen!

Como finísimo y devotísimo Capellán le agradeció con todo su corazón el favor de haberle llevado á lugar tan propio para consagrarse mejor á su servicio, y santificar, con más seguridad y libre de los peligros de la Corte, su alma; así que pidió con vivas ansias á la Divina Señora no permitiese se apartase de su presencia hasta perder el último aliento de su vida.

A las estupendas penitencias que practicó estando en el Santuario de Virtudes y del Santo Niño de la Guardia añadió otras mucho más horribles, pareciéndole muy poco cuanto allí se mortificó. Araba su cuerpo con púas de hierro y lo hacía pedazos con crueles disciplinas y horripilantes cilicios, y cuanto los amantes del placer torturan su inteligencia para buscar comodidades á su cuerpo, él torturaba la suya y no sabía qué máquinas inventar, de qué medios valerse para imponerle todo género de penitencias;

no sabía qué hacer para *saciar la sed* que tenía de padecer por imitar á aquel Jesús que tanto sufrió por el hombre.

Para practicar con más comodidad tales penitencias pidió permiso al Prelado de aquel convento de Fuen-Santa, le dejase ir á vivir á una cueva distante de allí media legua, y santificada por las extraordinarias y nunca oídas penitencias que en ella practicó la Venerable Madre Catalina de Cardona; sólo ver la cueva da ya horror y éste se aumenta al saber que una doncella distinguida y delicada, como era la Madre Catalina, la escogió para su vivienda y morada. En aquella horrible cueva se sepultó vivo el Venerable Padre Fray Simón de Rojas imitando la vida de la admirable anacoreta. Se echaba en cara, el humildísimo Siervo de Dios y finísimo Capellán de María, su gran tibieza en el servicio de Dios comparada con el encendido fervor de aquella santa; confundíase ante el recuerdo de que una doncella tierna y pura, criada en las delicias de su palacio, se hubiera allí santificado entre rígidas penitencias, mientras que él, siendo religioso y delincuente, no sabía aún los primeros rudimentos de la virtud. ¡Cómo se conocía por estos afectos que dominaban en el corazón y en la inteligencia del Venerable Padre Rojas, que era hijo muy querido de aquella humildísima Virgen que, siendo Madre, se llamaba la esclava del Señor!!

Por orden del Cielo tuvo que abandonar aquella soledad tan amada, pues hallándose una noche en sublime oración, á la vez que pedía con fervor por el bienestar de España y la salud de sus Reyes, oyó claramente una voz que le decía «Sal de esa soledad

y vete luego á la Corte». Parecióle, sí, del Cielo aquella misteriosa voz; pero temiendo no fuese un engaño del que sabe trasformarse en ángel de luz, siendo en realidad el ángel de las tinieblas, hizo á Dios Nuestro Señor y á su Santísima Madre fervorósima súplica para que le declarasen su voluntad, pues dispuesto estaba á ponerla por obra. Veía el Venerable P. Rojas los peligros y riesgos de perderse que hay en la Corte, y si en esta soledad soy malo, se decía, que será de mí en la Corte? No seré el peor de todos? Y se preguntaba lleno de angustias: ¿Quién me manda ir? Y oyó de nuevo la voz clara, perceptible, que le dijo: «*Qui dat nivem sicut lanam*, aquel que forma de la nieve como una cubierta de lana para calentar la tierra. (Salmo 147). No será riesgo para tí, lo que por su flaqueza de espíritu pudiera serlo á los demás. Yo soy quien te mando y conmigo no puede haber riesgo. Yo hablaré á tu corazón y te diré lo que has de hacer».

En amaneciendo pasó el Siervo de Dios al convento de Fuen-Santa, y estando delante de la Imagen de Nuestra Señora parecióle encontrar su rostro más triste, pues siempre le había visto con semblante risueño. Era efecto, según manifestó á su finísimo Capellán, de los males que á la Corte de España esperaban. A los pocos días recibió aviso el Venerable Padre Rojas de su Prelado para que pasase á Madrid. Obedeció, confirmándose ser la voluntad de Dios dejase el desierto y fuese á trabajar en la santificación de sus prójimos. Despidióse, por tanto, de aquel desierto para él tan amado, de aquel dulce retiro donde había su alma gozado de tan soberanos consuelos.

CAPÍTULO X

Llega el Venerable Padre Fray Simón de Rojas á Madrid.—Sus relaciones con los Reyes de España.—Pasa con la Corte á Valladolid.

CUMPLIENDO con el mandato de su Prelado, que si siempre, (aquí más que nunca), era la voz de Dios, se presentó nuestro Venerable Padre Rojas en Madrid siendo recibido con sumo agrado por los Padres de aquel convento y por el mismo Provincial que allí tenía su residencia.

Apenas supieron los Reyes Felipe III y su esposa doña Margarita su llegada, desearon verle, mas el Venerable Padre Rojas amaba tanto, como buen religioso, el recogimiento y el retiro de su celda, que no se daba gran prisa por satisfacer aquel deseo, hasta que el mismo Padre Provincial le dijo que le acompañase, para hacer una visita, sin indicarle donde iban. Llegaron á Palacio y fueron recibidos por la condesa de Altamira doña Leonor de Sandoval, señora de gran virtud. Visitaron en seguida á los Reyes, quienes sólo conocían al Venerable Rojas por la fama tan extraordinaria de su

santa vida, quedando desde entonces tan prendados de su modestia, ciencia y virtud, que no tenían día agradable si el Siervo de Dios no les visitaba. Con él consultaba el Rey, y hacía bien, porque, según Donoso Cortés, no hay mejores consejeros que los Santos, los asuntos delicados y espinosos de su gobierno; y la Reina, siguiendo el buen ejemplo de su esposo, con él trataba las cosas de su conciencia. Más de una vez aseguró el Rey Felipe III, que el Padre Rojas conocía perfectamente los acontecimientos libres y futuros y no ignoraba lo que pasaba en lo más íntimo del corazón humano; y se ponía el Rey á sí mismo por testigo pues añadía: Muchos de mis mayores secretos me ha dicho. Le tengo por Santo. Al oír esto una dama replicó al Rey: Señor: ¿entonces qué cuidado nos ha de defender de quien así penetra el corazón? «El remedio que hay para eso, contestó el Rey, *es no consentir entre en el corazón lo que si se viera parecía mal*».

Sentencia en verdad digna del Rey Sabio y propia de tan gran Monarca. Aunque ocupaban bastante tiempo á nuestro Venerable Padre Rojas las atenciones de la Corte no por eso olvidaba ni sus propias obligaciones como religioso ni sus visitas constantes á los pobres y enfermos. Por rendido y cansado que volviese al convento, apenas se presentaba al Superior, como es costumbre en las órdenes religiosas, en seguida se entregaba á la oración ó en la celda ó en el coro conforme hallaba la ocasión más oportuna y su norma de vida era que todo el tiempo que sobrara de los ejercicios de casa, ó de fuera, emplearlos en la oración que él llamaba *reposar con Dios*. Y en la oración es donde recibía las luces necesarias

para sus consejos y aquella unción y *quid divinum* para sus sermones que tanto conmovían á cuantos le escuchaban; pues siendo uno mismo el sermón, cada uno de los que le estaban oyendo le parecía que sólo estaba compuesto para él y á él sólo se dirigía y para que sacase de él verdadero provecho. En ejercicios tan santos y tan útiles se ocupó el Venerable Padre Rojas en Madrid hasta que salió con la Corte para Valladolid.

Valladolid cuenta entre uno de sus hijos más ilustres al poderoso Monarca llamado Felipe II, por sobrenombre el Prudente. Nació este Rey en cuyos estados, *jamás se ponía el Sol*, en lo que hoy es Palacio de la Diputación Provincial, edificio inmediato á la iglesia de San Pablo, en la cual fué bautizado el 5 de Junio de 1527, ó sea á los catorce días de haber nacido.

Su padre el Emperador Carlos V de Alemania y I de España abdicó la corona en su hijo Felipe, el día 1.º de Enero de 1556, quien fué solemnemente aclamado Rey en dicha Ciudad de Valladolid el 18 de Marzo del mismo año; y en Valladolid estuvo la Corte hasta el 1560 en que la trasladó á Madrid confirmando antes en favor de dicha Ciudad cuantos privilegios la habían concedido sus antecesores. Del matrimonio de Felipe II con su cuarta mujer doña Ana de Austria, nació en Madrid el 14 de Abril de 1578 Felipe III, llamado el *piadoso*. Por muerte de su padre Felipe II ocupó el trono de España el 1598 cuando contaba sólo 20 años de edad. A los tres años ó sea el 9 de Febrero de 1601 declaró nuevamente residencia oficial de la Corte á la Ciudad de Valladolid; y, hasta que se concluyó el magnífico

Palacio Real, hoy Palacio de la Capitanía General y Gobierno Militar, frente por frente á la iglesia de San Pablo, que fué en 1604 la Corte de los Reyes, se instaló en el Palacio de los Condes de Benavente, en la actualidad Hospicio Provincial, situado en la Plaza de la Santísima Trinidad, llamada sin duda así, por estar allí el convento é iglesia de los Padres Trinitarios Descalzos, convertidos hoy ambos edificios en iglesia y casa parroquial con el nombre de parroquia de San Nicolás. Tanto la iglesia como el convento, se hallan, á pesar de su antigüedad, en muy buen estado.—Parte del convento está hoy ocupada por una fundición; parte, está como abandonada y en otra vive uno de los sacerdotes que administran la parroquia. Fué erigida aquella iglesia en parroquia el año 1837 ó sea el siguiente al de la exclaustración. Este convento pertenecía á los Trinitarios Descalzos. No tiene por consiguiente relación con nuestro biografiado (1).

Sin entrar nosotros en la averiguación de las causas que impulsaron al Rey Felipe III para trasladar en la fecha citada la Corte de Madrid á Valladolid, sólo diremos, á nuestro propósito, que con la Corte pasó de aquella Villa á esta Ciudad el Venerable Padre Fray Simón de Rojas. Hemos dicho que

(1) Los datos que aquí consignamos relativos á la iglesia y convento de los PP. Trinitarios Descalzos, se los debemos al ilustrado y virtuoso cura párroco de San Nicolás de Bari, Dr. D. Teodoro Lefler, quien al ser por nosotros preguntado sobre ese partitular, tuvo la amabilidad de proporcionárnosles.

Le reiteramos aquí nuestra más sincera gratitud.

desde que le trataron los Reyes al Venerable Padre Rojas le cobraron tanto afecto, tanto cariño y respeto, que no se encontraban bien sin él; así que no es de extrañar quisieran les acompañase á Valladolid á donde se trasladaba la Corte.

Se lo hicieron presente los Reyes al Provincial y éste accedió al deseo por ellos manifestado.

Consagrado en cuerpo y alma el Venerable Padre Rojas á la virtud de la obediencia, poco trabajo le costó el dejar un lugar por otro, para él en todo semejante; á más que en ejercitarse en actos de tan sublime virtud tenía él las mayores recreaciones de su alma. Amantísimo también de la pobreza y de la mortificación, nada preparó ni quiso para el viaje, pues sólo anhelaba dar á su cuerpo cuantas penalidades le fueran posibles. Si alguna comodidad le proporcionaron los Superiores la cedió al compañero que le dieron para el viaje. Salió el Venerable Padre Rojas de Madrid á pie y solo con su compañero, cuando muy bien podía haber ido en compañía de la misma Corte; pero era enemigo de bullicio y trato innecesario con las criaturas.

Cuando llegó á Valladolid, su Patria, ya se había celebrado con grandes regocijos la entrada de los Reyes; pero para muchos corazones no fué menor la alegría que les produjo la presencia del Venerable Padre Rojas á quien la Ciudad entera de Valladolid veneraba como á Santo. Aunque mudó de lugar no alteró en nada sus ejercicios ordinarios el Padre Rojas, y como en Madrid, repartía el tiempo en sus ocupaciones de Palacio, en atender á sus pobres y asistir á los actos de Comunidad, que á todos procuraba, siempre que le era posible, ser el primero.

CAPÍTULO XI

Retrato ó fisonomía moral del Padre Rojas.—Es nombrado Visitador de la Provincia de Andalucía.—Acepta el cargo por obediencia y cumple con él.—Demuestra en Sevilla su extraordinaria virtud.—Prodigios que obra en dicha ciudad.

RARA coincidencia que quiero aquí consignar! Acababa yo de escribir el capítulo precedente de esta modesta biografía, cuando me encontré por casualidad con un amigo á quien mucho aprecio, quien sabedor andaba yo ocupado en pergeñar este trabajito en honor del insigne vallisoletano Venerable Padre Fray Simón de Rojas, me dirigió á boca de jarro esta curiosa y sorprendente pregunta: El Beato Simón de Rojas ¿cómo era? alto ó bajo?... No pude ni supe en verdad qué contestarle porque dos retratos que había visto del Padre Rojas, uno que trae el Padre Vega en la portada de la vida del Venerable y el otro en el tomo 27, letra S de la Biografía Eclesiástica, ninguno me daba idea de si era alto ó bajo el Venerable Fray Simón de Rojas para poder satisfacer la pregunta del amigo. El de la vida del

Padre Vega se sabe que es el retrato del Venerable Simón de Rojas por el Santo Hábito de la Trinidad que viste; en lo demás cualquiera que en ese detalle no se fije, cree que es Nuestro Señor Jesucristo con la Cruz á cuestas en una de sus caídas porque el Venerable está arrodillado, lleva al hombro una gran cruz, una corona de espinas sobre sus sienes y tres clavos en su mano derecha. De la cruz parte un letrero que dice: «*Haec est via quoe ducit ad vitam*». El retrato que trae la Biografía citada en la página 394, es sólo de medio cuerpo, difícil por tanto de averiguar lo que el amigo me manifestaba deseaba saber. Ni á él ni al lector puedo por tanto complacer en ese punto. Lo que sí dije al amigo, y repito al que esto lea, es que conservo rasgos de su fisonomía moral dados por testigos de vista y que revelan que el Venerable P. Rojas era de una talla muy superior á la que ordinariamente miden aun las personas que pasan por muy virtuosas; era talla de gigante.

De esta fisonomía ó retrato moral pensaba yo tan sólo ocuparme en este capítulo XI de su vida y por eso calificué de coincidencia rara la pregunta del amigo. Y que venía como anillo al dedo el tratar yo de tal asunto en este lugar y no en otro, lo va á ver el benévolo lector.

Los PP. Trinitarios de la Provincia llamada de Andalucía, deseando tener un Visitador de todos sus conventos, discurrieron qué Padre de entre los más reconocidos por su virtud y letras, aunque fuese de otra Provincia, podría ser apto para cargo tan delicado, y, como impulsados por idéntico resorte, se fijaron todos ellos en el Venerable P. Rojas que

era de la Provincia de Castilla. Mas antes de tomar una resolución definitiva y pedir para él al Nuncio de Su Santidad los correspondientes poderes, quisieron, á pesar de la gran fama que de virtuoso y prudente tenía el Venerable P. Rojas, informarse de persona para ellos de entera confianza. La persona á quien pidieron el informe, que era extraña á la religión, queremos decir seglar, dijo la verdad, y acerca del punto principal que se le preguntaba respondió de este modo:

«Adornan al P. Rojas los talentos de virtud y prudencia que ha menester cualquiera administración de gobierno. Es varón muy justo, y cuando ha sido Prelado, aunque deseaba que todos fueran perfectísimos, pero como son varias las perfecciones de los hombres y no tenemos todos el mismo fervor de espíritu, se contentaba con que fuesen buenos. Ordena su interior religiosamente y el exterior con grave compostura. Si oye palabras ociosas huye de ellas. Las conversaciones útiles busca; y ama las de buen ejemplo. No se destempla en la risa, ni en la voz se desentona. Su celda es de perfecto pobre; su vestido humilde y modesto; sus pasos concertados y todos de buen ejemplo. No busca curioso los hechos de sus prójimos: las advertencias sí le tocan, oye con alegría; perdona fácil, si espera enmienda; compadécese del necesitado, consuela al afligido; es humilde y pacífico. Ni las alabanzas le alteran, ni las calumnias le acongojan. Responde benigno á quien pregunta y cede fácil á quien porfía. Es abstigente en la comida, en la bebida parco; en las cortesías sencillo, en la asistencia del coro, iglesia y actos de comunidad tenacísimo. Sufre pacífico; compadécese

de los que yerran, es puro en la castidad y en la obediencia pronto. Es liberal en dar á pobres, á quienes mira como á hijos y hermanos; y siendo como es tan amante del retiro, no perdona diligencia para remediarlos. Vive para sí muerto; para el mundo crucificado, con resignación en Dios; es celoso de su honra y busca sediento la salud de las almas, y por su bien, no perdona trabajo ni excusa diligencia.

No pronuncia palabra sin que la empiece diciendo: Ave-María; y es de los más finos Capellanes que ha tenido Nuestra Señora. Vive entre todos solo, y únicamente atiende á lo que hace á un Varón perfecto y Santo. Y siendo un religioso que tanto huye de los aplausos, es universalmente aclamado y venerado de todos. Esto es lo que se sabe y experimentan cuantos le comunican, que son casi infinitos, porque lo ha puesto Dios como brillante antorcha en el Monte más alto para que alumbre al mundo, salgan los pecadores de las tinieblas de la ignorancia y ninguno alegue que por falta de luz tropieza».

Esta hermosa semblanza hizo y con justicia, del Venerable P. Fray Simón de Rojas la persona que fué preguntada acerca de él por los PP. Trinitarios de la Provincia de Andalucía. Añadió, el que así informaba, que dudaba mucho dejasen al Siervo de Dios aquel empleo de Visitador por la gran falta que hacía en la Corte; y también que su humildad le dejase admitir esa ocupación, porque para admitir las Prelacias y puestos que había tenido en su provincia se habían valido los Superiores de las armas de la obediencia. Vistos los informes y á pesar de las dos dificultades no pequeñas que había que vencer, los PP. Trinitarios de la Provincia de

Andalucía se determinaron á pedir al Señor Nuncio de Su Santidad la visita Regular de sus conventos, haciéndole presente á la vez que para la quietud espiritual de la Provincia no convenía fuese otro el Visitador, sino el P. Rojas.

Como en este nombramiento á favor del P. Rojas, se interesó muy mucho el Nuncio de Su Santidad, no se opuso á ello la Corte española, y la dificultad que quedaba por vencer que era la gran humildad del Venerable P. Rojas para aceptar cargos de distinción, la venció el mismo Señor Nuncio diciéndole le mandaba por obediencia. Vuestra Señoría Ilustrísima que representa la persona del Vicario de Jesucristo me lo manda? contestó el Venerable, pues yo le obedezco, fiando en su Divina Majestad me dará la suficiencia. Tomó el Venerable por Secretario de Visita un religioso de su confianza, y salió para Andalucía. Visitó, antes de llegar á Sevilla, algunos conventos, dejando en todos raros ejemplos de su virtud. Díganlo Málaga y Granada. Su primer cuidado al llegar á Sevilla en donde pensaba estar algún tiempo más de lo que había estado en Málaga y en Granada, fué visitar el Santuario, antes cueva ó cárcel donde las dos hermanas y mártires insignes Santas Justa y Rufina padecieron su martirio; y allí fué á pedir á Dios luz por intercesión de las Santas para cumplir con sus obligaciones, y cumplió con ellas como un enviado del Cielo.

Tan alto fué el concepto que del Siervo de Dios se formaron cuantos tuvieron el honor de tratarle, que todos repetían con el Maestro Fr. Bernardo de Escalante, varón esclarecido de la Provincia de Andalucía, que si con penitencias y muchas oraciones

hubieran merecido un Angel de paz, de edificación y de consuelo y Dios les diera elección, no podían desear otro.

Y Dios Nuestro Señor confirmaba la virtud de su Siervo con milagros y prodigios numerosísimos como se pueden ver detallados en la vida que del Venerable P. Rojas tiene escrita el P. Vega. En el capítulo XXV dice que pocos años después que visitó la Provincia de Andalucía el Venerable Padre Rojas, hizo otra visita el Maestro Fr. Rafael Díaz de Cabrera; y depone que religiosos graves de virtud y letras de aquella observantísima Provincia le dijeron que en Sevilla y su tierra había obrado aquel Siervo de Dios más de doscientos milagros y que todos los pueblos y ciudades por donde pasaba salían á recibirle cuando entraba y á despedirle cuando marchaba.

CAPÍTULO XII

Es trasladada de nuevo la Corte de Valladolid á Madrid.—Emprende el Venerable P. Rojas su viaje al convento de Madrid.—Oratorio conocido en Madrid con el nombre de Caballero de Gracia.—Sermones del P. Rojas durante trece años continuos en dicho Oratorio.—Fruto de sus Sermones.—Qué dijo acerca del P. Rojas su sucesor el P. Gerónimo de Florencia al subir por vez primera á aquel Púlpito.

HEMOS consignado que en Febrero del año 1601 el Rey D. Felipe III trasladó la Corte de Madrid á Valladolid. Pocos años permaneció en esta ciudad, pues el mismo Rey, el 20 de Febrero de 1606, la trasladó de un modo definitivo á Madrid. Como el Venerable P. Rojas, por el gran respeto, veneración y aprecio que le profesaban así el Rey como su esposa Doña Margarita, era por así decirlo, cortesano, á Madrid le mandó volver también la obediencia é hizo su viaje en idéntica forma que el primero.

Hay en Madrid una iglesia conocida vulgarmente con el nombre de su fundador: «Iglesia ú Oratorio

del Caballero de Gracia», y es que un Sacerdote Venerable y muy piadoso llamado Jacomé de Gratiis y á quien comunmente llamaban «Caballero de Gracia», fundó á expensas propias un Convento de religiosas en donde algunas escogidas por la vocación del Cielo consagraban á Dios y á su esposo Jesucristo por medio de los votos, las potencias todas de su alma y la pureza y virginidad de su cuerpo.

No satisfecho aún el citado Caballero con la obra tan grata que para honra y gloria de Dios había hecho con aquella fundación, deseoso de ganar más y más almas para el Cielo, en la iglesia ú Oratorio de aquel convento, fundó una Congregación con ese nombre de Caballeros cuya ocupación primordial era santificarse por medio de la devoción continua al Santísimo Sacramento, al que honraban con fiestas especiales, ejercicios ó pláticas espirituales y otras varias obras de devoción. Era obra buena y tenía que llevar el sello de que era del agrado de Dios, así que no le faltaron tribulaciones ni mortificaciones al Venerable Jacomé de Gratiis. Deseó comunicar sus trabajos con el Venerable P. Rojas que no se negaba á cuantos le buscaban para alivio y consuelo de su espíritu y lo halló tan benigno como todos. Le manifestó sus dolores y sufrimientos y después de oírle el Venerable P. Rojas le animó á proseguir valiente la obra comenzada *porque para el paladar divino son bocados desabridos los que no sazona la sal de la persecución*, que no se admirase de ella porque por ese camino anduvo primero el Maestro Divino y después le han recorrido los Santos más favorecidos de Dios.

Fiemos en Dios y en su Madre Santísima que tan buenas obras tendrán gloriosos progresos, y aunque dure la tempestad, darán sus frutos. Conso-lado y fortalecido con tan sanos consejos el acongo-jado Caballero, siguió adelante con su fundación, quedando desde entonces unidos por los vínculos de la más estrecha y santa amistad, y Dios dispuso para bien de la misma Congregación que el P. Rojas le sucediese en el cargo de Director.

Encargóse el Venerable P. Rojas de predicar todos los Sábados en el Oratorio que erigió la ardiente devoción del Caballero de Gracia para que pudiese la Congregación hacer sus ejercicios. Y no un año ni dos, sino hasta trece sin interrupción, continuó el Venerable Padre esta tan cansada tarea, sin que ni él ni el auditorio sintiesen el cansancio y eso que las Pláticas duraban el día que menos de hora á hora y media y aún otras más según ocurría; la ocasión y el concurso de gente crecía en vez de disminuir. Era que el Venerable P. Rojas subía al púlpito del Caballero de Gracia *trocado con un nuevo espíritu*, (son palabras del Venerable á un sacerdote de su mayor confianza D. Francisco Luque Faxardo), y por eso sus sermones, como inspirados por el Espíritu Santo, producían en los oyentes efectos admirables, movía con ellos á que los corazones más empedernidos hiciesen confesiones generales de sus culpas, que las almas piadosas frecuentasen la Comunión y que en todos se aumentase la tierna devoción á María Santísima, que eran todas sus ansias.

Le sucedió á los trece años en el ejercicio de la predicación y en el púlpito de Nuestra Señora de

Gracia, el célebre jesuíta P. Florencia (Gerónimo de) uno de los varones más perfectos de la ínclita Compañía de Jesús y notable entre los notables de aquel siglo. No por mero cumplimiento, pues era un individuo tan perfecto que nunca habló con ligereza en el púlpito, sino íntimamente persuadido de la verdad que decía, comenzó su primer sermón de este modo: *«Con temor subo á este púlpito habiendo predicado en él tanto tiempo el mayor devoto de Nuestra Señora que ha habido desde San Bernardo hasta ahora»*. ¡¡Qué elogio tan acabado y tan veraz!!

CAPÍTULO XIII

Es elegido Ministro del convento de Madrid el Maestro Fr. Diego de Guzmán y muere sin tomar posesión de su cargo.—Nombra la Comunidad de aquel convento al P. Rojas para sustituir al Maestro Fr. Diego.—Acepta el Venerable P. Rojas el cargo de Ministro.—Su devoción para con el Santísimo Sacramento.—El P. Monroy Redentor General de cautivos.—Sale para Argel con los PP. Aguila y Palacios.—Triste desenlace de su Misión.

EL día 14 de Junio de 1606, siendo Provincial el Maestro Fr. Rafael Díaz, fué elegido Ministro del convento de Madrid el P. Maestro Fr. Diego de Guzmán, llamado el joven, quien murió sin haber podido tomar posesión de su cargo. Medio año estuvo aquel convento tan importante sin Ministro ó Superior, gobernado tan sólo por un Presidente ó Superior interino. Viendo el entonces Provincial los inconvenientes que hay para un convento el que el Superior gobierne en esas condiciones por un plazo considerable, juzgó conveniente dar á aquel

convento, donde ordinariamente él residía, un Ministro, y puso sus ojos en el Venerable P. Rojas.

Los cargos y oficios honrosos que para la inmensa mayoría de los hombres son una fuente abundosa de alegría y de no pequeñas satisfacciones, para los que realmente son humildes y conoedores de las pequeñeces humanas, son un manantial de desconsuelos y de lágrimas, y esto ocurrió á nuestro Venerable en el presente caso en que el mismo P. Provincial le llamó y le dijo: que se dispusiese para ser Ministro de aquel convento é hiciese ánimo para beber este cáliz, porque así convenía al servicio de Dios. Cáliz y muy amargo era el que el P. Provincial ponía en la mano de aquel siervo de Dios para que le aceptase; rehusó el tomarle y manifestó su repugnancia, sentimiento y dolor, convirtiendo sus ojos en fuentes de lágrimas; pero resignado tuvo que pronunciar como Jesucristo Nuestro Señor, *non mea voluntas sed tua fiat*, que no se cumpliese su voluntad, sino la del Superior en vista de que á éste, no los razonamientos ni las excusas del humilde religioso, ni aún el argumento conmovedor y por consiguiente poderosísimo de las lágrimas, le hicieron desistir de su intento.

Con las mismas ansias que el P. Provincial, deseaba la comunidad tener por su Ministro al Padre Rojas; le eligieron, pues, por unanimidad, y como era perfecto religioso, se rindió á la voluntad de Dios de un modo tan expreso manifestada y aceptó el oficio con universal aplauso y consuelo de todos.

Desempeñó su cargo durante un trienio, y si

mucho mejoró el convento, donde más se esmeró fué en mejorar la casa de Dios, la iglesia, trono y asiento de Su Divina Majestad. No conocemos la iglesia de PP. Trinitarios calzados, de Madrid; pero historiadores fidedignos del siglo XVIII aseguraban ser sin exageración una de las más preciosas y magníficas de la Corte (1). Al tomar posesión de su

(1) La excelente y acreditada revista religiosa *La Cruz*, que desde el año 1852 se publica en Madrid, en el tomo segundo, página 268, año 1911, trae un artículo titulado *Una obra social y caritativa del beato Simón de Rojas*, debido á la elegante y entusiasta pluma de su constante colaboradora la humilde y fervorosa religiosa trinitaria descalza Sor María del Carmen, del Santísimo Sacramento, y de él se deduce que ni la iglesia ni el convento á que nos referimos en el texto existen en la actualidad.

Júzguelo por sí el lector...

«Digamos algo ya, son palabras de la religiosa citada, digamos algo ya, de lo que constituye el carácter social de la obra magna fundada por el beato Simón de Rojas. Me refiero á las comidas públicas que, servidas por los congregantes se daban á los pobres en los espaciosos claustros del histórico y antiguo convento de la Trinidad Calzada de Madrid y destruído por la *cultura y ambición* de los adoradores del progreso moderno... en destruir é *incautar* con el fin de crear intereses, ó sea enriquecerse con bienes ajenos y mal adquiridos.

Describe después minuciosamente la ilustrada religiosa el acto conmovedor que tenía lugar en aquellos claustros el Domingo tercero de cada mes, en el que terminada la Misa mayor, se servía la comida abundante y bien sazónada á setenta y dos pobres, mandando, además, á personas vergonzantes, limosnas á domicilio, y en un arranque verdaderamente varonil, exclama: en esas obras tan edificantes, moralizadoras y de acción social tan directa como eficaz, por ser informadas en una caridad pura y neta, se ocupaban aquellos frailes tan calumniados

oficio estaba la iglesia sin terminar y en poco tiempo tuvo la satisfacción de verla concluída con la perfección y hermosura que hemos dicho. Para comodidad de los que en el templo se dedicaban á la oración y demás prácticas piadosas, construyó una Lonja (atrio) entre la calle de Atocha y la fachada de la iglesia, evitando de ese modo el ruido propio de las grandes ciudades en sitio tan céntrico. Con ser tantos los gastos que tuvo que hacer para llevar

después y que por único premio de su caridad heróica y de los grandes servicios que prestaron á las clases sociales de su tiempo, llevando al corazón de los ricos la compasión y el amor al pobre, al mismo tiempo que inspiraban á éste humildad y confianza en Dios, fueron arrojados de sus conventos é inmolados como víctimas expiatorias por los pecados del mundo...

Todo aquello pasó, continúa la monja trinitaria, y aquellos claustros y los altares ante cuyas sagradas aras congregábanse pobres y ricos bajo la dulce mirada de Jesús Sacramentado y su Madre Inmaculada para ejercer una obra sublime de caridad, ya no existen... Mas por fortuna, gracias á Dios, aún subsiste la hermosa obra del beato Simón de Rojas, y la *Real Congregación del Ave-Maria*, todavía da sus comidas públicas á cuarenta pobres, que sirven los congregantes, personas todas de lo más escogido de la Corte, y á las que algunas veces asisten los Reyes, Príncipes é infantes con su séquito, del mismo modo que lo hacían sus antecesores del siglo XVII, quedando edificados y conmovidos al presenciar tan bellos ejemplos de caridad cristiana en favor de las clases menesterosas».

Esto escribí en Madrid Sor María del Carmen el 28 de Agosto de 1911.

En el capítulo XVI de esta Biografía nos ocuparemos, Dios mediante, algo más extensamente de este mismo asunto.

á cabo obras tan costosas, nunca faltó la providencia de Dios á su siervo.

Si como el Real Profeta podía decir al Señor el Venerable P. Rojas: *Domine dilexi decorem Domus tuae, et locum habitationis gloriae tuae*, enamorado estoy, Señor, de la hermosura del lugar en que os dignáis establecer vuestra morada y manifestar vuestra gloria (Salmo 25, v. 8), procurando que tan santo lugar estuviese sumamente limpio, curioso y aseado; procuraba aún más, que fuese sumamente respetado, no permitiendo en él conversaciones de ningún género y menos profanas. «Esta es la casa de Dios, el lugar en la tierra especialmente á Él dedicado, decía, y adonde más debe ser reverenciada Su Divina Majestad».

Si en la casa de un rey terreno nadie se atreve á faltar al respeto y á la educación ¿cómo en la iglesia estando el Rey de la gloria con la presencia real que tiene en el Sacramento del altar, hay quien se atreva á cometer faltas de respeto debido al templo? Estas palabras las acompañaba el Venerable Padre Rojas con el ejemplo que á todos daba estando en él. Sobre todo, era edificante la compostura y devoción con que celebraba el Santo Sacrificio de la Misa y los efectos admirables que causaba en los que la oían sin darles fastidio aunque tardaba en decirla bastante más que otros sacerdotes.

No sólo por las personas disipadas y poco fervorosas, por no decir poco cristianas, sino hasta por aquellas que pasan plaza de devotas, son buscadas ordinariamente las Misas cortas; pues bien, aun los más ocupados tratándose de oír la Misa celebrada por

el Venerable P. Rojas, daban por muy bien empleado su tiempo y se tenían por dichosos si llegaban á tiempo de oirla, y, si aún no la había celebrado, gustosos esperaban aunque tuviesen urgencia sus asuntos. Para fomentar la devoción de las devociones, la devoción al *Santísimo Sacramento*, consiguió permiso para exponerle á la adoración de los fieles con la mayor frecuencia que le fuese posible, y por este medio efficacísimo, logró el fruto que su corazón anhelaba: que fuese amado el amor de sus amores Jesús Sacramentado.

Ponía especial cuidado en que fuese honrado Jesús Sacramentado en los días de carnaval, como se deduce de una de sus cartas al Venerable Maestro Monroy, mártir glorioso en Argel cuando estaba en su prisión y de quien dentro de poco nos ocuparemos. Comienza así el Venerable P. Rojas: Ave María. Hoy martes de «Carnestolendas á la tarde, »quando acabamos de cerrar el Santísimo Sacramento, que ha estado expuesto desde el Domingo »por la mañana, para entretener las almas, que no »sigan la vanidad y regalos del mundo, etc., etc.»

Consiguió también establecer una fiesta mensual en honor del Santísimo Sacramento, costeada más tarde á perpetuidad por la Reina D.^a Isabel de Borbón, hija de Enrique IV, Rey de Francia y de María de Médicis y esposa de Felipe IV Rey de España, con quien contrajo matrimonio en 1615. Veamos lo que acerca de esta fiesta mensual, en honor del Santísimo Sacramento, decía un siglo después (año 1715) el tanta veces citado P. Vega en el Capítulo XXXVIII de la vida del Venerable P. Fr. Simón de Rojas.

«Hasta hoy se celebra en este convento todos los >primeros jueves del mes, estando expuesto Su Divina Majestad á la misa mayor, concluyendo la >función con procesión alrededor de la iglesia. >Cuya fiesta dotó la Reina para su perpetuidad con >su magnificiencia acostumbrada, dando para esta >función un preciosísimo palio de tela de oro».

De modo que de no haber tomado parte tan activa los *vándalos del progreso* en la *cuestión iglesias y conventos de los religiosos*, era de creer y de esperar que hasta la fecha hubiera continuado aquella piadosa fundación que en honor del Santísimo Sacramento hizo la Reina D.^a Isabel de Borbón á petición de nuestro biografiado.

Quisiéramos extendernos aquí algo, tratando de la abnegación y celo con que el Venerable P. Rojas administraba el Santo Sacramento de la Penitencia, sabiendo muy bien, como él sabía, ser un Sacramento de mucho consuelo y de gran utilidad y necesidad para las almas, así como del sumo cuidado que ponía en que los Padres Confesores, que eran sus súbditos, fuesen hábiles para la recta administración de tal ministerio y de las sublimes reglas y admirables consejos que en sus pláticas les daba para que ellos pudieran conducir á sus penitentes por la senda de la verdadera virtud; pero no nos lo permiten los estrechos límites de una modesta biografía.

El que verdaderamente ama á Dios y á las almas, no se contenta con absolverlas de sus culpas en el Tribunal de la penitencia, su celo se extiende á hacer que eviten el caer en pecado, y todo eso hacía el Venerable P. Rojas, ora con sus sermones,

bien buscando limosna para socorrer á aquellas almas inexpertas y jóvenes más expuestas á ser seducidas si al pecado las impulsaba la misma pobreza ó escasez de recursos en que se hallaban...

El que de tal amor de Dios y celo por la salvación de las almas se hallaba poseído, no es de extrañar que como buen Trinitario desease redimir á sus hermanos, entregándose, si hubiera sido necesario, á la muerte para su rescate; mas Dios Nuestro Señor, se contentó con los deseos que en su corazón sentía el Venerable P. Rojas de pasar al Africa en donde su Orden tenía la misión de redimir á los cautivos, cumpliéndose en él, como vamos á ver, lo que San Juan Crisóstomo dice hablando de los mártires: *Adest enim clementissimus Deus, qui desiderantibus suis aut martyrium praebeat, aut sine martyrio cum Sanctis proemia divina retribuat.* (Serm. 1 de Mart., tom. 3).

«Dios nuestro Señor es tan clemente, es tan generoso, que ó prepara la gloria singularísima del martirio á aquellos que la ambicionan, ó, sin sufrir realmente el martirio, les concede, no obstante, la corona.»

Al mismo tiempo que el Venerable P. Rojas fué nombrado Ministro del convento de Madrid, lo fué para el oficio que se llama en la Orden de la Santísima Trinidad «Redentor General» el Venerable Padre Maestro Fr. Bernardo de Monroy, dándole como compañero en su gloriosa empresa ó misión al P. *Presentado* Aguila y al P. Fr. Juan de Palacios. El oficio ó cargo de Redentor General consistía en reunir limosna para el rescate de los cristianos que en Africa gemían bajo el bárbaro poder de

los hijos de Mahoma, expuestos á perder con la libertad, pues pasaban á ser verdaderamente esclavos, el don de la fe, y una vez reunidos los fondos necesarios para su rescate ó redención, presentarse en Argel, redimir con limosnas los cautivos y si era necesario quedarse los religiosos redentores en rehenes y si podían acompañar á los cautivos con ellos regresaban á la patria. Antes de aceptar el cargo de Redentor General, que en medio de ser penoso, era muy honroso, fué el P. Fr. Bernardo de Monroy á consultar con el P. Rojas, que era á la sazón ministro dignísimo de aquel convento, donde residía el P. Monroy, quien le aconsejó que con humildad aceptase lo que el Venerable P. Provincial tenía determinado, y poniéndose en manos de Dios, se dejase llevar de la obediencia. Así lo hizo, y aceptado el nombramiento y en cumplimiento de su oficio, fué juntando los caudales necesarios, procedentes de rentas fijas, limosnas y obras pías, para la caritativa obra de la redención. Obtuvo también dicho Venerable P. Monroy, un Breve de Su Santidad el Papa Paulo V dado en Roma el 8 de Febrero de 1608, lleno de gracias y privilegios espirituales para redentores y cautivos, y al año próximamente, (el 18 de Enero de 1609), salía de Madrid para Argel el Venerable P. Maestro Fr. Bernardo de Monroy y sus dos cuadjutores ó compañeros Padres *Presentado* Fr. Juan del Aguila y Fr. Juan de Palacios.

El Venerable P. Rojas envidió la suerte gloriosa de aquellos tres religiosos á quienes hubiera deseado acompañar en aquella jornada, quedarse en Argel para aliviar en cuanto le fuese posible las miserias

espirituales y corporales de los pobres cautivos, y si Dios Nuestro Señor le concediera la gracia del martirio, dar la vida en obsequio de la Santa Fe.

Como de costumbre, acudió á Dios el Venerable Padre Rojas, pidiéndole luz en aquel caso, para saber cual era Su Divina Voluntad; y dióle Dios á entender no era de su gusto hiciese el oficio de redentor en Argel, ni el que allí se quedase; pero que padecería los trabajos de redentor, y el que hubiera tenido, si asistiera á los cautivos afligidos en las cadenas. Resignó su voluntad en la de Dios y esperó se cumpliese en él aquello que fuere más de su agrado.

Sin novedad arribaron el Venerable P. Maestro Fray Bernardo de Monroy y sus dos compañeros Aguila y Palacio á las playas argelinas; fueron bien recibidos de moros y cristianos y empezando á ejercitar su oficio concluyeron felizmente la redención. Consiguieron rescatar *ciento treinta cautivos*. Dispuesto ya todo para emprender alegres el viaje de regreso á la madre patria, pues tenían satisfechos los precios de los cautivos y los derechos de las aduanas, aprestado el bajel y próximos á entrar ya en él, vino de repente á turbar aquella alegría de redentores y cautivos, una multitud de moros, que por orden del *Duna* (consejo de la ciudad), les prohibía embarcarse, más aún, los maltrató bárbaramente y los redujo de nuevo á prisión. ¿Cuál fué el motivo de tantos atropellos é injusticias? Pues no fué otro que la llegada al puerto de un moro poderoso y muy influyente, llamado Mahomet Mazul Aga, reclamando una hija suya por nombre Fátima, y que según él tenían en Liorna cautiva los

cristianos. Era cierto que en Liorna se hallaba Fátima, y que su padre Mahomet Mazul Aga, envió por ella; pero los encargados de conducirla á Argel, dijeron, que al llegar al Puerto de Calvi, población de la Isla de Córcega, donde se hallaba el obispo de Saona, Fátima, libre y espontáneamente, pidió ser bautizada. Llegó la noticia al Sr. Obispo y mandó la llevasen á su presencia, y viendo ser cierto cuanto le habían dicho, y que la joven mora estaba suficientemente instruida en la fe, la bautizó según el rito de la Iglesia católica. La nueva cristiana se quedó allí muy gustosa y muy feliz, y así se lo comunicaron á su padre Mahomet Mazul, pero éste se enfureció de tal manera, que por su instigación y su influencia, los de la *Duna* cometieron con los Padres Redentores y con los pobres cautivos los atropellos indicados. Mahomet Mazul Aga, aseguró á los Padres, que mientras no le devolviesen á Fátima, á quien en Calvi habían hecho cristiana á la fuerza, ni ellos, ni los cautivos, saldrían de Argel. En vista de la fiera actitud del moro Mahomet Mazul Aga, no faltó quien aconsejó al Venerable Padre Maestro Fr. Bernardo de Monroy, escribiese al Señor Obispo de Saona, exponiéndole la situación en que se hallaban por lo ocurrido con Fátima; mas el bendito Redentor General, debió mirar las cosas bajo aspecto distinto del que se metió á consejero, pues le contestó que no podía ofrecer lo que no podía ejecutar; antes bien, si por ésto, añadió con la convicción de un mártir, perdiéramos mis compañeros y yo las vidas y haciendas, seremos dichosos sacrificándolo todo en obsequio de la fe. Se justificó ante la *Duna* ó Consejo, con los documentos que

traía, de haber procedido en todo legalmente, siendo ellos los que al obrar del modo arbitrario que obraban, cometían una injusticia; mas no por eso convenció á la *Duna*, y aquel «Consejo de muchos, confusión de todos, por donde se gobierna aquella ciudad argelina» persistió tenaz en la pretensión del poderoso moro Mahomet Mazul; así como los religiosos en la respuesta ya dada por su presidente P. Monroy, dando por resultado aquel proceso, de encerrar en la prisión llamada Baño del Rey, que era la más segura, á los tres Venerables religiosos, cargándoles al mismo tiempo de pesadas cadenas, y que estuviesen allí hasta tanto que entregasen á Fátima, sin darles de comer más que galletas podridas, que no las querían ni aun los perros, y agua poco menos que corrompida. Los tres Santos religiosos, cargados de oprobios pero llenos de alegría, á semejanza de Apóstoles, dieron rendidas gracias á Dios que les encontraba dignos de padecer algo por su nombre y entonaron el *Te Deum*, terminando tan grandioso himno eucarístico con la hermosa oración á la Santísima Trinidad.

Circuló muy pronto el rumor por la Corte de Madrid, que algo grave había ocurrido á los Padres Redentores en Argel, y mientras unos los creían víctimas de alguna traición moruna, otros aseguraban que redentores y redimidos, habían sido tragados por el mar; lo que nadie dudaba ser la noticia cierta por ser tan mala. Para nuestro Venerable Padre Rojas, fué la tal noticia agudísima saeta que le atravesó el corazón, teniendo de allí en adelante muchísimo que sufrir. Oraba y pedía oraciones á todos para que encomendasen á Dios Nuestro Señor,

negocio que tanto importaba. Cuando más tarde se supo la verdad de cuanto había ocurrido, y el por qué habían quedado los Padres en las prisiones de Argel, la compasión, en muchos corazones, se trocó en santa envidia; sin embargo, el P. Rojas que como humildísimo que era, todos aquellos trabajos que los Padres pasaban con los pobres cautivos, con mucho gusto los hubiera tomado para sí, multiplicó en ese tiempo con más rigor las penitencias para que sus oraciones fuesen mejor oídas; dió noticia del infausto suceso á los piadosos reyes D. Felipe III y D.^a Margarita, y aunque influyeron ante el Gran Turco é hicieron justas reclamaciones, no tuvo éxito feliz su gestión, pues cautivos siguieron los que ya lo estaban y á la vez los Padres Redentores.

Tal vez el Rey de los reyes y Señor de los que imperan, mandan y dominan, disponía así las cosas en sus inescrutables designios, para que por ese camino los PP. Bernardo de Monroy, Aguila y Palacios, aumentasen el ejército numeroso de los mártires.

CAPÍTULO XIV

Nombra la Comunidad del convento de Madrid, al Venerable P. Maestro Fr. Bernardo de Monroy, sucesor del P. Rojas en su cargo de Ministro de aquel convento. Mientras llega de Argel se encarga de la Presidencia del citado convento, el Venerable P. Rojas.—Sequedades y desconsoles que sufre el Venerable P. Rojas.—Su correspondencia con los cautivos.—Remite grandes limosnas á Argel.—Mueren gloriosamente los Venerables Padres Aguila, Palacios y Monroy.—Solicita el P. Rojas su culto.

DESPUÉS de los sucesos que acabamos de narrar, le quedaban ya muy pocos meses al Venerable P. Rojas, para terminar el tiempo de su cargo, cosa que él anhelaba vivamente; pero era voz común en el convento y en el ánimo, así del Provincial, como en el de los demás religiosos estaba, de que en acabando el tiempo prefijado para el cargo de Ministro, volvería á recaer por segunda vez en su dignísima persona. Llegó, como era natural, esta voz á oídos del P. Rojas, y no hallaba consuelo al

considerar había quien pensaba imponerle por más tiempo del que ya llevaba, tan penosa carga. El caso es que acabó su oficio de Ministro del convento de Madrid el Venerable P. Rojas y aunque el Provincial que lo era entonces el P. Maestro Fr. Pedro Romano, y la Comunidad deseaban muy de veras continuase en su cargo, así por el alto concepto que tenían de su virtud, como por los grandes progresos, que así en el orden espiritual como en el temporal, habían experimentado durante su trienio; sin embargo, no fué elegido Ministro, porque el Venerable P. Rojas rehusó por todos los medios religiosos posibles aquella honra, y el P. Provincial no quiso darle á cara descubierta aquella pesadumbre, mandándole de nuevo lo aceptase en virtud de santa obediencia; pero debió de ser porque se valió de otro medio oportunísimo, dictado al parecer por el mismo cielo.

El P. Provincial era observantísimo, y como tal, su intento era poner los mejores en los oficios, así que propuso á la Comunidad hiciesen Ministro al Venerable P. Monroy, que se hallaba accidentalmente prisionero en Argel, porque esperando verle pronto libre de las cadenas, sería motivo de alegría para la Comunidad, pasar de la dura esclavitud de los bárbaros á la dulce servidumbre de sus hermanos, ya que según el gran San Agustín no es otra cosa el cargo de Superior: *Non se existimet potestate dominante, sed charitate serviente, felicem*, (Capítulo XI, Reg. de obediencia) el Superior haga consistir su verdadera felicidad, no en dominar á manera de los que en el mundo mandan y dominan, sino que se considere feliz en servir con

caridad á sus súbditos religiosos; y que mientras el Venerable P. Monroy llegaba, fuese Presidente el Venerable P. Rojas; así conseguía su propósito el Venerable P. Provincial, porque si venía el Padre Monroy de Argel para servir en dicho cargo, ponía por Ministro un Santo; si continuaba en la prisión, ponía por Presidente ó Ministro interino, otro.

La Comunidad aceptó gustosísima la idea del Padre Provincial, se reunió para la elección de Ministro, y sin faltar un solo voto, recayó sobre el Padre Maestro Fr. Bernardo de Monroy, y porque no se quedase el convento sin Prelado, mientras llegaba el Santo Redentor General, fué electo el P. Rojas por Presidente del convento. Dieron cuenta al Padre Provincial de una y otra elección, así como de la resistencia que hacía el P. Rojas no queriendo aceptar dicho cargo de Presidente. Se presentó el Provincial en el convento, y á pesar de suplicarle el Venerable P. Rojas con la mayor humildad y aun con lágrimas en los ojos, le dispensase de aceptar tan pesada carga, no le pudo convencer y se vió obligado á proseguir el oficio, con el título de Presidente, mientras en Argel estuviera el otro Santo.

Pronto se cumplió lo que en la oración el Señor le había revelado al Venerable P. Rojas, que sin ir á Argel, le reservaba los trabajos de redentor, pues se encontró como de repente en un desamparo y soledad de espíritu, que gustoso hubiera escogido antes que pasar por aquel abandono, hallarse oprimido por duras cadenas y encerrado en la más lóbrega de las mazmorras. Muchos santos se han hallado en situación tan angustiosa, y todos al

hablarnos de ella, la comparan al más cruel de los martirios. Cuando Dios se retira así de un alma, es como cuando los elementos pierden su equilibrio natural, que al perderle, traen consigo el trastorno, la confusión y la muerte. Así el P. Rojas, sin saber por qué, se hallaba en una situación oscura y angustiosa, y como el Profeta podía exclamar: *Circumdederunt me dolores mortis; et pericula inferni invenerunt me. O Domine libera animam meam, quia tribulationem et dolorem inveni.* Sumergido me hallo y como cercado por las angustias de la muerte y los peligros todos del infierno. ¡Oh, Señor! libra mi alma, que por do quiera es rodeada de tribulación y amargura. (Salmo 114). Otras veces animándose á sí mismo, diría con el mismo Profeta David (Salmo. 41): ¡Alma mía! ¿por qué te turbas y entristeces? Confía en el Señor y espera con tranquilidad su auxilio. Pero á pesar de sus gemidos, la tempestad seguía, y el Venerable P. Rojas á la oración unía espantosas penitencias, á fin de que Dios templase su enojo si le había irritado, ó, compadecido del mal tratamiento que á sí mismo se daba, le sacase ya de aquellas tinieblas. Duró no poco este martirio, mas viendo Dios Nuestro Señor su constancia en la penitencia y en la oración, volvió á tener sus delicias en tratar familiarmente con su siervo.

Durante el tiempo que duró su oficio de Presidente, y aun algunos meses después, sostuvo constante correspondencia con los Padres que habían quedado cautivos en Argel, respirando en todas sus cartas, por una parte, la compasión hacia los confesores de Jesucristo por lo mucho que sufrían,

y por otra, una mezcla de alegría al saber la fortaleza con que lo sufrían.

La primera de sus cartas, que como todas las demás, comienza *Ave María*, está fechada el 16 de Octubre de 1609, y así continúan sus cartas hasta el 12 de Marzo de 1614. En la última que hemos visto sin fecha, hace referencia el Venerable P. Rojas á la que el P. Monroy le escribió por el mes de *Febrero pasado*; le dice que el nuevo Ministro era el Padre Maestro Fr. Francisco de la Mata, y después de darle tal noticia, añade: *ya Dios me hizo la merced que yo acabase trabajo tan grande*. Vuestra paternidad no deje de hacer oficio de Apóstol.

Cuidaba también el P. Rojas, de remitir á Argel cantidades de dinero que recogía de limosna, y que él enviaba por conductos secretos, para que los Venerables PP. Redentores diesen de comer y vestir á los rescatados y cautivos, y para que con su alivio pudiesen tolerar mejor los malos tratamientos de aquellos tiranos. Es increíble cuánto trabajó el Venerable P. Rojas para que se lograra la libertad de los santos Redentores; mas nada pudo conseguir, viéndose claramente ser la voluntad de Dios, fuesen gloriosos mártires de la fe; no al mismo tiempo, pero sí los tres, uno en pos de otro, recibieron la palma y la corona del martirio.

Sabedor el Venerable Padre Rojas del fin glorioso de sus tres hermanos, pues habían dado gustosos la vida en defensa de la justicia y de la religión católica, solicitó ante el Nuncio Apostólico de Su Santidad, en Madrid, que lo era el ilustrísimo Sr. D. Inocencio de Máximis, se abriesen las informaciones necesarias para poderles honrar como

á verdaderos mártires de la Religión. Resultado de las informaciones fué que los Venerables Padres, muertos en Argel, habían practicado virtudes heróicas, que habían muerto *in odium fidei* y que por consiguiente (hasta tanto que Su Santidad no determinara otra cosa) se les erigiera un altar en el convento de los PP. Trinitarios con las efigies de los Venerables Padres Monroy, Aguila y Palacios, y así se verificó con gran solemnidad el 28 de Diciembre de 1623.

No tardó Dios Nuestro Señor en confirmar con verdaderos prodigios la santidad de sus siervos, y en vista de ésto, fué comisionado para proseguir la causa de beatificación en Roma el P. Maestro Fr. Manuel Reynoso, causa que no se llevó á cabo por haber salido por entonces varios decretos del Papa Urbano VIII, que exigían el que antes de proceder á la beatificación era necesario dejar trascurrir varios años desde el tiempo de la muerte de aquél que se solicitaba la beatificación. Fué, por tanto, devuelta la causa por la Sagrada Congregación de Ritos al interesado P. Reynoso, con el rótulo que á continuación copiamos y que por sí solo forma el elogio más acabado de los Confesores de Cristo, como que la Iglesia en el Rezo Divino aplica tales palabras á los que han tenido la inefable dicha de derramar su sangre por Jesucristo.

Servi Dei, Magister Frater Bernardus de Monroy, et Praesentatus Frater Joannes de Aguila, et Frater Joannes de Palacios Hispani, Provinciae Castellae, qui in Argeriae Civitate propter testamentum Dei, et leges paternas in amore fraternitatis persistentes, unus fuit semper spiritus in eis, et una fides, et ab

Redemptionem Captivorum, divinum et Regularae Ordinis Santissimae Trinitatis Stemma, divino carcerum squalore tamquam aurum in fornace probati animas Deo reddiderunt, etc.

Los siervos de Dios, el Maestro Fr. Bernardo de Monroy, el Presentado Fr. Juan de Aguila y Fray Juan de Palacios, españoles, religiosos de la Orden de la Santísima Trinidad, de la provincia llamada de Castilla, habiendo pasado á la ciudad de Argel para cumplir con la gloriosísima misión del divino lema de su Orden *Redimir al cautivo*, permanecieron siempre fieles en las promesas y votos que hicieron á Dios, á la vez que en ellos fué siempre uno mismo el espíritu de la verdadera fraternidad, y por amor de Dios y de las leyes patrias, fueron pulimentados en la estrechez de horrendas cárceles, como se purifica, como se pulimenta el oro en el crisol, y así purificadas sus almas, volaron al seno del Señor.....

(Véase al P. Arcos, vida del Rmo. P. M. Fray Simón de Rojas. Parte 1.^a, fol. 262, y los Anales de Jaén Ximena. Fol. 215). La copia de este precioso documento se la debemos al incansable é inteligente investigador de las antigüedades de la provincia de Valladolid, Dr. D. Narciso A. Cortés, á quien reiteramos nuestra más profunda gratitud.

CAPÍTULO XV

La Serenísima Infanta Margarita de Austria, religiosa en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, pide al Venerable P. Rojas, sea el Director de su conciencia.—Idea elevadísima que el Venerable P. Rojas se formó del espíritu de Sor Margarita de la Cruz, en el mundo, Infanta Margarita.—Revela Dios de nuevo, al Venerable Padre Rojas, la muerte de la Reina Margarita, y éste, se lo manifiesta á su prima la Infanta.—A instancias del P. Rojas, funda la Reina el Real convento de las Agustinas recoletas de la Encarnación.—Enferma gravemente la Reina.—Recibe de manos del P. Rojas los Sacramentos.—Muere la Reina Margarita en el Escorial.

No es raro, ni aún en estos tiempos en que se respira un ambiente (que es el peor) de indiferencia religiosa, no es raro decimos, el caso de ver entrar por las imponentes puertas de un claustro á personas de envidiable posición social, quienes comprendiendo con luz sobrenatural, dónde se encuentra la verdadera felicidad en la tierra, se sepultan gustosas

y para siempre, entre cuatro paredes de humilde celda, dando un *Adios* eterno al mundo con sus pompas y sus vanidades. Natural era, que casos tan hermosos se diesen con más frecuencia en siglos de fe, cuando los reyes llevaban el sobrenombre de prudentes, de cristianísimos y de piadosos, y las reinas el de virtuosísimas y aún de santas.

En el convento de las Descalzas Reales de Madrid, se hallaba consagrada á Dios una religiosa, modelo de las demás y distinguida por su abolengo. Entre sus hermanas de hábito era conocida con el nombre sencillo y poético de *Sor Margarita de la Cruz*, en el mundo, hija del Emperador Maximiliano de Austria y sobrina de Felipe II, se la llamaba con sumo respecto la *Serenísima Infanta Margarita de Austria*. Poco es dejar todo el mundo por seguir á Nuestro Señor Jesucristo; pero algo dejó por Él la Infanta Margarita, pues si no dejó un reino, dejó el derecho que á él tenía, dejó las comodidades todas y las delicias con que brindan un palacio y una Corte. Con gran propiedad y con gran consuelo de su alma, repetiría aquella delicada estrofa del Real Profeta: *Elegi abjectus esse in Domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum, quia melior est dies una in atriis tuis super millia*. Prefiero ejercer el oficio y empleo más humilde en vuestra casa ¡oh, Señor! que vivir honrada en magníficos palacios, rodeada de los peligros de perders. Un solo día, en tan santo lugar, es para mí más grato y más dulce que mil alejada de Vos en otra parte. (Salmo. 83). Y como Dios Nuestro Señor, es generoso para aquellos que para con Él son, lo era en verdad para con la Serenísima Infanta

D.^a Margarita de Austria, derramando sobre su alma, en abundancia, los consuelos espirituales.

Aunque encerrada dentro de los muros de un claustro, llegó á saber por los mismos Reyes D. Felipe III y D.^a Margarita, que eran sus primos, que en la Corte tenían un Santo Varón llamado el Padre Simón de Rojas, Trinitario, y deseando Sor Margarita de la Cruz consultar con él algunas cosas acerca de la situación de su espíritu, le avisó por medio de una carta, en que ocultando su nombre, le decía: Que una religiosa del convento de las Descalzas Reales necesitaba mucho hablarle en materia de que pendía su consuelo y que tuviese la caridad de decirle la hora en que podría ir al locutorio ó grada del convento, para salir á tratar con él. No preguntó el P. Rojas quién era la tal religiosa, bastábale saber le buscaba un alma necesitada, y se presentó puntualmente en el locutorio á la hora que el mismo P. Rojas designó. Sin saber con quién trataba, oyó á la Infanta el Venerable P. Fray Simón y dió las respuestas, de tal calidad, que cuando á la Infanta se la ofrecía hablar del P. Rojas, decía, que no había hallado hombre tan espiritual y que mejor hubiera penetrado el estado de su alma, ni dado documentos más útiles ni más provechosos. Llegó á saber el P. Rojas quién era aquella religiosa tan observante y de tan elevado espíritu, y al ver el cúmulo de virtudes que atesoraba aquel noble corazón, salió el Venerable Padre edificado, consoladísimo y como corrido *al ver para lo mucho que es criatura tan delicada* y lo poco que hacemos los hombres. Preguntóle en cierta ocasión un religioso al P. Rojas, si era verdad que Su Alteza

fregaba, porque se le hacía increíble. Respondióle, no lo he visto, Padre; pero no lo extrañaré viéndola monja. Que Dios se hiciese hombre parecía imposible; pero que siéndolo, muriese, es consiguiente y fácil; porque de el sér Dios á el sér hombre, hay distancia infinita; de el sér hombre á morir, corta y forzosa. Que una hija de un Emperador y que no quiso ser Reina de España, sea religiosa descalza, es mucho; pero que siendo religiosa, barra y friegue, es tan consiguiente y preciso, como cumplir con las leyes de su estado. Lo que admira aún más, prosiguió el P. Rojas, es que tiene Su Alteza tanto gusto en humillarse y padecer por Cristo, que se deleita en las penalidades que hacen gemir á otros.

Así á Su Alteza, como á las demás religiosas, alentaba el Venerable P. Rojas con sus pláticas y ejemplos. Una de las tardes que se hallaba el Venerable conferenciando con Su Alteza la Infanta, acertaron á pasar por allí los Reyes, Príncipe é Infantas, y entraron á saludar á su prima, dándose el parabién de encontrar allí al Venerable P. Rojas, tanto era el aprecio y respeto que le tenían.

La Reina mandó al Príncipe besara la mano al Padre Rojas, y á éste, le rogó le echara su bendición para que Dios le hiciera un gran rey y un gran santo.

Señora, dijo el Venerable Padre, yo haré lo que Vuestra Majestad me manda, que son muy agradables las peticiones que se hacen á Dios por los que tienen grandes necesidades de auxilios, como son los Reyes: «Y no se olvide Vuestra Majestad de pedir por sí, y por el Rey, á todos los que hacen bien»

porque no sólo lo hagan de agradecidos, sino de lastimados.

Todos, incluso el Venerable P. Rojas, quedaron en suspenso al eco de aquellas tan enigmáticas palabras, y despidióse al poco tiempo de Sus Majestades y Altezas, volviéndose al convento. Su Alteza la Infanta Margarita, para tranquilizar á su prima la Reina, se encargó de preguntar al P. Rojas el significado y secreto de aquellas misteriosas palabras. Porfió con él durante varios días, hasta que por fin el Santo obedeciendo á impulsos superiores, la dijo: Señora; temo dar á Vuestra Alteza una pena muy grande en declararla lo que es muy difícil. ¡Ah, Señora, que nos hemos de ver sin la Reina! El decreto de Dios es irrevocable. Dios se la quiere llevar y á pesar de hallarse en la flor de la edad, de ser el consuelo de España, tan necesaria compañera del Rey y maestra de sus hijos, no obstante, para nuestro castigo se la lleva, queriendo premiarla á ella. Sucederá cuando menos se tema este trabajo, y cogerá tan de susto, que recibir advertidamente los Sacramentos, será milagro. Encomendemos asunto tan grave á Dios, pidamos oraciones á todos, que ya que no quiera Nuestro Señor suspender el azote, dispondrá cómo lo sepa la Reina, para no aguardar á última hora, que aun los más prevenidos se alegrarán de saberla. Dado el alto concepto que la Infanta tenía del Padre Rojas, no dudó ser verdad cuanto la dijo y quedó como pasmada de espanto ante aquella revelación y profecía, al parecer tan próxima á cumplirse. Amaba mucho á su prima y no sabía qué partido tomar; porque darla la noticia, era para ambas motivo de profundo dolor, y no dársela, era privarla

tal vez de una preparación que aun los muy prevenidos, como decía con sobrada razón el Venerable Padre Rojas, la quisieran tener para la última hora. Multiplicó sus oraciones, sus penitencias, sus votos, sus limosnas, sus obras de piedad, pidiendo á Dios se hiciese su voluntad, y con gran confianza en que Él dispondría de tal manera las cosas, que la noticia llegase á conocimiento de su prima la Reina Margarita por los medios que más conviniese á su santo servicio, poniendo por intercesor en esta necesidad al Padre Rojas.

Oyó Dios Nuestro Señor las oraciones, que así el Venerable P. Rojas, como Su Alteza y otras personas muy piadosas, le dirigían incesantemente con tal fin, y la Reina Margarita tuvo no sólo aviso de su muerte, sino hasta de las circunstancias de la misma. Los ángeles son los encargados, según frase de la Sagrada Escritura, de presentar las oraciones de los hombres ante Dios, y sin duda, el mismo que presentó al Señor aquellas que se dirigían por la Reina Margarita, fué el designado por Su Divina Majestad, para que la avisase de que se preparase para la muerte, y como noticia dada por un mensajero del Cielo, más que de pena, la sirvió de consuelo; puesto que hablaba de ella y de sus circunstancias hasta con agrado, sintiendo que aquellos que la escuchaban, cuando de esto hablaba, creyendo que con esto la complacían, desviasen de aquel punto la conversación. En una de esas conversaciones familiares, dijo la Reina: Sabed que he de morir de un parto. Y si aun antes de saber tal noticia, la Reina era ya piadosa, una vez que la supo, fué causa de que aumentase sus obras de piedad.

La más notable, por aquél entónces, fué la fundación del convento de Religiosas Agustinas Recoletas, con el título de la Encarnación. Consultó la Reina con el Venerable P. Rojas, qué obsequio particular podría ella hacer á Nuestra Señora; y el Padre Rojas, como era su costumbre consultar las cosas de alguna importancia y trascendencia con Dios, á Él, y á su Santísima Madre, acudió en busca de luz en semejante negocio. Después de varios días que gastó el P. Rojas en oraciones y penitencias, le manifestó María Santísima, sería de su agrado la citada fundación. Recreóse sobremanera el finísimo Capellán de María, al saber de ella tal noticia, porque en título tan soberano, veía expresado el misterio de la salutación Angélica de *Ave María*, que eran todas las delicias del bendito Fr. Simón. No menos gusto recibió al saberlo la Reina Margarita y deseaba ver cuanto antes cumplida la voluntad de la Santísima Virgen; de modo, que siguiendo en todo los consejos del P. Rojas, se determinó á emprender aquella piadosa fundación, dando principio á las obras el 10 de Junio de 1611.

Mientras se iba prosiguiendo la obra de la iglesia y del convento de la Encarnación, se fueron los Reyes al Escorial, *sitio* propio para pasar, con más comodidad que en Madrid, los calores excesivos del verano.

Estaba la Reina embarazada y llegó para ella el día triste del parto, que fué en la noche del jueves 22 de Septiembre. Vino á este mundo con toda felicidad el Infante D. Alonso, á quien llamaron *el Caro* por lo mucho que costó su nacimiento.

Como ni en la Corte, ni en el pueblo, tenían

conocimiento de *los muchos males que amenazaban á España*, ésta celebró el acontecimiento de haber nacido un Infante con fiestas solemnes y muy extraordinarias, que se trocaron bien pronto en días de luto y de tristeza.

Tres días, tan sólo, gozó la Reina de excelente salud y bienestar, después de haber dado á luz al Infante D. Alonso; pero al cuarto fué sorprendida de tan fuertes dolores y tan continuos, que llegaron á infundir verdadero temor en la familia Real y en toda la Corte.

La medicina, como modestamente decían antes, y la Ciencia como enfáticamente se dice ahora, desesperaba ya de sus esfuerzos para resistir el avance de la enfermedad y se comenzaba, por consiguiente, á desesperar de la vida de la Reina. Esta, en medio de sus grandes y pertinaces dolores, se acordó del Venerable P. Rojas y mandó fuesen en busca de él á Madrid. Llegó el siervo de Dios al Escorial con la mayor rapidez posible y encontró el palacio todo alarmando, no oyéndose en él más que el ruido de lágrimas, los sollozos de pechos acongojados y los suspiros. Fué de gran consuelo la presencia del finísimo Capellán de la Santísima Virgen María, y al encontrarse el Venerable P. Rojas con el Rey, le dijo: Ea, Señor, Ave-María. Buen ánimo, buen ánimo, que esta Señora lo ha de remediar. Mi mayor dolor, le dijo el Rey, es que la Reina muera sin recibir los Sacramentos, y dijo ésto, porque en aquellos momentos la había dado un síncope, un parasismo, un colapso tan agudo y peligroso, que la privó por completo del uso de los sentidos, sin hallar remedio que la pudiese hacer volver en sí.

Entra el humilde P. Rojas en aquella suntuosa pieza, en donde estaba agonizando la Reina de las Españas, y poniendo modestamente la vista en Su Majestad, dijo como de costumbre: *Ave-María, Señora*; y aquel cuerpo inerte y casi yerto se conmovió, y aquella Reina que estaba agonizando, abrió sus ojos, miró al siervo de Dios y dijo: *Gratia plena*, Padre Rojas. No es para descrita la sorpresa que se apoderó de los circunstantes ante aquella maravilla, que los dejó como abismados en profundo silencio. El Rey, cobrando ánimo, le dijo: ¿qué es ésto, P. Rojas? Señor, respondió el Venerable, lo que Dios quiere..... *Ave-María*; nos la presta y devuelve el Señor, para que goze de los tesoros y piedades de la Iglesia. Así fué. Se confesó y recibió muy á su satisfacción los demás Sacramentos de manos del P. Rojas é invitando á los presentes á ir con ella á descansar con Dios; llena de méritos, aunque muy joven, se durmió en la paz del Señor en el Real Sitio del Escorial, el día 3 de Octubre de 1611, la que había nacido en la ciudad de Graiz (Austria) el 25 de Diciembre de 1584. Contaba tan distinguida Reina tan sólo veintiséis años, nueve meses y días. Ella pasó á una vida feliz, pero su tránsito dejó desolado el corazón del Rey, en la triste orfandad á todos sus hijos, y á España entera sumida en la mayor aflicción, pues el Rey, los Infantes y España, perdían una verdadera joya, una preciosísima Margarita, al perder en tan temprana edad á tan amantísima y piadosísima Reina.

CAPÍTULO XVI

Realiza el Venerable P. Fr. Simón de Rojas, su grandioso ideal, fundando en el convento de Madrid el día 21 de Noviembre de 1611, la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María.—Esclavos Regios.—Aprobación de la Congregación.—Pontifices que la distinguen y favorecen.—Hacen lo mismo otros muchos personajes.—Fin de tan hermosa y benéfica Congregación.—Su vitalidad hasta nuestros tiempos.—El Universo.—Un artículo de la Serenísima Infanta Paz.

PASADOS unos días después de la muerte de la Reina Margarita, llamó Su Majestad el Rey Felipe III, al Venerable P. Rojas, para manifestarle su más profunda gratitud por su ardiente caridad en atender á la Reina y por el prodigio que había obrado Dios, por su medio, á fin de que recibiese los Santos Sacramentos. Queriendo recompensarle de algún modo cuanto había hecho, usó con el Venerable Padre de un rasgo verdaderamente regio. Le dió, como diríamos ahora,

carta abierta para que en todos sus dominios pudiese pedir para sí, para sus parientes, conventos ó amigos, lo que necesitase ó se le antojase. Con suma humildad y cortesía, agradeció el Venerable Padre Rojas á Su Majestad Felipe III, oferta tan extraordinaria y tan rara, á la vez que no la aceptaba; en cambio, le hizo otro pedido para su corazón inmensamente más apreciable, y que prefería á todos los tesoros y reinos del mundo.....

Se postra el Venerable P. Rojas delante del Rey, y le dice: Ave-María. Señor: ya que vuestra Majestad así quiere honrarme, voy á pedirle con sumo gusto otra cosa. Pedid Padre, dijo el Rey.

Señor: Tengo vivísimos deseos de fundar la Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María; sírvase Vuestra Majestad amparar estos mis ardientes deseos, escribiendo al Pontífice para que la bendiga y apruebe, y conceda gracias espirituales é indulgencias á los que se honraren con el nombre de esclavos, y Vuestra Majestad se ha de servir, con Sus Altezas, de serlo. Se admiraron todos de este desinterés del Venerable P. Rojas, cuando en realidad, según él, no hizo más que lo que debía.

Lo que adquiere el esclavo, no es suyo, sino de su dueño, y como el Venerable P. Rojas era el primer esclavo de María Santísima, de ahí que cuanta grandeza ponían los Reyes en sus manos, era de su dulce Reina, por medio de la cual hizo el prodigio; y así era muy justo que Ella se llevase la gloria, que Ella recibiese los aplausos, pues con la invocación de Su Dulcísimo Nombre había obrado, él, su finísimo Capellán, aquella gran maravilla, que tan largamente le quería recompensar el piadoso

Monarca Felipe III. Con sumo gusto de su alma, accedió este Rey piadoso á lo que tan humildemente le pedía aquel siervo de Dios y finísimo Capellán de María, de modo que sin temor á ser desmentidos, podremos asegurar dos cosas: primera, que entre las Congregaciones piadosas de seculares, no habrá en el mundo otra como ésta, que ostente en sus primeras páginas nombres más ilustres que los que ella ostenta, y segunda, que ninguna Congregación puede llevar con más propiedad, exactitud y justicia, el honrosísimo timbre de Real que esta de los Esclavos de María, fundada por el Venerable Padre Fr. Simón de Rojas, en el convento de Padres Tinitarios calzados de Madrid, el día 21 de Noviembre de 1611. Apenas quedó constituida la Congregación en el citado convento, se alistó el Rey Felipe III en tan gloriosa esclavitud, firmando en el libro de los esclavos de María, de propio puño, *Felipe*, ocultando modestamente el nombre de Rey, porque al consagrarse á María Santísima, su principal grandeza y majestad, la hacía consistir en ser Esclavo de la Soberana Reina de la Gloria. Firmó en seguida y con el mismo nombre, su hijo, el Príncipe sucesor en la Corona y en la piedad. Luego firmaron sus hermanos *Ana*, que después fué Reina de Francia; *María*, que fué Emperatriz Augusta; *Carlos*, el malogrado, y *Fernando*, el Cardinal Arzobispo de Toledo y Gobernador de Flandes, quienes siendo hijos de tan glorioso Monarca, se hacen gustosos Esclavos del Dulcísimo Nombre de María.

Huelga decir, y que si lo decimos es para honor del Rey y de los Infantes, y para alentar á todos

aquellos que se hallen inscritos en esta Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María, que ni el Rey ni los Infantes, se contentaron con sólo escribir sus nombres en el libro de la Congregación, se sujetaron á sus prescripciones y guardaron con fidelidad sus Estatutos y Constituciones, hasta tal punto, que las primeras palabras de sus saludos y de sus cartas, eran las que siempre tenía en sus labios el Venerable P. Rojas, *Ave-María*; más aún, el mismo Palacio parecía consagrado á la Reina de los Cielos, pues hasta hoy, dice el Padre Vega (escribía el año 1714), se conserva en la fachada principal esta inscripción de letras muy grandes y doradas, bella corona de edificio, *Ave-María*.

Gregorio XV, que subió á la augusta cátedra de San Pedro, el 9 de Febrero de 1621 y murió el 7 de Julio de 1623, fué el primer Pontífice que á petición de Felipe III, aprobó esta Real Congregación, y de gracias innumerables la colmaron más tarde los Papas Urbano VIII, Inocencio X y Alejandro VII. Los Provinciales de la orden de la Santísima Trinidad, la agregaron por medio de una Carta ó Cédula llamada de Hermandad á los privilegios que goza la misma orden, á sus sufragios y favores.

El ejemplo dado por Felipe III y sus hijos, le imitaron después Felipe IV, Felipe V y otros Príncipes, Infantes y Grandes de España, Obispos, Prelados, Ministros y Caballeros de alta graduación, contando en el oficio de Hermano Mayor de la Congregación, Títulos como el Conde de Lemos, de Monterrey, de Medellín y el de Baños y el célebre Obispo de Osma Venerable Juan de Palafox y

otros varios señores de la primera Grandeza de España. Tuvo por primer protector esta Real Congregación, al Cardenal Infante D. Fernando, y cuando pasó éste á mejor vida, sucedióle en ese cargo, el inolvidable y caritativo Eminentísimo Cardenal Don Baltasar Sandoval y Moscoso, y desde que se fundó la Congregación, ha sido mirada siempre y socorrida con afecto paternal por todos los Señores Arzobispos de Toledo.

El Venerable P. Rojas, que abrasado en ternuras, devoción y amor á la Santísima Virgen Nuestra Señora, no sabía cómo agradecerla sus finezas, las publicaba con unción suavísima desde el púlpito; y á fin de que los devotos de María, ó mejor dicho, sus esclavos, no decayesen de su fervor, hizo un devotísimo Reglamento y acertadísimas Constituciones de gran utilidad á vivos y á difuntos.

Para utilidad ó para hablar con más propiedad, santificación de los vivos, propone tres medios eficacísimos. 1.º La devoción á la Santísima Virgen, pues los *tales esclavos*, hasta en sus saludos ordinarios deben de manifestar esta devoción á María, con estas voces: Ave-María, respondiendo al saludo: Gracia-Plena, é indica el Reglamento otros medios de aumentar en su carazón los Congregantes, la devoción sincera á la Santísima Virgen y ¿quién no sabe ser esa devoción un medio eficaz y directo de santificarse y salvarse? 2.º La frecuencia de los Sacramentos de Confesión y Comunión; así, que se les manda á los Congregantes, que el tercer domingo de mes, confiesen y comulgen y asistan á la Misa de Nuestra Señora, á sus vísperas y Salve. 3.º El tercero y último, no menos eficaz que los indicados

es la limosna; pues manda el Venerable P. Rojas, que el tercer domingo de cada mes, se dé de comer á setenta y dos pobres después de la Misa y Sermón, en memoria de los setenta y dos años que vivió en el mundo Nuestra Señora, y esta misma obra de caridad manda se haga, además del tercer domingo, el día de la *Expectación* del Parto de Nuestra Señora y los días siguientes hasta la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

En sufragio de los esclavos difuntos, mandó el Venerable P. Rojas en su reglamento, la asistencia á sus entierros, y además, que la Congregación mandase aplicar cinco misas por cada uno de los que morían, en sufragio de su alma y en honor y reverencia de las cinco letras que tiene el Dulcísimo Nombre de María. Tal fué el fin de la Congregación del Ave-María, establecida por el Venerable Padre Fr. Simón de Rojas.

En la actualidad, no sabemos si habrán sufrido alguna modificación (es de creer que sí), los Estatutos de la Real Congregación de que venimos ocupándonos; en lo que parece se conserva igual, es en la distribución de la comida á los pobres, pues, por casualidad, nos encontramos, como registro en un libro viejo, la cédula de invitación á acto tan caritativo, que dice así:

AVE-MARÍA

La Real Congregación de Esclavos del Dulce Nombre de María Santísima, Señora nuestra, fundada por el Beato Simón de Rojas en su convento

de PP. Trinitarios calzados de esta Corte, celebra solemne festividad en la iglesia del mismo convento, y da de comer á «50» pobres en su claustro, en conformidad de su piadoso y caritativo instituto, día quince del presente mes.

Lo que aviso á VV. SS. para que se sirvan asistir. Madrid 10 de Agosto de 1825.

EL SECRETARIO,

Sras. D.^a María Genoveva de Tejedas.
Sra. Hija.

Compulsada esta cédula con los datos que proporciona *El Universo*, periódico católico de Madrid, resulta, que la costumbre ó ley de dar la comida á los pobres, no se ha interrumpido en tres siglos que cuenta de existencia esta Real Congregación de los Esclavos del Dulcísimo Nombre de María.

Copiamos con gusto lo que el citado diario dice en su número del 3 de Julio de 1911.

«COMIDAS EN EL AVE-MARÍA

«La Real Congregación del Dulce Nombre de
»María, sita Atocha 14, socorrió con abundantes
»comidas y limosnas en metálico desde 1.^o de Ene-
»ro de este año, hasta fin de Junio último, á 4.120
»pobres, y en el mes actual, á 264, con hermosos
»banquetes de caridad, que costean Señores Con-
»gregantes y bienhechores en los días que á conti-
»nuación se cita:

«El día 4, la Señora D.^a María de la Cuesta de

»Creus, en memoria y sufragio de sus queridos difuntos; el 8, el Señor D. Luis Federico Guirao, »por el eterno descanso de su señora esposa Doña »Luisa Sancho Mata (que santa gloria haya); el 9, »reglamentaria á 72 pobres, de ellos, seis asilados »del Hospicio; el 16, la Excelentísima Señora Du- »quesa de Noblejas, en memoria y sufragio de sus »amados difuntos (que en gloria estén); y el 25, á »72 mujeres pobres; el Señor Conde de Eleta, en »memoria de su señor padre (que esté en gloria) (1).

»Que la bondad infinita premie tan generosos »desprendimientos, es lo que cordialmente desea- »mos».

La Semana Católica, en el número que da cuenta del «Certamen Literario organizado por la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María, para celebrar solemnemente el Tercer

(1) Con sumo gusto consignaríamos en este lugar el nombre de todas y cada una de aquellas personas piadosas que desde aquella fecha, 3 de Julio de 1911, hasta el presente, 30 de Mayo de 1912, han costado así las comidas ordinarias como las extraordinarias á favor de los pobres que en sus comedores de caridad socorre la Real Congregación del Ave-María, lo mismo que los motivos ó fines con que las costearon, que suelen ser en sufragio de sus queridos difuntos.

Conservamos todos esos nombres que mensualmente ha ido publicando *El Universo* en sus columnas, y ya que no nos sea posible hacerles constar aquí por ser muchos, pedimos al Señor en nombre de los pobres á quienes tan generosamente socorren, que Él que no deja sin recompensa ni siquiera un vaso de agua fría que se da por su amor, los escriba en el libro de la vida. «*S. Math., cap. X. v. 42*».

Centenario de su fundación y de algunos trabajos con ese fin ya presentados», publica en el número correspondiente al 29 de Julio de 1911, la siguiente nota: «Desde 1.^o de Enero de este año, hasta fin del presente mes, lleva socorridos esta Real Congregación en sus comedores, Atocha 14, á 4.464 pobres, y en el próximo mes de Agosto, socorrerá asimismo, á 112, con hermosos banquetes de caridad».

Cuéntase de un filósofo que al negarle, no sabemos quién, la existencia del movimiento, no adujo otra prueba á su contrario, que ponerse á pasear; de idéntico modo nosotros, para demostrar la vitalidad y las energías espirituales que actualmente atesora, después de tres siglos de existencia, la Real Congregación de los Esclavos del Dulcísimo Nombre de María, que fundara el hoy Beato Simón de Rojas, bástanos decir, si alguno lo pusiese en duda, que se fije *en el movimiento de pobres que se acercan* á sus banquetes de caridad, que pare su atención en los elocuentísimos datos que el conocido é importante diario *El Universo* y la notable y acreditada revista religiosa (pues lleva 30 años publicándose) *La Semana Católica*, acaban de poner ante la vista de sus miles de lectores, y aún sería mejor, que á serle posible, presenciase uno de esos convites, tan distintos de los profanos, y que realmente conmueven el alma al contemplar á la aristocracia madrileña, descender, por amor de Dios Nuestro Señor y de su Santísima Madre, de las alturas de su elevadísima posición social, para servir, hasta con cariño á los pobres, viva imagen, para el que tiene fe, de Jesucristo; y eso con la frecuencia y á número tan considerable como el que ya queda

referido y así se convencerá por sí mismo de la vitalidad y energías actuales de que goza tan caritativa como simpática Asociación.

¡Qué recompensa tan singularísima han de recibir del justo juez, esas almas que tan espontánea y generosamente realizan obras tan hermosas, de tanta edificación y de no escasos ni pequeños sacrificios!!!

¡Honor y gloria al santo trinitario y finísimo Capellán de María Santísima, que al realizar su grandioso ideal fundando la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María, ha honrado así á su Señora y Reina, á la vez que ha llevado el remedio de sus necesidades temporales y el consuelo para sus almas, á esos seres que él tanto quería y que también fueron siempre tan queridos de Nuestro Señor Jesucristo ¡¡los pobres!!

Creyendo de oportunidad suma, como verá el lector, hacer costar aquí, por ser el lugar más propio, un suelto publicado por *El Universo*, de Madrid, el día 27 de Diciembre de 1911, así como un artículo de la Serenísima Infanta de España Señora Doña María Paz de Borbón de Baviera, los copia á continuación.

El Universo, dice:

« REAL CONGREGACIÓN DEL AVE-MARÍA

«Esta Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María, socorrió en el presente año, con abundantes comidas reglamentarias y extraordinarias, costeadas por Sus Majestades y Altezas Reales (q. D. g.), protectores y Hermanos

Mayores perpetuos del Ave-María, y por caritativos señores congregantes, á 7.314 pobres, de los cuales, 920 recibieron además prendas de ropa de abrigo, donativos de generosos bienhechores facilitadas con motivo de las solemnidades celebradas en noviembre último para conmemorar la fecha gloriosa del centenario tercero de la fundación de la Real y caritativa Esclavitud».

En sus comedores, Atocha, 14, es donde tienen lugar esas obras de misericordia, cuya descripción, de ese modo á la par tan sencillo, profundo, poético y encantador, cual ella sabe hacerlo, nos da, en el siguiente artículo, la augusta escritora española Serenísima Infanta Paz.

«EL TERCER CENTENARIO DEL AVE-MARÍA

«¡Ave-María! Este saludo tan español, tan castizo, sintetiza el espíritu de la institución cuyo tercer centenario se celebra con fiestas y solemnidades extraordinarias. Silenciosa y calladamente como conviene que se desarrollen las obras santas de caridad y amor, la institución del Ave-María ha venido dando durante tres siglos frutos de bendición. Nada de palacios suntuosos y lujos exteriores; la pobre humanidad de hoy mide á veces las obras por el aparato que las envuelve, cuando en realidad todo lo que es grande fué siempre humilde.

»Hace trescientos años un fraile Trinitario, Simón de Rojas, pensó que no faltarían almas que se unieran, formando piadosa Congregación, para dar de comer al hambriento por amor á la Virgen.

»No se equivocó; conocía el corazón español,

empapado de devoción y culto caballeresco hacia la Madre de Dios. Su obra continúa y se conserva con el mismo espíritu y carácter que en aquellos tiempos en que en España no se ponía el sol.

»Del consorcio diario de la caridad con la fe brota siempre la esperanza. Yo he visto algunas veces los pobres volver más tristes á sus casas después de haber pasado algunos días en medio del lujo de los grandes establecimientos modernos de la filantropía; en cambio en el Ave-María he sentido la dulzura de la sencillez que respira la verdadera caridad cristiana. Cuando le han llenado á uno la cabeza de los metros cúbicos de aire que el hombre necesita para el recto funcionamiento de los pulmones y ve tantos pobres, algunos con niños en los brazos, mide involuntariamente las dimensiones del local; pero muy pronto los dichosos microbios en que también nos han enseñado á pensar, desaparecen al mágico conjuro de las palabras del sacerdote que bendice la comida en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y se olvida todo á vista de los bien sazonados garbanzos que saca el cocinero del clásico puchero, con su miaja de carne y tocino, como gustan comerlo los castellanos á la antigua, y que servidos en platos de Talavera, todo de la tierra, ha de saciar el hambre de aquellos pobres hermanos nuestros.

»La Patria nos une allí á todos, en un abrazo fraternal que no sienten los que no conocen el verdadero lazo de unión. Yo quisiera que todos los buenos madrileños, aunque sólo fuera por curiosidad, visitaran el Ave-María, y el oído atento oyeran el tono con que los hermanos dicen y responden al

servir á los pobres: «Ave-María. Gracia plena», y se fijaran en la fuerza que une los eslabones de aquella cadena de caridad, y en el orden con que se hace el servicio. Con un orden que no se consigue de nosotros cuando se nos habla friamente. Y es que España necesita en todo de mucho, mucho cariño; hay que ablandar los corazones, no endurecerlos; fomentar, eso sí, y cuanto más, mejor, las empresas de cultura y progreso, pero procurar purificarlas y elevarlas con la práctica y el espíritu de las obras de caridad y amor. Yo siento y pienso así, y por eso creo que todo el que apoye y favorezca la institución del Ave-María, hace, indirectamente, un gran bien á la Patria.--PAZ».

(*El Universo* 23 de Noviembre de 1911).

El autógrafo de este precioso artículo lo guarda en sus archivos, con profunda gratitud y como joya de inestimable valor, la Real Congregación del Ave-María.

CAPÍTULO XVII

Deja el Venerable P. Rojas de ser Presidente del convento de Madrid.—Es nombrado Visitador de provincia.—Se retira al convento de Nuestra Señora de las Virtudes.—Sale de allí para ser Ministro de Valladolid.—Es visitado por el Rey Felipe III y su hija la Infanta Doña Ana Mauricia en el mismo convento de Valladolid.—Les acompaña el Venerable P. Rojas en su viaje á Francia.—Casamiento de la Infanta Ana Mauricia, con Luis XIII, Rey de Francia.—Instrucciones y consejos admirables que con tal motivo la da el Venerable P. Rojas.—Regresa el Venerable P. Rojas á su convento de Valladolid.

HEMOS dicho en el capítulo precedente, que el Venerable P. Rojas realizó su grandioso ideal fundando en el convento de Madrid, el día 21 de Noviembre de 1611, la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María; Congregación que no tardó en propagarse por Toledo, Dos Barrios y otras muchas partes de España. En ese

tiempo era Presidente del convento de Madrid, el Venerable P. Rojas, pues desempeñó tal cargo desde Julio de 1609, hasta Octubre de 1613, ó sea, los tres años, en sustitución del mártir P. Monroy, y otros quince meses más, que le hicieron continuar en la Presidencia. Superiores y súbditos hubieran deseado que el P. Rojas siguiese gobernando á aquel convento, mas el Venerable logró por fin verse libre de tan pesada carga, pues por tal juzgaba el siervo de Dios todo empleo que fuera honorífico. Le sucedió, como hemos ya consignado en el capítulo XIV, el P. Maestro Fr. Francisco de la Mata. Persuadido estaba el Venerable P. Rojas, que ya le dejarían tranquilo en su humilde celda, á la que se retiró gustoso, una vez hecha entrega de su cargo; mas también ahora sufrió una triste decepción, pues no transcurrió mucho tiempo, cuando recibió aviso de haber sido nombrado Visitador de su provincia. En el desempeño de este cargo observó el Venerable P. Rojas la misma línea de conducta que cuando fué nombrado Visitador de la provincia de Andalucía. Se distinguía en todas las visitas que hacía á los conventos por su gran caridad para con sus hermanos los religiosos y la austera mortificación para consigo mismo.

Respecto á esta última, veamos lo que dice el Padre Maestro Fr. Fernando Núñez, Obispo de Nicaragua, y que era á la sazón Ministro del convento de Segovia.

«Llegó, dice el P. Núñez, el Venerable P. Rojas
»á la visita de aquel convento, y siendo el tiempo
»más riguroso de invierno y pasado el puerto de
»Fuenfría con grandísimo trabajo, por ser de los

»más inaccesibles y tener abundancia de nieve,
»tomó por todo alivio por cena y refección, un *pero*
»*agri*, y teniendo dispuesta una cama pobre y hu-
»milde, único medio de que el siervo de Dios la
»aceptara, pues se componía de un colchón y dos
»mantas, aun en aquella cama pobre buscó el mor-
»tificarse, pues quitando el colchón, tendió las man-
»tas sobre las tablas, y sin quitarse ni aun el hábito,
»durmió así, mejor dicho, tomaron el descanso que
»se puede discurrir, sus fatigados miembros».

Confiesa el mismo P. Maestro Núñez, que fué tal la fragancia y extraordinario olor que al contacto de aquel cuerpo purísimo recibieron las mantas, que no halló á qué compararlo; y que las guardó con gran veneración como reliquias, durando tal fragancia muchos años. Del mismo modo se mortificaba en todos los conventos donde hizo la santa visita, La Guardia, Zamora y Cuenca.

Terminada la visita de Castilla la Vieja, volvió por Segovia; pasó toda la noche el siervo de Dios en coro, en oración profunda y penitencias. Supo el Ministro, que lo era como hemos dicho, el Padre Núñez, los ejercicios que el Venerable P. Rojas había tenido, y yendo por la mañana á darle los buenos días y preguntarle cómo había pasado la noche, el siervo de Dios, le dijo: Ave-María. Padre Ministro, mucho trabajo tenemos; Dios se lleva á nuestro Padre Provincial y está muy próximo á dar cuenta en el tribunal de Dios. Llamábase el Provincial, Fray Pedro Romano, y era tan ignorada en Segovia su enfermedad, que ni aun se sabía si estaba indispuerto. La distancia de cien kilómetros que hay de Segovia á Madrid, que era donde se hallaba el

Provincial, y los medios de comunicación que había entonces, hacían imposible llevarse tal noticia persona alguna. Dios se lo había revelado á su siervo, para que como buen amigo, le aplicase sus buenas obras y le ayudase así á salir en paz de este mundo.

El Ministro, que era cuerdo, se calló y le rogó al Secretario le avisase cuando llegase á Madrid de la salud del Provincial. El aviso fué de su muerte, que ocurrió el 27 de Febrero á la una de la tarde; conoció entonces el ministro ser cierto lo que el santo visitador le había revelado, pues ese día le dijo estaba para morir y se lo quería llevar Nuestro Señor.

Siendo necesario proceder á la elección de nuevo Provincial, se reunieron para ello los Padres llamados Capitulares, que son los que gozan del privilegio de dar su voto en tal elección, en el convento de Virtudes, y como el Venerable P. Rojas era uno de los que tenían tal derecho, pasó del convento de Madrid, al citado de Nuestra Señora de las Virtudes. Salió electo Provincial el P. Maestro Fr. Baltasar de Buitrago, elección la más conveniente para conservación y aun aumento de la observancia regular. Amantísimo de la soledad el Venerable P. Rojas, sintió vehementes deseos de quedarse en aquel desierto, y así se lo manifestó al nuevo Padre Provincial, quien no tuvo inconveniente en concedérselo, proporcionándole así el gusto de pasar el tiempo que fuera del agrado de Dios, en compañía de aquella bellísima imagen de María Santísima, de quien había recibido en otras ocasiones singularísimos favores.

Pocos meses estuvo el Venerable P. Rojas en aquella para él tan amable soledad, aunque gozó mucho su alma en ella, pues coincidiendo las fiestas de la Ascensión del Señor y Venida del Espíritu Santo, se entregó de lleno el Venerable P. Rojas á los santos ejercicios que ya de costumbre practicaba, aumentando en ellos, si se quiere, su fervor, y fueron tantos los dones y de tan subidos quilates con que su alma se vió adornada en tales días, que lo dieron bien á entender los continuos éxtasis que en este tiempo tuvo.

Vacó por entonces el cargo de Ministro del convento de Valladolid, y cual si no hubiera otro religioso de quien echar mano en toda la provincia, al punto pensaron Superiores y súbditos en el Venerable P. Rojas para el desempeño de aquel empleo, saliendo elegido por unanimidad. Muy ajeno estaba él de pensar en semejante honra y muy á su gusto en aquel retirado convento de las Virtudes, cuando le sorprendió la noticia de que tenía precisión de hablar con él el *Presentado* Fr. Luis Alonso. Había sido éste el designado para llevar al P. Rojas el nombramiento ó título de Ministro del convento de Valladolid y además previendo la resistencia que había de hacer el Venerable P. Rojas para aceptar el cargo, llevaba un despacho reservado del Padre Provincial en que le obligaba, bajo las correspondientes penas y censuras, á que le aceptase, carta ó despacho que sólo le sería entregado en caso de que tenazmente se resistiese.

Y en efecto, apenas llegó al convento de las Virtudes el *Presentado* Fr. Luis Alonso, entregó al Venerable P. Rojas el oficio ordinario de su elección

para Ministro del convento de Valladolid, y enterado de su contenido, le respondió: «Yo, Padre mío, estimo las honras que me hace la religión, siendo persona indigna; pero renuncio este oficio desde luego, para que elijan otro que sea digno. Nuestro Padre Provincial me dejó en este destierro que tanto apetece mi alma, sólo deseo vivir en él y emplear mi tibieza en el servicio de la Virgen Santísima... Insistió cuanto pudo el religioso, suplicándole que aceptase y admitiese el cargo que en nombre de toda la Comunidad de Valladolid le proponía y siempre se resistió á ello el Venerable Padre Rojas.

Desesperado de conseguir su intento, determinó volverse á Valladolid el *Presentado* Fr. Luis Alonso para dar cuenta de su desairada misión, cuando estando para montar á caballo y en presencia de toda la Comunidad y del P. Rojas que salió también á despedirle, se acordó de darle la carta del Provincial, que siendo reservada, ni aun el que la llevaba sabía su contenido. Abrióla el P. Rojas, y visto el rigor con que el Superior le mandaba admitiese el oficio, se sacrificó y dijo al Ministro de Virtudes: esto me manda Nuestro Padre Provincial, *mucho puede la obediencia*, y sin moverse de allí, dijo á su compañero y amigo: P. Fr. Juan, hágame la caridad Vuestra Reverencia de traerme la imagen de María Santísima que está en la celda, y *sin subir al convento*, allí se despidió del Ministro y demás religiosos y tomó el camino á pie con su compañero, quedando muy desconsolados todos, desde el primero hasta el último, por la desgracia de haber gozado tan poco tiempo su presencia,

Es facil suponer la alegría con que fué recibido el Venerable P. Rojas por sus hermanos, los religiosos del convento de Valladolid y por sus paisanos, dada la fama de virtuoso, buen consejero y santo, que dejó cuando estuvo allí la Corte.

La Comunidad era de una vida tan regular y tan observante, que muy poco, por no decir nada, tuvo que hacer en el gobierno de la misma; pudo por consiguiente, (aunque como santo encontraba tiempo para todo) dedicarse con algo más de libertad á las obras de caridad para con sus semejantes. Para extender la devoción tan querida para él, como era la devoción á la Santísima Virgen, estableció en este convento la Congregación del Dulce Nombre de María, que no hacía mucho había sido fundada por él en Madrid, y aunque no tuvo nunca la vida exuberante, ni tan duradera como la de Madrid, por lo menos por largo tiempo, debido primero al P. Rojas, y más tarde, al P. Fr. Domingo Barroso, se conservó en gran espíritu y fervor; más tarde se limitó á hacer una solemnísimá fiesta y á repartir comida á los pobres el día del Dulce Nombre de María.

Hemos procurado averiguar si de alguna manera se conservaba esta Congregación fundada por el Venerable P. Rojas, y se nos ha dicho que tal vez sea la que hoy existe en la parroquia del Salvador con el nombre de Cofradía de San Pedro Regalado y Nuestra Señora del Refugio; pues allí pasaron las cofradías del convento de los Padres Trinitarios, como ocurrió con la de las Animas.

Las almas fervorosas suelen ser devotísimas de las benditas que están en el purgatorio, pues

engendrando la semejanza amor, unas y otras se parecen mucho en que están como abrasadas por deseos intensísimos de ver á Dios, y comprendiendo las de la tierra lo mucho que pueden ayudar á las del Purgatorio, de ahí que rueguen siempre, á semejanza de Nuestra Madre la Iglesia, por ellas, y hasta se priven por medio del llamado *voto de ánimas* del mérito que las corresponde por sus buenas obras, cediéndolo todo en sufragio de las que moran en las tristes y obscuras cárceles del purgatorio.

De esa regla general no fué una excepción el Venerable P. Rojas, antes podemos asegurar fué devotísimo de las almas del purgatorio entre los muy devotos de las mismas. Para comunicar á otros esta fervorosa devoción que él sentía, y para que se conservase más tarde entre los fieles, fundó en la iglesia de aquel convento una *Congregación de Seglares*, quienes en acabando sus tareas del día, se reunían en la citada iglesia todos los lunes por la noche, para ofrecer á Dios sus oraciones y penitencias, en alivio de las benditas ánimas y por su feliz tránsito á la gloria. El Venerable P. Rojas, hacía con tal motivo una Plática, y la iglesia con ser de gran capacidad y una de las mayores de la provincia, resultaba pequeña. ¡Tanto era el concurso de gente que á aquellos ejercicios piadosos concurría!... El año 1714, escribía el P. Vega lo siguiente: «Aún hoy, se conserva esta ilustre Congregación». Persona á quien creemos muy competente, nos ha dicho que la tal Congregación de Animas, fundada por el Venerable P. Rojas, fué trasladada, así como los documentos relacionados con la misma, á la

parroquia del Salvador de la ciudad de Valladolid, en donde actualmente existe (1).

Más de una vez hemos consignado ya en esta biografía lo mucho que apreciaban y consideraban al Venerable P. Rojas, así el Rey D. Felipe III, como toda la familia Real. Tenía que pasar el Rey y aún detenerse en Valladolid en su viaje á Francia y aprovechó aquella ocasión para hablar con el Padre Rojas, pues sabía se hallaba de ministro en el Convento de aquella ciudad.

El mismo Rey con la Serenísimá Infanta Ana Mauricia fueron una tarde á visitarle y á tratar con él asuntos importantes, pues el viaje de Felipe III á la Capital francesa le motivaba el llevar su hija la Infanta Ana Mauricia para celebrar su enlace matrimonial con Luis XIII Rey de Francia, y traer á Doña Isabel de Borbón para que efectuase su casamiento con su hijo y heredero del trono español conocido en la historia con el nombre de Felipe IV como así ocurrió el año 1615.

Llegó á más la distinción del Rey D. Felipe III para con el Venerable P. Simón de Rojas, pues quiso que le acompañase en su viaje. Le pidió

(1) A fin de cerciorarnos mejor de lo que decimos acerca de las cofradías trasladadas al Salvador, nos personamos ante el señor cura párroco de la misma, nuestro respetable y querido amigo el Dr. D. Juan del Valle, quien nos aseguró que de los documentos que obran en el archivo de la parroquia y de consultas hechas á los cofrades más antiguos, se deduce, que en efecto, las mencionadas cofradías de las Ánimas y Nuestra Señora del Refugio, pasaron de la iglesia de los PP. Trinitarios á la parroquia del Salvador.

también el Rey escribiese algunos documentos ó consejos para la Infanta á fin de que acomodase á ellos su conducta y modo de vivir en el nuevo estado que iba á abrazar. Accedió gustoso el Venerable á lo que le pidió el Rey, pues acompañó á la Corte en su viaje á Francia, y, á la nueva Reina de los Franceses dió avisos santos sobre el modo de conducirse en su nuevo estado, con Dios, con el Rey su esposo, consigo misma y con sus vasallos, rogándola les leyera alguna que otra vez ya que los había escrito por obedecer al Rey D. Felipe III.

Son admirables y de una mística sublime y pura á la vez que muy razonada, que revelan en su autor, el P. Rojas, á un maestro expertísimo en el *ars artium* que llamaba S. Gregorio, al gobierno y dirección de las almas, *ars artium regimen animarum*. El arte por excelencia es el saber dirigir las almas. (Pastorales).

Con gusto copiaríamos aquí tales avisos si lo permitiese la índole de este trabajito; pero no lo hacemos porque darían más extensión de la conveniente á una simple biografía.

En la Ciudad de Vitoria tuvo lugar la solemne ceremonia de ser recibida como futura Reina de los franceses la Serenísima Infanta española D.^a Ana Mauricia, hija de Felipe III y de D.^a Margarita de Austria; y para ser Reina de los españoles, fué aceptada la augusta Señora Isabel de Borbón hija de Enrique IV Rey de Francia y de María de Médicis.

Felipe III, realizada aquella solemne ceremonia, regresó con su Real comitiva á la Corte de Madrid, dejando en Valladolid al Venerable P. Rojas, quien no tardó en ser llamado á la Corte para más altos empleos.

CAPÍTULO XVIII

El Rey Don Felipe III pide al R. P. Provincial que envíe al Venerable P. Rojas á la Corte.—Le encarga el Rey la educación de los Infantes de España.—Sirve al mismo tiempo al Rey como el más sabio, fiel y prudente Consejero.—Propone el Rey al P. Rojas para el Obispado de Jaén y no le admite.—Le propone más tarde para el de Valladolid y también renuncia.

ECHABA tanto de menos el Rey D. Felipe III la presencia del Venerable P. Rojas, que los días que pasaba sin verle y sin consultarle le parecían años; le necesitaba además en la Corte para encargarle de la educación y dirección de los Infantes. Avisó, pues, al Muy Reverendo P. Provincial para que se dignase mandar venir al P. Rojas, y aunque mucho necesitaba el Convento de Valladolid de que continuase allí siendo Ministro, fué necesario, prudente y hasta justo en este caso, complacer al piadoso Rey. Visto por el Venerable P. Rojas el mandato de su Superior que le ordenaba pasase á

Madrid, se puso en camino para la Corte, viaje que hizo á pie como era su costumbre. Su presencia en la Corte, como era tan deseada, fué de sumo gusto para el Rey y para sus hijos, que por igual profesaban gran respeto y cariño al Venerable P. Rojas. Felipe III, que con razón lleva en la Historia el nombre de *piadoso*, quiso ver á sus hijos antes cristianos que grandes Señores; por eso encomendó al Venerable P. Rojas la formación de sus corazones haciéndole Maestro de los Infantes de España.

Con qué solicitud, esmero y cuidado les instruyó el Venerable P. Rojas en sus deberes de cristianos, creemos innecesario el ponderarlo, tanto más, cuanto que haciéndose cargo de la misión trascendental que se le confiaba, pidió al Cielo luz especial para cumplir con ella. Como no sabía el P. Rojas dónde habían de ir á parar sus altezas para gobernar el mundo, les proponía los Reyes Santos que en todas partes hallarían y para quienes no fué obstáculo empuñar el cetro terreno para conquistar y conseguir la gloria... y hacía desfilar ante la vista de sus Altezas, en primer lugar, las virtudes de algunos Santos Reyes de España, como San Hermenegildo y San Fernando y las muy heróicas de Santa Isabel Reina española pues á España pertenecía entonces la vecina nación portuguesa. Les recordaba cómo en el trono se santificaron un San Enrique de la casa de Baviera, un San Luis en el de Francia, un San Wenceslao en el de Bohemia, un San Esteban en el de Hungría, un San Eduardo en el de Inglaterra, un San Casimiro en el de Polonia y un San Amadeo de Saboya en Italia. Con los hechos admirables y vidas de estos Monarcas, les enseñaba á los Infantes á que se

aficionasen al amor de la virtud que es una de las cualidades esenciales de un buen príncipe.

También servía al Rey el Venerable P. Rojas como prudente consejero en los asuntos más delicados de su gobierno; como ocurrió con el Duque de Lerma y el Marqués de Siete-Iglesias á quienes retiró el Rey su confianza habiendo oído primero el parecer del pobre, humilde y desinteresado religioso, que no buscaba en sus consejos más que el acierto del Rey en su Gobierno y por consiguiente el bienestar de la Nación.

Y aun fuera del Palacio era buscado el Venerable P. Rojas por los grandes de España para pedirle sus consejos, que les servía de mucho consuelo. Tal aconteció con los citados Duque de Lerma y el Marqués de Siete-Iglesias y más tarde con el Duque de Osuna D. Pedro Girón. Hallábase éste preso en un lugar cerca de Madrid llamado «La Alameda» en una fortaleza que allí tenían los Condes de Barajas, y al verse reducido á los estrechos límites de aquella prisión, aquel cuyo nombre no cabía por sus dichos y sus hechos en toda Europa, solicitó le permitiesen ser visitado por el P. Rojas. No se le negó tan justa petición, y á su lado tenía al Venerable P. Rojas siempre que necesitaba de sus consuelos; y sacó de tales visitas tal provecho, que no sólo perdonó á sus enemigos que allí le habían encerrado, con el corazón y los labios, sino que lo hiciera aun con el mismo gusto, si en vez de estar él así encarcelado lo estuvieran ellos, y él victorioso. Murió resignado y con tales disposiciones religiosas, que el Venerable P. Rojas dijo después de su tránsito, de este mundo al otro, estas palabras que en

aquel Santo Varón eran altamente significativas: «La vida no hay que envidiarla nadie, que tiene muchos peligros; la muerte si es como la de este Señor, puede apetecerse».

Tan alto concepto tenía formado del Venerable P. Rojas el Rey D. Felipe III, que para honrar sus méritos le parecía poco aún el capelo cardenalicio, cuanto menos una Mitra; pero aprovechando el Rey la oportunidad de haber vacado la silla de Jaén por muerte del Ilustrísimo Señor D. Francisco Martínez que era su Obispo, pensó en seguida en el P. Rojas, por creerle el mejor que tenía en sus dominios, no sin ánimo de retenerle en Madrid á su lado ocupado en alguna de las altas dignidades y puestos compatibles con la Mitra, sacando para esto facultad de la Santa Sede.

Encontró el Rey una resistencia insuperable á sus deseos en la profundísima humildad del P. Rojas, pues apenas le manifestó su ánimo de ponerle en tanta honra, postróse á sus pies el Santo varón regándolos con la abundancia de lágrimas que de sus ojos hechos fuentes vertía, y entre sollozos y suspiros le suplicó le librase de aquel tormento que le proponía; pues créame Vuestra Majestad, le dijo, que mi vocación no es de Obispo; no me quiere Dios fuera del estado religioso. Admiróse el Rey de nuevo de la profunda humildad del P. Rojas; y ese rasgo de desinterés por las honras y dignidades, fué como un nuevo esmalte á su virtud. Por indicación del Venerable P. Rojas recayó la elección para ser Obispo de Jaén en D. Baltasar Sandoval y Moscoso que á la sazón era Cardenal.

Aunque por entonces quedase tranquilo el Rey

con la aceptación del Obispado y promoción al mismo de sujeto tan digno, no obstante, tenía siempre grandes ansias de ver al Venerable P. Rojas adornado con semejante dignidad. No tardó en presentársele al Rey ocasión y al parecer más oportuna para satisfacer sus deseos y honrar al Venerable P. Rojas, pues murió el electo Obispo de Valladolid el Ilmo. Sr. D. Juan Fernando de Valdivieso, en Octubre de 1619. Creyó el Rey D. Felipe III que el amor á la ciudad que vió nacer al P. Rojas, sería un motivo poderoso para que aceptase el nombramiento, le llamó á su cuarto real y le indicó cuánto le complacería si aceptaba el ser Obispo de su misma patria. El humildísimo Trinitario contestó: puesto que Su Majestad le manifestaba quererle tanto, le dejase morir como pobre fraile en su celda, olvidado de todos; y que con todo el rendimiento posible, le suplicaba no publicase aquella honra que le quería hacer... Felipe III, por no desconsolarle más, cesó ya de su intento. Para sustituir, por tanto, al ilustrísimo Sr. D. Juan Fernando de Valdivieso, fué nombrado el Ilmo. Sr. D. Enrique Pimentel, hijo del Conde de Benavente D. Juan Alonso de Pimentel, quien tomó posesión del Obispado el 6 de Noviembre de 1620.

CAPÍTULO XIX

La comunidad del convento de Madrid elige por tercera vez al P. Rojas Ministro de aquel convento. —Enferma el Rey Felipe III y es asistido por el Venerable P. Rojas hasta su muerte.

CON seguridad que ni en la orden de los Trinitarios ni en ninguna otra habrá habido un hombre que haya rehuído más los cargos y los empleos que el Venerable P. Rojas, y ¡cosa admirable! tampoco, quizá, le habrá habido que haya sido más veces y por tanto tiempo Superior. Desde el año 1587, que fué elegido Ministro del convento de Cuellar, hasta el 1624, casi siempre tuvo cargos y empleos honoríficos, porque ó fué Ministro ó Visitador ó Provincial; y si no fué Prelado de todos los conventos, como lo desearan los súbditos de los mismos, fué porque, aunque vivió muchos años, necesitaba haber vivido muchos más para serlo de todos. El año 1618 acabó su oficio de Provincial de Castilla el P. Maestro Fr. Baltasar de Buitrago, y entró á sucederle el Maestro Fr. Hortensio Félix Paravicino, que desempeñaba entonces el cargo de

ministro del convento de Madrid. Quedó, por consiguiente, vacante el cargo de Ministro de aquel convento, y á pesar de haber sido el Venerable P. Rojas por dos trienios consecutivos ministro, y cuatro años y medio Presidente del mismo, volvió á recaer la elección sobre él. No había vuelto aún del Capítulo Provincial, celebrado en el convento de Nuestra Señora de las Virtudes, y allí se hubiera quedado de mil amores con la Santísima Virgen objeto de los suyos; pero la comunidad rogó al P. Provincial no dejase la vuelta á su arbitrio y así envió al P. Fr. Lucas Tirado para que le diese la noticia y se pusiese en camino para tomar posesión de su nuevo cargo. Al llegar al convento de Arévalo el Venerable P. Rojas pasó la noche en el coro, en oración, disciplinas y otras penitencias, pidiendo á Dios le diese luz para acertar á servirle, enseñándole el camino en que pudiese más agradarle. Al día siguiente, que era el día solemne de Pentecostés, ó sea la Venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, fué á celebrar con sumo recogimiento y devoción el Santo Sacrificio de la Misa y al leer en el Evangelio aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *sicut mandatum dedit mihi Pater sic facio*, que explican su obediencia al Eterno Padre, le manifestó Nuestro Señor su voluntad de que aceptase el nuevo oficio; de modo que podemos decir que el Venerable P. Rojas entró en el gobierno de aquel convento por expreso mandato de Dios. Como en otras ocasiones, cumplió con la mayor fidelidad y exactitud con las obligaciones de su oficio y sin descuidar en lo más mínimo las muchas y graves cargas que lleva consigo el cargo de Superior, se ocupó

constantemente en hacer bien á su prójimo, socorriéndole en las necesidades, así espirituales como corporales, con la abnegación y sacrificio propios de un Santo.

Estaba ya próximo á terminar su trienio al Venerable P. Rojas, cuando aconteció la muerte del Rey D. Felipe III, que como hemos visto tanto le apreciaba y veneraba. El domingo primero de Cuaresma del año 1621, terminados los oficios en la capilla real, Su Majestad el Rey se sintió enfermo. Avisaron al Venerable P. Rojas, quien al verle, ni al mismo Rey ni á los cortesanos ocultó el inmediato y funesto desenlace «*Sería cierto, dijo el Venerable, pasara desde aquella cama al sepulcro*». Se iba á cumplir la segunda parte de aquella profecía que Nuestro Señor Jesucristo y su Madre Santísima le habían revelado en Fuensanta.

El P. Rojas cumplió en aquella solemne y triste ocasión, cerca del Rey, con los serios deberes de consejero y de amigo, con más interés que nunca. Es un momento el de la muerte, que según la Sagrada Escritura, es más terrible á proporción de los honores y altos puestos que se han desempeñado en el mundo. *Judicium durissimum his, qui prae-sunt fiet: Potentes, autem, potenter tormenta patientur*. Los poderosos, poderosamente padecerán, por cuanto juicio muy duro se hará sobre los que gobiernan. (Cap. VI del Libro de la Sabiduría...) No ignoraba la verdad de estas sentencias, dichas por el más sabio de los reyes y dictadas por el mismo Espíritu Santo, el piadoso Rey Felipe III, y empezó á llenarle de desconsuelo la terrible cuenta que le esperaba. Recordaba que de cuarenta y tres años,

no completos, que Dios le había concedido de vida, había pasado la mitad de ellos haciendo el oficio de Rey, sin que el ser hombre recto, casto y puro pudiese minorar los descuidos y omisiones que tenía como gobernante. Pedía á Dios misericordia de tales descuidos y faltas y érale de gran alivio en sus desalientos la dulce conversación del P. Rojas, y así le rogó no saliese de palacio y á ser posible no se apartara de él un momento, pues de tanta tranquilidad gozaba sólo con verlo.

Hacíanse por la salud del Rey, rogativas públicas y procesiones, y como en la enfermedad que sorprendió al Rey en Casarrubias, hacía dieciseis meses, llevaron ahora al palacio real el cuerpo de San Isidro, que es el patrón de Madrid, y la imagen queridísima de todos los reyes, Nuestra Señora de Atocha, con otras reliquias é imágenes de devoción.

El Venerable P. Rojas, conocía, como hemos dicho, el desenlace de aquella enfermedad, y por no desconsolar al pueblo que amaba tanto á su Rey, decía: háganse rogativas y también procesiones que todo aprovechará; si no se logra la salud se logra la protección y amparo de los Santos para salir en paz de este mundo.

Llegaba el momento de ser abandonado por el piadoso Monarca español Felipe III, y como buen católico y cristiano práctico, recibió con gran devoción y ternura los Santos Sacramentos; oyó, con sumo recogimiento, leer la recomendación del alma y el 31 de Marzo de 1621, á los 23 años de reinado y 43 de edad, expiró tranquilamente á las cinco de la mañana, y á la vez que su alma se presentaba ante el tribunal del Rey de los Reyes, subían de la

tierra multitud de oraciones y de sacrificios, implorando para ella la misericordia y el perdón, pues el Venerable P. Rojas, sabedor de este crítico momento, había prevenido para que así lo hiciesen á todos sus religiosos y á otras muchas personas espirituales y piadosas. El Venerable P. Rojas cantó la primera misa por el eterno descanso del alma de Su Majestad, y por nueve días hizo que en el convento se dijeran todas por el Rey en los altares privilegiados. Debió Dios Nuestro Señor revelar también al Venerable P. Fr. Simón el destino que había el alma del piadoso Rey, pues se le oyó decir en cierta ocasión: «no le habrá pesado á nuestro Rey de la prevención que hizo para tan dificultosa jornada; ya lo habrá visto y aún gozado».

Un religioso que esto oyó, le replicó: «Entonces goza ya de Dios el Rey, P. Ministro? ¿De dónde infiere vuestra reverencia eso? le respondió el Venerable P. Rojas. De lo que acaba vuestra paternidad de decir de que ya habrá gozado de lo que hizo en esta vida, y eso es lo mismo que decir que está en la Gloria.

El Venerable P. Rojas, queriendo ocultar todo lo que podía parecer luz sobrenatural, le contestó con estas profundas palabras: No por cierto, hermano, porque de las buenas obras que se hacen en esta vida puede gozar el alma en cualquiera parte que se hallare en la otra. En el infierno, no siendo tan grande la pena de sentido, como si aquellas obras hubieren sido demeritorias y culpables; en el Purgatorio, porque la aliviarían y aun la servirán de consuelo, y en el Cielo, porque la aumentan en los gozos accidentales que tienen los bienaventurados.

Tal fué la contestación que el Venerable P. Rojas dió á la observación tan juiciosa que le hizo su compañero; pero nosotros podemos fundadamente juzgar que almas asistidas por Santos y por ellos preparadas y á quienes Dios revela la hora y el instante en que esas almas se han de presentar á darle cuenta de las acciones practicadas en la tierra, son almas ya predestinadas á gozar para siempre de las dulzuras de la Gloria.

CAPÍTULO XX

Es elegido Superior de la provincia de Castilla el Venerable P. Fr. Simón de Rojas.—Conducta del Venerable como Provincial.—Hace la visita regular á los conventos de la Mancha.—Se detiene en el convento de Texeda.—Estando en él recibe la noticia de haber sido nombrado por el Rey Felipe IV confesor de la Reina D.^a Isabel de Borbón.—Acompaña la Santísima Virgen al Venerable P. Rojas á Fuensanta.

LAS órdenes religiosas suelen ser regidas por una autoridad general, de ahí el nombre de Reverendísimo P. General de la orden, al cual están directamente sujetos los religiosos todos de aquella corporación, sean éstos de la nacionalidad que fueren. Se subdivide, después, la Orden religiosa, no en naciones, sino en provincias, y al religioso designado para gobernar y regir una de dichas provincias, se le da el nombre ó título de P. Provincial; de modo que después del General, representa la autoridad suprema en cada provincia el P. Provincial, y de tan elevado cargo fué investido nuestro

Venerable P. Rojas en el Capítulo ó reunión que la provincia de los PP. Trinitarios de Castilla tuvo en el convento de Nuestra Señora de las Virtudes el viernes siete de Mayo del mil seiscientos veintiuno.

Hemos dicho que el P. Rojas era uno de los que tenían el derecho del sufragio ó voto en tales reuniones, por eso allí en el convento de Virtudes se hallaba él presente en aquellas circunstancias en que los demás PP. Vocales se reunieron para la elección de Provincial. La noche antes de la elección de Provincial, la pasó el Venerable P. Rojas, como era su costumbre en tales ocasiones, de retiro en el coro ó en la iglesia, entregado á la más profunda oración, delante de la milagrosa imágen de Nuestra Señora de las Virtudes, y en otros penitentes y piadosos ejercicios, pidiendo con instancias á Dios el acierto de la elección, dándoles un Padre tal, que haciéndose cargo de su obligación, cumpliera é hiciese cumplir con las suyas á todos los demás.

No faltaban entre los asistentes á aquel Capítulo, religiosos de dotes y condiciones para poder desempeñar el cargo de Provincial, que dejaba, por haber cumplido el tiempo reglamentario el Maestro Hortensio; pues allí se encontraban Padres tan esclarecidos en la provincia de Castilla como el Maestro Balderrama, el Maestro Galindo, el Maestro Buitrago, el Maestro García y otros; pero la más noble y principal porción de los que se reunieron para elegir Provincial, no tuvieron mucho que discurrir para nombrar sucesor al P. Hortensio; pues fácilmente conocieron no haber sujeto más apto ni más capaz que el P. Rojas; sin duda, porque si bien los citados Padres y algunos más, eran á manera de

estrellas luminosas, su luz y su esplendor quedaba como eclipsado ante el verdadero sol entre ellos, como lo era el Venerable P. Rojas.

¡¡Cuál no sería la sorpresa de este humildísimo religioso al ver que reunidos todos los PP. Capitulares en el coro, después de haber celebrado la misa en honor del Espíritu Santo, implorando sus luces, le dieron todos sus votos para el oficio mayor de la provincia!!

Temían, con fundamento, se encontrarían con la gran dificultad de que el Venerable P. Rojas no había de aceptar el cargo, dada su extraordinaria humildad; mas como era cosa de Dios, Él se encargó de allanar el camino; pues aunque pretendió renunciar, rindióse por entonces el Venerable Padre Rojas á las eficaces razones que le proponían, sobre todo al ver que eran hechas por religiosos de la más rígida observancia, que en su elección y en todas sus determinaciones llevaron á Dios por norte y guía. Admitió, sí, el Venerable Padre por entonces el oficio con ánimo de renunciar en mejor ocasión en manos del Reverendísimo P. General. Todo cuanto se hizo en aquel Capítulo como elecciones canónicas, actas, determinaciones, etc., lleva el sello de la prudencia y caridad.

Lo primero que hizo el Venerable P. Rojas, una vez que llegó á Madrid, que era el lugar donde residía el Provincial, fué dirigirse al Reverendísimo P. Maestro Fr. Luis Petit, que entonces era General de toda la Religión Trinitaria, pidiéndole le señalase un religioso á quien obedeciese en lo que obrase ¡tanto amaba el mérito de la obediencia! y además creía no mandaría con acierto, quien no obedece

resignado. Se lo concedió el General, dejándole á su elección quién había de ser el religioso que le gobernase, y el Venerable P. Rojas nombró con gran recato y secreto á un excelente religioso, docto y de rígida observancia y de la más firme puntualidad y asistencia que tuvieron los actos conventuales. Este fué el *Presentado* Fr. Alonso Jañez. Un Superior que comienza su oficio con actos de humildad y de obediencia en la forma indicada, no se puede dudar que ha de regir con acierto y con fruto.

No ignoraba nuestro Venerable P. Rojas aquel axioma *verba movent exempla trahunt*, que si las palabras mueven, el más poderoso imán es el ejemplo; por eso siendo el Venerable P. Rojas, Provincial, fué observantísimo, como lo fué siendo novicio y después en los cargos que desempeñó. Nunca faltó al coro ni de día ni de noche, y aunque estuviese ocupadísimo, en sonando la campana, al punto dejaba lo que estaba haciendo. Dios nos llama, decía; después nos dará lugar para concluir ésto é iluminará para el acierto.

Era amantísimo de la justicia, y la puntualidad con que repartía como Prelado lo que tocaba á cada uno, le hacía más querido y respetado. Vivía tan libre de pasiones, que aun los que por oposición de genio le eran como extraños, si eran de mayores méritos que los que se le presentaban y brindaban como amigos, á aquéllos y no á éstos prefería en los oficios. Tenía por indigno del puesto al que se valía de más medios para conseguirlo que sus *méritos*; el que se juzgaba desvalido era ante él poderoso si acompañaba la virtud á las letras; honrólas mucho, dice el P. Vega, cuando caían en sujetos virtuosos,

y así es como atendió el Venerable P. Rojas, Provincial, al progreso espiritual y literario de su querida provincia.

Medio eficacísimo, entre los eficaces para la restauración de la disciplina regular, si estuviere ésta algo relajada, ó para conservarla más en su vigor allí donde estuviere ya implantada, es lo que las Constituciones de las Órdenes Religiosas llaman Santa Visita Regular, y no era posible pasase este medio desapercibido para el Venerable P. Rojas, tan amante del cumplimiento de su oficio, pues es una de las obligaciones más importantes del Provincial y más personal del mismo, y deseoso de que la observancia religiosa de la provincia á su cuidado encomendada, llegase á su apogeo, tan pronto le fué posible, salió en compañía de su secretario el P. Fr. José de Segovia, á girar la visita por los conventos de la Mancha.

Comenzó por el convento de Alcalá de Henares y allí se detuvo con sus hermanos los religiosos los días necesarios para que le conociesen y conocerlos, y darles, como caritativo Padre, los consejos necesarios para que aprovecharan más y más en el camino de la perfección.

Admiraban los religiosos que no le habían tratado, la virtud del Reverendo Padre Provincial, y muchos procuraban imitarle. Ni las circunstancias del viaje, ni las molestias grandísimas de los caminos, era causa para dispensarse, ni él ni su secretario, de la observancia de los ayunos, ni de rezar las cosas de devoción según sus reglas. Tanto en este convento como en los que visitó después, dejó preceptos saludables y se conocen ser suyos, dice el

Padre Vega, por la sustancia que encierran, no por la firma, pues sin duda una devoción indiscreta y muy mal entendida, por tener reliquia de su mano, la cortó de todos los libros de la provincia. En Alcalá visitó con sumo fervor los gloriosos cuerpos de los insignes niños y hermanos mártires San Justo y Pastor y también el de San Diego. De Alcalá pasaron á Cuenca, y en el camino, gran multitud de gente salía á su encuentro para que les diese su bendición y curase sus enfermos. Al llegar al convento de Cuenca, se hospedó por gusto en la celda más pobre y más desabrigada.

Como era conocidísimo entre aquellas gentes, (pues había sido Ministro del convento de dicha ciudad de Cuenca), le salían por todas partes al encuentro, ora para saludarle, bien para pedirle sus bendiciones, y él con gran caridad ponía sus manos sobre los enfermos y quedaban libres de sus enfermedades y achaques. Aseguraban los que aquellos concursos de gentes veían ir en busca del P. Rojas, que sólo se había visto una cosa igual cuando por allí pasó Santa Teresa de Jesús.

Una vez que en Cuenca cumplió con los deberes que le imponía su cargo de Provincial, era imposible se retirase de allí sin ir á visitar á la Santísima Virgen, que se venera en el Santuario de Texeda, como vimos en el capítulo VI, y así con pasos apresurados se dirigió á donde tenía siempre su corazón. En descubriendo el siervo de Dios el convento y santuario, se puso de rodillas é hizo que aquellos que le acompañaban, cantasen una salve á Nuestra Señora, quedando él un gran rato muy recogido. Se dirigió directamente á la iglesia, antes

de ir al convento, y notaron en el siervo de Dios cuantos le acompañaban, una extraordinaria mudanza; vieron el rostro como encendido en llamas, despidiendo luces, mientras que de sus ojos salían raudales de lágrimas, quedando todos pasmados de lo que veían, y sin tener alientos para dirigirse la palabra. Tal era su asombro ante aquella novedad por ellos nunca vista y por el largo tiempo que duró.

Fué sin duda un éxtasis sublime al recordar el beneficio insigne que en otra ocasión la Virgen Santísima le otorgó.

Levantóse después que volvió en sí el Venerable Padre y con breves palabras les agradeció la atención de haberle acompañado y les animó á que siguiesen profesando una tierna devoción á aquella soberana imagen.

En seguida pasó al convento, y después de haber cumplido con la atención de Padre y Hermano para con aquella observantísima Comunidad, se retiró á la celda que el Maestro Fr. Juan Ponce, Prelado de aquella casa, conociendo al santo Provincial su genio, le tenía destinada para su hospedaje, que era la celda más retirada del convento, y desde la cual contemplaba con toda facilidad la imagen de la Virgen y el Santísimo Sacramento. Los marqueses de Moya, patronos del convento, convirtieron más tarde aquella celda en una hermosa capilla, como un tributo de honor al Venerable Padre Rojas.

Al día siguiente de su llegada al convento, abrió el Venerable Padre Provincial la Santa Visita, y como se hallaba tan poseído del amor de María

Santísima, en todas sus pláticas, que rebosaban piedad, les recomendaba á sus hijos y hermanos los religiosos, tuviesen siempre por testigo de sus acciones y pensamientos á tan Soberana Señora y así obrarían con más cuidado y rectitud que si le tuvieran á él delante.

Por entonces decretó el Rey D. Felipe IV, que así el confesor que había traído su esposa la Reina Doña Isabel de Borbón, como las damas que la hacían la corte, se volviesen á su país, Francia; y que tanto el confesor, como toda la servidumbre de palacio, fuesen de la nación española. Recayó el nombramiento de confesor de la Reina, en el humildísimo P. Rojas, y de comunicarle la noticia se encargó de orden de Su Majestad el Conde de Olivares. Apenas recibió el Padre Rojas el Decreto, se fué á la iglesia y le depositó á los pies de la Santísima Virgen, pidiéndola á la vez luz para conocer lo que debiera en aquel caso resolver. «No sea, Señora, la decía el siervo de Dios, que salga de vuestra presencia para entrar en rumbos donde si por mi asistencia se pueden mejorar algunos y ganar otros, me precipite yo en despeñíos». Volvió á donde estaba el mensajero del Rey y le despidió con la misma modestia, serenidad y humildad con que le había recibido, diciéndole tan sólo, que regresaría á Madrid en acabando la visita de los conventos. Mucho amaba el Venerable Padre Rojas á la Santísima Virgen de Texeda por las razones indicadas, ó mejor dicho, por los favores singulares de ella recibidos, y allí con gusto se hubiera quedado toda su vida, mas como por muy buena que sea la devoción, siempre fué mejor la obligación,

de ahí que estrechado por la de su oficio, dejó aquel amable retiro y se encaminó al Santuario ó convento de Fuensanta de gratísimos recuerdos también para el Venerable y de revelaciones muy tristes como en su lugar ya vimos.

Dista Fuensanta de Texeda, como unas catorce leguas, y según refirieron los que le acompañaron en todo este trayecto, les llamó sobremanera la atención el recogimiento y singular silencio que llevó el Venerable P. Rojas en todo él, y creció de punto su admiración al ver que pasaba sin detenerse por delante de iglesias, ermitas y santuarios, sin entrar á visitarlos como siempre hacía. Formaron raros juicios acerca de aquel modo de proceder del Venerable P. Rojas; pero á ninguno se le ocurrió por entonces, que María Santísima en su milagrosa imagen de Texeda, era su guía.

CAPÍTULO XXI

El Venerable P. Rojas en Fuensanta.—Termina en éste su visita y pasa al de la Guardia y Dos Barrios.—En Toledo predica el día de la fiesta del Dulcísimo Nombre de María.—Bendice la mesa y sirve á los pobres del Ave-Maria.—Se ve obligado á regresar á Madrid por haber recibido aviso del Rey D. Felipe IV.

EN el convento de Fuensanta á donde llegó el Venerable P. Rojas acompañado y guiado por la Santísima Virgen en su imagen de Texeda, pasó unos cuantos días en cumplimiento de sus deberes de Provincial, sin que fuesen obstáculo para disminuir en nada sus devociones; pues como en otros conventos y santuarios, empleaba en ellas todo el tiempo del día que aquellos deberes le permitían, y desde luego la mayor parte de la noche. Allí recibió un favor muy singular de la Santísima Virgen, cual fué, manifestarle con luz muy clara, ser él el designado por el cielo para dirigir la conciencia de Su Majestad la Reina y hasta cuál era el estado de su

conciencia para que fuera más acertada su dirección. Además reveló la Santísima Virgen á su finísimo Capellán que en aquel santuario de Fuensanta había de morir el P. Segovia, que entonces le acompañaba, pues al despedirse ambos de aquel lugar, le dijo: Padre Secretario, *tenga mucho amor á esta su casa, que aquí vendrá á acabar su vida.*

Desde luego, dijo el P. Segovia, me quedaré aquí, si esa es la voluntad de su Reverendísima. No, que Dios Nuestro Señor le tiene destinado á otras cosas importantes de su servicio antes de venir aquí á concluir su carrera. Y así se cumplió, como el P. Rojas lo había profetizado. El P. Segovia hizo cosas insignes antes de retirarse á aquella soledad, pues además de levantar la suntuosa iglesia de los PP. Trinitarios de Toledo, puso á multitud de almas, con su sabia dirección, en el camino del bien y trato familiar con Dios é hizo tales y tan austeras penitencias, que muchos se movieron á imitarle.

Como en Palacio tenían grandes deseos de verle, le enviaron á decir que con ansias le esperaban, y bien fuese porque se creía más obligado á seguir cumpliendo sus deberes de Visitador Provincial, sea porque no veía ser grande la necesidad que de él tenía la Reina para ser dirigida, el caso fué, que el P. Rojas pasó de Fuensanta á girar su visita por los conventos de la Guardia y de Dos Barrios, no teniendo que hacer en ninguno de ellos la menor advertencia á sus religiosos, porque vió por sí mismo, como lo decía ya universalmente la fama, se practicaba en ambos monasterios cuanto un escrupuloso y mirado Superior podía desear.

De allí pasó el Venerable P. Rojas, acompañado

de su secretario el P. Segovia, á Toledo, y tan conocido y sobre todo tan querido y venerado era en la imperial ciudad, que le esperaban ya todas las clases sociales, pobres y ricos, nobles y plebeyos, eclesiásticos y seglares. Próxima estaba la festividad para él tan querida del Dulcísimo Nombre de María, y le pidieron los toledanos les predicase con motivo de tal solemnidad.

Accedió gustoso á ello, y acudió á oírle toda la ciudad en masa, pues ya sabían por experiencia cuánto fruto reportaban á sus almas los sermones del santo trinitario.

El Maestro Segovia celebró el Santo Sacrificio de la Misa y pudieron notar los asistentes en los dos Ministros de aquella solemnidad afectos muy diversos aunque obedecían á la misma causa entre el que ocupaba el Altar y el que ocupaba el Púlpito. El Venerable P. Maestro Segovia lloraba de devoción sin poderse contener; y el Venerable P. Rojas celebrando las glorias de su Reina, se hallaba tan fuera de sí y tan lleno de alegría, que á sus oyentes parecía un serafín bajado de la región elevada de los cielos.

Llegada la hora de dar la comida á los pobres, tuvo el Venerable P. Rojas la satisfacción de servirles en persona, así que se fué al Claustro donde se daba la comida á los pobres, bendijo la mesa y haciendo platos de seis fuentes grandes y diferentes que venían hubo para todos abundante comida y muy regalada y de más gusto para el P. Rojas que si se hubiera alimentado con ella. Dió gracias á Dios Nuestro Señor y volviéndose á D. Francisco de Castro que era el que aquel día obsequiaba y servía á los pobres,

dijole: Ave-María: muy regalados tiene Vuessa Merced á nuestros hermanos; pero en realidad quien les había así obsequiado y regalado era el Venerable P. Rojas; pues muchos de los platos eran en atención del respetable P. Provincial, quien se gozaba tanto en hacer bien á los pobres. Deseaba el Venerable P. Rojas permanecer en Toledo varios días para gozar de la dulcísima presencia de Nuestra Señora del Sagrario y visitar á Nuestra Señora de Peña Francia y pasar después á la Visita del convento de Talavera donde no dejaría de ir á visitar á la Virgen del Prado; mas eran tan grandes las ansias que de verlo en Palacio tenían ya los Reyes, que se decidieron á enviar en busca del Venerable P. Rojas al P. Fr. Juan del Valle con un coche del mismo servicio real para que luego sin dilación se viniese á Madrid, orden que no dejó de llenar de dudas, en un principio, al observantísimo Provincial por creer que de obedecer á los Reyes faltaría á las obligaciones de su cargo; pero al fin debió de comprender con luz del Cielo ser aquella por entonces la voluntad de Dios; así que resignado se despidió de aquella ciudad y se puso en camino para la de Madrid.

CAPÍTULO XXII

Llegada del P. Rojas á Madrid.—Cómo fué recibido por Su Majestad el Rey y la Reina.—Pone el Venerable P. Rojas algunas condiciones para aceptar el cargo de Confesor de la Reina y le son concedidas.—Hace la Reina grandes progresos en el camino de la virtud bajo su dirección.—Presenta la renuncia de su cargo de Provincial y le manda la obediencia que prosiga.—Hácese en su tiempo de Provincial una redención de cautivos.—Cómo atiende el Venerable P. Rojas las solicitudes y Memoriales que le dirigen los pobres.

Es de creer, que dada su gran mortificación y humildad, no aceptase el Venerable P. Rojas regresar á Madrid por aquel medio tan cómodo que se le ofrecía, usando el coche del real servicio, y que como era su costumbre, se volvería á pie en compañía de su secretario el P. Segovia. Apenas llegó á Madrid, se dirigió como es natural, al Convento donde fué recibido por sus religiosos con aquel afecto y respeto con que se recibe á un padre. Pasó

después á Palacio y se comprende la alegría y regocijo que produciría allí su presencia, tan deseada de los Reyes. Al hallarse con el Rey el Venerable, con su sencillez característica le dijo: Señor; aquí me tiene Vuestra Majestad para que disponga de mí como fuere servido.

Yo os lo agradezco, contestó el Rey; he deseado dar á la Reina quien la dirija, consuele y ayude y me ha parecido que quien con tanta satisfacción asistió á mis padres y hermanos ha de hacer lo mismo con la que es mi esposa. El mismo Rey condujo al Venerable P. Rojas al cuarto donde estaba la Reina, y al presentársele, la dijo: Señora, si hubiera otra persona en el reino más á propósito para dirigiros con sus consejos que el P. Rojas, no hubiera recaído sobre él la elección para ser vuestro confesor, pero no la hallo. Él tiene ya la aprobación de mis padres y aun de mis ministros y espero que con su dirección y acierto nos alcanzará de Dios buenos sucesos y salud. Señor, dijo el P. Rojas, Ave-María, yo espero que las virtudes de Su Majestad, merecerán con Dios, me dé luz para acertar á servir á Vuestras Majestades. Sólo pido á Vuestras Majestades una gracia, y es que me den el consuelo de no tener ni coche ni sueldo porque no lo he menester, ni se me prive de ir á ver á los pobres y visitarles en las cárceles y hospitales. ¡Qué condiciones ponen los varones justos para ser confesores de Reinas! ¡Qué gracias piden aquellos que son santos! que les dejen practicar el bien entre los pobres, encarcelados, enfermos y desvalidos! ¡Oh tiempos, oh costumbres, *oh tēpora, oh mores!*

No hubo inconveniente por parte de los Reyes

en que el P. Rojas una vez cumplido su deber como confesor de la Reina, cumpliera con su devoción para con los pobres como eran sus deseos; también le concedieron no usase, si no era en ello gustoso, el coche destinado á su cargo; sólo le obligaron de un modo muy disimulado á recibir el sueldo que era de seiscientos ducados; no como salario «de vuestro oficio, le dijo la Reina, sino como limosna que yo os doy para que en nombre mío lo repartáis entre los pobres». Agradeció el Venerable P. Rojas á la Reina su caridad y el cuidado que demostraba tener por sus pobres y aceptó el sueldo, como aceptaba otras limosnas que pasaban por sus manos para ir á ser depositadas en las de los necesitados.

Con Director tan prudente, tan experimentado en las vías del espíritu y tan santo, hizo grandes progresos Su Majestad la Reina en la vida espiritual, pues eran admirables las lecciones que la daba para elevar su alma hasta Dios, y la resolvía con no menos admirable precisión y acierto cuantas inquietudes y dudas se la podían ocurrir. Y no sólo la designó los libros que había de leer con preferencia, sino hasta la señaló emplease algunas horas en obras útiles y de ocupación santa, como eran cosas destinadas al culto divino para que pudiera ser celebrado el Santo Sacrificio de la Misa con decencia en algunas iglesias pobres, donde eran escasas ó nulas las rentas que percibían.

Sabido es que el ejemplo de los grandes influye poderosamente en todas las clases sociales, así es que consiguió de un modo indirecto el Padre Rojas reformar ciertas galas, ciertos desórdenes, ciertos abusos, ciertas costumbres, no del todo muy

correctas, que no faltan ni aun entre aquellos que habitan en los palacios. Salió, pues, cierto, cuanto dijo el Rey Felipe IV á su esposa D.^a Isabel de Borbón, que si hubiera hallado mejor confesor para ella que el Venerable P. Fr. Simón de Rojas, se le hubiera proporcionado.

Era el mejor elogio que Felipe IV, el Grande, podía hacer del humildísimo Trinitario.

Suelen los Superiores regulares y por consiguiente los Provinciales, como era el P. Rojas, hacer durante el tiempo de su mando la Visita Regular ó Provincial, dos veces, de modo que se aproximaba para el Venerable P. Rojas el cumplimiento de este su sagrado deber. Creyó el Venerable Padre con fundamento, que no se opondrían los Reyes á que cumpliese con este deber de salir por segunda vez á visitar á sus religiosos; mas sufrió en ello no pequeña decepción, pues solicitado el permiso de los Reyes, éstos le contestaron que le necesitaban en Palacio, y que por consiguiente, no discurriese en hacer ausencia; que enviase Visitadores y que discurriese los medios que le pareciesen más oportunos, de suerte, que sin salir de la Corte cumpliera con la obligación de su oficio de Provincial.

En grandísimo apuro se encontró con tan inesperada negativa, pues no se le ocurrían al Venerable Padre Rojas medios ni modo de armonizar extremos tan distantes y tan opuestos: visitar los conventos y quedarse en Madrid, conforme no al deseo sino al mandato de los Reyes.

Hacer la visita Provincial por sí mismo lo tenía el Siervo de Dios por una cosa necesaria, precisa, de primera obligación, y al mismo tiempo atender

al mandato real de no ausentarse de Madrid, imposible. Se veía en un mar de dudas y de escrúpulos aquella alma de tan sólida virtud y tan experta para aconsejar y dirigir á otras y al parecer próxima á dar contra algún escollo; dudas y escrúpulos que suscitó, trasformándose en angel de luz, el enemigo de las almas.

Deseaba nuestro Venerable orientarse en aquel oscuro y revuelto mar y como la estrella polar y la verdadera brújula del religioso es la nunca bien ponderada virtud de la obediencia que le hace inerrable, en manos de ella se puso el siervo de Dios, ya que á ella siempre tuvo por norte y de ella dependieron sus aciertos.

Escribió el Venerable P. Rojas al Reverendísimo Padre General manifestándole el conflicto en que su conciencia se hallaba, y que en vista de que los Reyes ni le dejaban salir de Madrid para ir á cumplir con sus deberes como Provincial, ni querían admitirle su renuncia de confesor, renunciaba con mucho gusto en sus manos el cargo de Provincial, suplicándole hiciese la caridad de admitir tal renuncia, en lo que recibiría muy especial consuelo.

Leyó su carta y renuncia el P. General; éralo aún el Maestro Fr. Luis Petit, su discípulo; conocía muy bien la pureza de la vida de su Venerable Maestro y estaba muy bien informado, cuánto convenía su acertado gobierno para la mayor observancia de la provincia. La respuesta del General fué alentarle en sus afanes y desconsuelos sin admitirle la renuncia, antes mandándole, en virtud de santa obediencia, continuase en su puesto, que eran muy compatibles los dos oficios en su persona y

que cumpliría con su obligación nombrando visitadores oportunos revestidos de su autoridad. Con esto quedó tranquilo el Venerable P. Rojas y se vió precisado á hacer este nuevo sacrificio obedeciendo.

Nombró el santo Provincial por Visitadores á su secretario el Venerable P. Maestro Segovia y al Maestro Fr. Gerónimo Fernández, para que los dos juntos visitasen los conventos que el siervo de Dios no podía hacer por sí.

Hemos hablado ya en otra parte de esta biografía del fin de la orden Trinitaria, que era y es aquella obra de misericordia, la cuarta entre las corporales «redimir al cautivo» y tampoco la descuidó nuestro Venerable P. Rojas, pues en tiempo de su Provincialato se cumplió aquello del Salmo 129 del Real Profeta David: *Apud eum copiosa redemptio*. Supo hallar en los tesoros de su poder remedio para la redención, ya que Dios Nuestro Señor, para satisfacer los ardientes deseos de nuestro Venerable P. Rojas, aumentó por los medios que Él sólo sabe hacerlo, con una gran suma el dinero que por los medios ordinarios había para el rescate de los cautivos. Y si tanta solicitud, interés y cuidado se tomaba por los pobres que tenía tan lejos, como eran los que residían en Argel, no mostraba menos interés por socorrer las necesidades de aquellos pobres que acudían al convento. En una cosa solía poner gran reparo y era cuando sus pobres ó cualquiera otra persona necesitada le pedía hablase á los Reyes ó á los Ministros para que despachasen algunas peticiones.

El Venerable Padre las aceptaba, sí, pero en llegando á su celda las ponía en manos de una Santa

Imagen de Nuestra Señora de los Remedios, y sin más diligencias salían muchas veces despachadas favorablemente, y cuando volvían á darle las gracias por su intercesión y valimiento ante el Rey, porque ya Su Majestad había atendido á sus memoriales concediéndoles aquello que en los mismos solicitaban, enternecíase el P. Rojas y les llevaba á la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, para que diesen á Su Majestad las gracias. Tal sucedió á la esposa de un capitán que en cierta ocasión presentó al siervo de Dios un memorial para que se le diese al Rey, y éste, en vista de los méritos de su marido en servicio del mismo, le recompensase sus sacrificios. Sin moverse el P. Rojas de su celda y con sólo ponerlo prendido en el manto de la Santísima Virgen de los Remedios, apareció, sin nadie llevárselo, en el cuarto del Rey. Éste al verlo allí, preguntó admirado á los centinelas del cuarto Real que cuándo había estado allí el P. Rojas; le contestaron no haberle visto. Comprendió el Rey el prodigio y despachó la solicitud; de modo que el Venerable P. Rojas al ir aquella pobre mujer á darle las gracias, la llevó á la capilla de la Virgen de los Remedios y en presencia de la imagen de Nuestra Señora, la dijo: «A esta Soberana Señora se deben >dar, que es quien os ha hecho ese beneficio. No >me he valido de intercesión de hombre, sino de >esta Reina de Ángeles, vea allí preso de su bas- >quiña el memorial que me dió; estéle muy agra- >decida que de su soberana mano le vino tan fa- >vorable suceso». Así lo hizo la buena mujer y conoció con cuánta razón la Corte española veneraba la virtud de aquel siervo de Dios.

CAPÍTULO XXIII

Deja de ser Provincial el Venerable P. Rojas.—Es elegido para sucederle en tan importante cargo el Padre Maestro Fr. Fernando Núñez.—Pide éste al Venerable P. Rojas le dé algunas reglas para gobernar con acierto la provincia, y el Venerable P. Rojas por obediencia se las da.—Ofrece á Dios el P. Rojas hacer lo que juzgase ser de mayor perfección y hacer cuanto le pidiesen por María Santísima.

CUMPLIÓ el Venerable P. Rojas el tiempo designado por sus leyes y constituciones para el desempeño del cargo de Provincial, cargo que desempeñó con el acierto y prudencia propia de un santo como hemos visto; y antes de celebrarse el capítulo ó asamblea en que debían los Padres Vocales ó Capitulares darle sucesor, escribió á todas las casas y conventos de su provincia que era la de Castilla, despidiéndose de los religiosos con afecto de padre y pidiéndoles perdón de las faltas que había tenido durante el tiempo de su mando y de

la tibieza con que les había gobernado, y les pedía á la vez rogasen á Dios para el acierto del Capítulo Provincial próximo á celebrarse. Convocó también para que se reunieran en el convento de Madrid los Padres Capitulares, siendo todos, según iban llegando, recibidos con extraordinario gusto por el Venerable P. Rojas.

Antes de proceder á la elección, reunió en el coro á todos los Padres y Comunidad, y les dió cuenta de lo que había hecho y dejado de hacer, y cual si estuviera ante el tribunal de Dios, se acusó y pidió perdón á todos con verdadero arrepentimiento y humildad; renunciando al mismo tiempo su cargo en manos del Padre que es conocido con el nombre de Presidente de Capítulo. Previo aquel requisito se procedió á la elección del nuevo Provincial, recayendo el nombramiento por unanimidad sobre el Maestro Fr. Fernando Núñez. Prestaron todos obediencia al nuevo Prelado, y el Venerable Padre Rojas dijo á los Padres Capitulares: Ave-María. A Dios las gracias y á su Madre Santísima y á vuessas paternidades que han hecho lo que era de su agrado y tengo por cierto será para grande servicio de Dios Nuestro Señor, bien de los religiosos y enmienda de las faltas que he tenido. Al Provincial nuevamente electo dijo el siervo de Dios: Puesto que Vuessa Paternidad Reverenda se halla con los honores del oficio, cumpla con sus cargas y viva de manera que cuando las deje, los escrúpulos no le aflijan; y puesto que Dios únicamente ha dispuesto la elección, estéle muy agradecido y llévelo siempre por norte y guía en sus operaciones. Yo ya acabé ese oficio y se lo dejo á Vuessa Paternidad,

tan absolutamente, que no me meteré en cosa de su gobierno.

Animado el nuevo Provincial de los mejores deseos de gobernar bien á sus súbditos, buscaba por todos los medios el mejor acierto, y creyendo que nadie mejor que el Venerable P. Rojas podía orientarle en el rumbo que debía de seguir para cumplir bien con su cargo, á él acudió pidiéndole algunos consejos y reglas para ello; y aunque el Venerable P. Rojas se oponía al pedido del Provincial por su gran modestia y humildad, cedió al fin por obediencia y por cumplir con ella dijo lo que sentía y dictó al nuevo Provincial unas veinte máximas de profundísima sabiduría y de exquisita prudencia

He aquí algunas de ellas para que el lector juzgue por sí mismo, si es verdad lo que afirmamos, y si fuere superior, pueda aprovecharse de ellas para su propio gobierno.

No mande lo que no ejecute, pues fuera cosa de risa que un glotón predicara el ayuno y un avaro la liberalidad.

Huya siempre de aquella sentencia bárbara: que me aborrezcan con tal que me teman, propia de sangrientos Atilas, y no de los que aman la paz religiosa y cristiana.

No sea prolijo ni largo en mandar, si quiere que los súbditos sean pronto en obedecer.

No pida á Dios tribulaciones y trabajos sino valor para tolerar y merecer en los que se ofrecen.

Si obrare con toda justificación y rectitud, no espere aclamación; ponga los ojos en Nuestro Redentor Jesucristo, y hallará que no hubo Rey tan

grande ni Superior tan cabal; pero tampoco hubo otro que tuviese enemigos tan declarados, ni que fuese tan perseguido.

Haga confianza de sus amigos, pero no tan grande, que queden iguales en saber todos los secretos. Tal vez conviene ocultar algunos.

Deje de pensar que hay otro oficio á que ascender ó báculo que empuñar, porque si se desvela por eso, todo su estudio será buscar medios para conseguir lo que no tiene, perdiendo lo que goza. Obrando bien se conserva lo uno y se merece lo otro.

No se gana crédito por hacer muchas cosas, sino por hacerlas bien; esto es, se acierta discurriéndolo, pensándolo, estudiando los caminos de Dios y pidiendo consejo.

No eche mano de los que pretenden con favores los puestos, sino de los que mejor lo merecen, y podrá decir con gran consuelo de su alma: *Domini est assumptio nostra*. (Salmo 88, v. 18).

Nuestra elección es del agrado del Señor.

No deje los libros de sus manos y ocupe á otros en ellos, porque no sólo dan luz para el acierto, á quien desea obrar sin pasión; pero además de este bien, hallará que en el estudio se descansa de lo que el gobierno fatiga.

Ore mucho y tome cada día un santo de su devoción para que le gobierne y dirija sus pasos, que aunque se ha visto á muchos perderse en estos oficios, á otros se han visto mejorar en estos puestos; y de ordinario así sucede á los que no los toman para servirse de ellos con lucimiento y pompa, sino para servir á los oficios con humildad y pobreza.

¡Qué documentos y qué consejos tan preciosos! Diremos con el ya citado P. Vega: el Superior que quiera aprovecharse á sí y á sus súbditos, lea de vez en cuando estos documentos que dió el P. Rojas al P. Provincial, y practíqueles como lo hizo el Padre Maestro Fr. Fernando Núñez, quien por eso gobernó con tanto acierto la provincia.

Era de parecer el Provincial de comenzar la visita regular por aquel convento de Madrid, una vez disuelto el Capítulo, mas el Venerable Padre Rojas le rogó visitase primero otros conventos y dejase aquel de Madrid para Septiembre, donde lo esperaba para que cantase la misa el día del Dulcísimo Nombre de María y para que le asistiese en un negocio muy grave que traía entre manos y de los mayores que le podían ocurrir en esta vida. Debió con eso comprender el P. Provincial que se refería el Venerable P. Rojas al tiempo de la muerte, que regularmente hablando es el más difícil y árduo de los negocios que puede el hombre traer entre manos y ocurrirle en este mundo; aunque dada la vida observantísima del Venerable Padre Rojas, poco temible, y sí muy anhelado, debía ser tal momento para alma tan santa como la suya.

Por lo mismo que era un santo, comprendía que todo cuidado es poco para prepararse á dar cuenta de su vida ante la infinita pureza y santidad de Dios; de ahí que hizo un voto conocido con el nombre de *hacer lo más perfecto*, es decir, de hacer no sólo lo bueno sino de entre lo bueno siempre lo que juzgare lo mejor; para emitir dicho voto se necesita según los maestros del espíritu, ser compelido

por el espíritu de Dios y estar autorizado por su Superior ó confesor; cumplir ya exactamente con los deberes de la vida religiosa y mostrarse valiente en la práctica de todas las virtudes. También prometió por amor á la Santísima Virgen hacer cuanto le pidiesen en su nombre. Muchos actos heróicos había practicado antes de hacer estos votos el Venerable P. Rojas; pero ¡cuántos y cuántos no practicaría después de haberles hecho!! Por amor á María formaba con las cinco letras de su Dulcísimo Nombre un verdadero ramillete de virtudes y de peticiones que la ofrecía diariamente como finísimo Capellán, y así el nombre de María le recordaba con su primera letra la mortificación, la mansedumbre, la muerte; con su letra segunda, el amor en que debía de arder su corazón para con aquella de quien era esclavo. En la tercera, veía cuán dulce es para el alma el recogimiento, el retiro y la decidida resolución en la práctica del bien. La cuarta, traía á su memoria la tan indispensable condición para que las obras sean gratas á los ojos de Dios y de María, ó sea tener en ellas intención pura; y finalmente, como aun á los más santos, mientras en el mundo viven, no les faltan de vez en cuando horas de desmayo en la práctica de la virtud, la última letra le recordaba que tuviese siempre ánimo y que no temiese le habían de faltar los auxilios y la protección de María.

Otra manifestación de su amor á la Santísima Virgen, fué el propagar la devoción á esta celestial Señora por medio de rosarios blancos, con cordón azul, que recibió de manos de la misma Virgen, símbolo de su Inmaculada Concepción, consiguiendo

mediante la práctica de su rezo, salvar muchas almas, destruir los vicios, plantar las virtudes y fomentar más y más en todos los corazones el amor de María, cumpliéndose de él lo que la Iglesia dice en la Oración de su fiesta: *resplandeció en su especialísimo culto á la Santísima Madre de Dios y en continuas obras de caridad.*

CAPÍTULO XXIV

Suceso horrendo que dió motivo á que el amor divino hiriese de muerte al Venerable P. Rojas.— Se dispone para la última jornada.—Su despedida.—Su muerte.

HABÍA el Venerable P. Rojas cumplido ya sin duda su misión sobre la tierra, de santificarse y santificar á multitud de almas con sus enseñanzas y con sus ejemplos. Sólo suspiraba su ardiente corazón por unirse para siempre con su amado; la tierra le parecía intolerable destierro al acordarse del Cielo; y á que se le hiciera más intolerable la vida en el mundo, contribuyó un horrendo sacrilegio acaecido en la iglesia de San Felipe el Real, el día 5 de Julio de 1624, á las diez de la mañana.

En la capilla de Santa Lucía de dicha iglesia se hallaba celebrando el Santo Sacrificio de la Misa un observante religioso del convento de San Felipe de los muy Reverendos Padres Agustinos calzados, y al elevar la Hostia consagrada para que la adorase el pueblo, llegó un atrevidísimo hereje llamado Reynalte de Peralta, de nacionalidad francés y quitando al sacerdote la sagrada forma la hizo pedazos

y la arrojó en el suelo. El pueblo que presencié aquel horrible sacrilegio le hubiera linchado, como ahora se dice; le hubiera quitado en aquel momento la vida; pero con mejor acuerdo le entregó al santo tribunal de la fe, quien ejecutó en él la pena que según las leyes de entonces merecía tan horrendo desacato á la religión del Estado y de toda la nación española. No presencié el Venerable Padre Rojas tan horrible profanación del Cuerpo y Sangre del Señor; pero llegó, como era natural, la noticia á sus oídos, y al pensar en tan horrendo delito, le cercaron dolores como de muerte al ver violado el honor de su dueño; fué para él, aquel suceso sin nombre, una aguda espada que le atravesó el alma y le quitó la vida con su herida mortal, y no la causa que los médicos y los que esto ignoraban pudieron discurrir en su última hora.

Desde aquel momento ya no encontraba el Venerable P. Rojas alivio ni consuelo en nada; el sueño huyó de sus ojos y el alimento era para él un cruel suplicio. Lleno de angustia se dirigía al Señor y le decía: «¿Hasta dónde ha de llegar la malicia de los hombres, Señor, que así de nuevo te vuelven á crucificar? Mil veces morir para no ver tanto mal». Dios Nuestro Señor, se compadeció de aquellas ansias y de aquellas penas, y le consoló por medio de su Santísima Madre la Virgen María y aunque se hallaba herido de muerte, con las finezas de aquella Divina Señora *que mata de amor y sin saber cómo los muertos viven* (son palabras del Venerable en una carta dirigida el 6 de Agosto del citado año á un gran siervo de Dios llamado Don Francisco Luque Faxardo), con las finezas de tan

Divina Señora y cariñosa Madre quedó como suspendida por algún tiempo la pena que le produjo la sacrílega injuria.

Confortado con aquellos regalos llegó para el Venerable Padre el día 17 de Septiembre de 1624, en que había de celebrar, por última vez en la tierra, la fiesta para él tan querida y que tanto entusiasma á su corazón de finísimo Capellán, como era la fiesta del Dulcísimo Nombre de María.

Se cumplió lo que el Venerable dijo á raíz de la celebración del Capítulo en que fué nombrado Provincial el Maestro Fr. Fernando Núñez, pues vino éste á cantar la Misa.

A dar mayor esplendidez y solemnidad á aquella fiesta ya de suyo tan solemne, contribuyó la presencia de aristocráticas damas que acompañaban á la Hermana Mayor de dicha Cofradía, la Excma. Señora Condesa de Monterrey. Al terminar las fiestas tanto á la Excelentísima Señora, así como á las que la acompañaban y á los religiosos, les dijo estas breves palabras: Mayores fiestas serán las del Cielo; vamos allá, y se encomendaba á todos como si se viera ya en la última hora. Aquel día, á petición del P. Rojas, dieron la Excma. Sra. Condesa de Monterrey y su hermana la Condesa de Olivares, una gran comida á los pobres que la bendijo y sirvió el Venerable Padre Rojas.

Después les abrazó despidiéndose de ellos y les pidió encomendasen á Dios á quien les hacía aquel bien y á quien lo disponía porque se hallaba (se refería á sí mismo) en gran necesidad. Aseguróles (y esto entonces era como una profecía) no les faltaría aquel socorro, porque la Congregación tenía hijos

muy devotos y esperaba en Su Majestad iría en aumento. No comentamos estas palabras del Venerable P. Fr. Simón de Rojas, fundador de la Real Congregación de los Esclavos de María, porque elocuentemente las confirma con sus hermosas obras tan simpática Congregación, como dejamos ya consignado en el capítulo XVI de esta biografía.

No es costumbre de los santos hacer visitas de mero cumplimiento y así aun siendo el Venerable Padre Rojas íntimo amigo del Reverendo P. Gerónimo de Florencia, que residía en el imperial Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús y del cual hemos ya hablado, no le debía de visitar con frecuencia, pues al verle entrar en su aposento admirado le dijo: ¿Qué es esto que se ofrece á su reverendísima que no puede mandármelo desde su celda? A lo cual respondió el P. Rojas con toda humildad y alegría: Padre, yo soy quien ha de servir á vuestra Reverendísima; tengo una jornada que hacer, y no he querido partirme sin darle noticia á vuestra Reverendísima para que me encomiende á Dios. No fué curioso el P. Florencia en averiguar el viaje.

Despidiéronse con ternura y cuando el célebre hijo de San Ignacio supo su muerte, que ocurrió á los diez días de lo que acabamos de referir, haciendo reflexión y dándose una palmada en la frente, exclamó: «Esta es la jornada que me dijo el santo confesor de la Reina; y que no cayese yo en la cuenta á pesar de habérmelo dicho tan claro! y después, como dirigiéndose al Señor, pronunció en voz muy alta estas palabras: *Salvum me fac Domine quoniam deficit Sanctus*. Salvadme, Señor, porque ha desaparecido de la tierra el santo. (Salmo. XI).

Como se despidió del insigne P. Gerónimo de Florencia, lo hizo de otras muchas almas piadosas y amigas á quienes dirigía.

Fué á confesar á su Majestad la Reina un sábado como lo tenía por costumbre, y después de haberla confesado, la dijo que si Su Majestad le daría licencia para hacer una jornada. Respondióle al punto que no, que no quería le hiciese falta, el que la servía con su dirección de tanto consuelo. Pues Vuestra Majestad se ha de servir de permitírmelo, le dijo el siervo de Dios, porque es un cuidado que toca en mi alma y no puedo excusarlo; más aún, hice ya confesión general, que fué el mayor alivio que pudo encontrar mi ánimo.

Esto lo dijo también el P. Rojas para que sirviese como de estímulo á la Reina y así ella la hiciese. No cayó en el vacío la indicación del Venerable P. Rojas, pues la Reina le contestó: Bien quisiera yo hacer lo mismo, y en verdad que si me ayudais, me dispondré á hacerla. Me parece muy bien, la dijo el siervo de Dios, y será mejor cuanto antes. Para el día de San Miguel, que es de mañana en ocho días, respondió la Reina. Sin manifestarla claramente el por qué, pues hubiera sido revelarla el día en que él iba á salir de este mundo, la indicó ser mucho mejor el miércoles inmediato, que coincidió aquel año con el 25 de Septiembre, como así lo hizo, con gran satisfacción de su alma y con tanto consuelo interior, que en verdad pudo desear fuese la última.

Dió el Venerable á Su Majestad por despedida la bendición, la obsequió con un rosario y la hizo algunas advertencias de que nunca se olvidó.

Pasó después el Venerable P. Rojas al cuarto

del Rey y se despidió de Su Majestad y personas de la corte. Aquel mismo día, por la tarde, fué al convento de las Descalzas Reales y empleó una parte de ella, con la serenísima sierva de Dios, la Infanta Sor Margarita y otras religiosas, hablando cosas de espíritu, de las ansias que tenía de salir de esta penosa y desazonada vida, y tratando por consiguiente de su jornada con tanto gusto, que parecía recrearse ya de antemano en las delicias del Paraiso. De las almas piadosas que el Venerable P. Rojas dirigía en la iglesia de su convento, quiso despedirse con cierta solemnidad el día 26 de Septiembre de 1624, y al efecto, las convocó muy temprano para ese día, era jueves, y ellas asistieron muy puntuales á la capilla de Nuestra Señora de los Remedios. Confesólas muy despacio y en una plática que rebosaba amor divino, las exhortó á la perseverancia en la virtud, vida espiritual y ejercicios en que las había puesto.

Celebró el Santo Sacrificio de la Misa y les dió la Sagrada Comuni3n, y le vieron tan trasformado durante esos actos tan graves y tan solemnes y ellas se consideraron tan honradas y tan felices en presenciarse y contemplar algo de la gloria de su Padre espiritual y director de sus almas, aquí en la tierra, que por espacio de más de treinta años hicieron celebrar en dicho día una solemnísima fiesta en el altar de Nuestra Señora de los Remedios, con el nombre de *La despedida del P. Rojas*.

No podía menos de cumplir con este deber de despedirse de sus hermanos los religiosos de aquel convento, y lo hizo al día siguiente, viernes 27, terminados los maitines, que como víspera del sábado,

eran del Dulcísimo Nombre de María, oficio que aquella comunidad solía rezar todos los sábados. Con qué devoción y con qué ternura cantaría el finísimo capellán de María los maitines de aquella noche, sólo pueden decirlo los que tuvieron la dicha de contemplarle, pues más que un simple mortal les parecía á todos un cortesano del cielo.

Salió el primero del coro, una vez terminados los maitines, y fué despidiéndose de los religiosos, abrazándoles á todos con afecto paternal y cumplido aquel religioso deber, se volvió al coro y allí estuvo en altísima contemplación, recreándose su alma y gustando ya las delicias de la Gloria, hasta que sintiendo que el amor divino le consumía, temiendo algún deliquio, determinó irse á la celda á recogerse, y así fué, pues al llegar á ella, no pudiendo su fragil naturaleza sufrir las violencias del Divino Amor, tendióse en el suelo, reclinó su cabeza sobre un banquillo y al poco tiempo perdió el uso de los sentidos.

Tocaron á la misa cantada de Nuestra Señora que se celebraba todos los sábados muy de mañana, y á la cual nunca faltaba el Venerable P. Rojas, y al echarle de menos, fué á su celda uno de los religiosos que de ordinario le acompañaba, y al verle en aquella postura, trató de despertarle, creyéndole dormido. Dormido estaba, pero su sueño era semejante al de la Esposa del Cantar de los Cantares, que decía: *Ego dormio et cor meum vigilat*. Aparente tan sólo es mi sueño, pues mi corazón vela y vigila encendido en el amor de Dios.

Al no responder el Venerable Padre, creyó el religioso que fué á buscarle, estaría muerto ó al

menos agonizante, y avisó en seguida al ministro del convento y demás religiosos de lo que ocurría al Venerable P. Rojas; acuden todos, miran á su amabilísimo Padre y comprenden que más que enfermedad es un raptó de amor divino, que no pudiendo sufrir su atenuada naturaleza, cedió ante aquella vida sobrenatural. Duró en aquel estado treinta y tres horas, y todos pudieron notar que hasta el último aliento, cuando rezando delante de él, alguno pronunciaba el Ave-María, se inclinaba con sumo respeto el Venerable Siervo de Dios y extático Padre.

En la tarde del 29 de Septiembre, que es día por la Iglesia consagrado á San Miguel y de quien el Venerable debía ser muy devoto, y decimos esto porque en la Biblia que leía todos los días, se encontró una estampa del Glorioso Arcángel San Miguel, en la cual tenía escritas de su puño y letra las siguientes palabras: *Sancte Michael Archangele, defende nos in praelio, ut non pereamus in tremendo iudicio, Ave-María.* San Miguel Arcángel, ampáranos y defiéndenos en las luchas de la vida á fin de que no seamos condenados ni perezcamos en el día tremendo y espantoso del juicio; en el día de San Miguel, decimos, y á la hora misma de la tarde en que el Señor moría por redimir al hombre, entre conciertos angélicos y asistido de aquella Reina y Señora, de la cual fué siempre finísimo Capellán, entregó su espíritu al Señor, á la avanzada edad de setenta y dos años, en el convento de los PP. Trinitarios, de Madrid, el hoy insigne Beato Simón de Rojas, el finísimo Capellán de la Madre de Dios, el ínclito fundador de la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María.

CAPÍTULO XXV

Es depositado el cadáver del Venerable P. Rojas en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios.— Solemnísimas honras fúnebres en Madrid, en Valladolid, su patria, y en otras ciudades y conventos de los PP. Trinitarios.—Es elevado al honor de los altares.

No ignoraban en Madrid el estado gravísimo en que se hallaba desde el amanecer del día 28 el Venerable P. Rojas, y grandísimo interés, por saber cómo seguía, se había tomado Su Majestad el Rey, la Reina y la corte, juntamente con el pueblo; por eso al oír que las campanas de la calle de Atocha, tocaban á muerto, acudió tan numerosa concurrencia á las puertas del convento, donde vivía el P. Rojas, que los religiosos eran impotentes para contenerla; todos querían ver á su Venerable Padre, y una vez que se hallaban ante el santo cadáver, unos le besaban los piés, otros las manos, otros se abrazaban con el santo cuerpo, y regándole con lágrimas, lamentaban su desgracia, diciendo:

¡Ah P. Rojas y qué presto nos has faltado! ¿Quién ha de ser en adelante nuestra defensa, consuelo y remedio? No eran más, estos clamores, que el eco de aquellas palabras del Maestro P. Florencia, quien al ver al santo muerto, dirigiéndose á Dios le decía: *Exurge, Domine, exaltetur manus tua, ne obliviscaris pauperum.* (Salmo XV. 12). Levántate, Señor Dios, álzese tu mano, no te olvides de los pobres; como dando á entender que en la muerte de este santo lo que había que sentir era el desamparo de los que quedaban en la tierra sin aquel Padre tan solícito para remediar sus necesidades.

A las once de la mañana del día siguiente y acompañado de la Guardia Real, Ministros y Grandes de la Corona, de comisiones del clero regular y secular, y de un concurso inmenso del pueblo, fué conducido á la iglesia el cuerpo del Venerable y Bendito P. Rojas. Era llevado por los religiosos más distinguidos en las diversas órdenes religiosas residentes en Madrid. Estos fueron el Maestro Fr. Cristóbal de Torres, de la orden de Santo Domingo; el P. Maestro Jerónimo de Florencia, de la Compañía de Jesús; el Maestro Fr. Juan de San Agustín, de la esclarecida orden agustiniana, y el Maestro Fray Hortensio, de la benemérita orden de la Santísima Trinidad.

Por especial mandato del Rey, celebró el Santo Sacrificio de la Misa D. Diego de Guzmán, Patriarca de las Indias, Capellán Mayor de Su Majestad, más tarde Arzobispo de Sevilla y Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Todo aquel día estuvo el cadáver del Venerable P. Rojas en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, para que el pueblo tuviese

el gusto de contemplar aquel rostro, que aun sin vida, estaba tan hermoso y resplandeciente, que parecía glorificado, y allí estuvo hasta por la noche que le colocaron en el nicho dispuesto á este fin en la misma capilla que le sirvió muchos años de sepulcro. Durante diez días consecutivos, á partir del primero de Octubre, se celebraron por las Comunidades religiosas que había en Madrid, solemnísimas honras fúnebres, correspondiendo el último día hacerlas á la Real Congregación del Dulcísimo Nombre de María, fundada como ya sabemos, por el Venerable P. Rojas. Predicaron, durante dichos días, los oradores más célebres de aquel tiempo y asistió siempre casi la misma multitud de fieles que se vió el día de su entierro. Igualaron si no excedieron en solemnidad y pompa las honras fúnebres que le dedicó Valladolid, su patria, para las cuales se pusieron de acuerdo el Ilmo. Cabildo y nobilísimo Ayuntamiento, y el mismo día de San Simón y San Judas, consagrado al nacimiento del Venerable P. Fr. Simón de Rojas, el convento en que tomó el santo hábito, que tanto honró, hizo con cuanta majestad y grandeza pudo, lo que por su parte había hecho la ciudad de Valladolid, Toledo, Burgos, Salamanca, Cuenca, Medina del Campo y cuantas ciudades, villas y lugares habían recibido especiales beneficios del siervo de Dios, honraron también á su insigne bienhechor con suntuosos funerales. Aun en Portugal (en el convento de Lisboa), y en Francia (en el de París), se le honró al siervo de Dios en su muerte, que fué preciosa, y en París fueron dichas honras fúnebres oficiadas por el reverendísimo P. General Fr. Luis Petit.

Se hallaba entonces de Nuncio de Su Santidad en Madrid D. Julio Sachetti y al ver y oír la fama de santidad que en todas partes dejó el Venerable P. Rojas, así dentro como fuera de España, quedó como pasmado, llegando á exclamar: Si nuestro señor el Sumo Pontífice viera y oyera lo que aquí hemos oído y tocado nosotros, sin duda que á este siervo de Dios le canonizaría al punto.

Y en verdad, que á juzgar por los prodigios y milagros que obró al sexto día de estar sepultado, sin tener en cuenta las virtudes heroicas y otras obras maravillosas que en vida practicó, era motivo suficiente, como aseguraba el citado señor Nuncio de Su Santidad, para tributar al Venerable Padre Fr. Simón de Rojas los honores de los bienaventurados; pero como en estos casos y según la legislación canónica, entonces ya existente, no es el pueblo cristiano ni la voz del mismo, aunque esté revestida con los caracteres de la voz de Dios, la que ha de definir, qué mortal es digno de tan singulares y tan grandiosos honores, sino la palabra inspirada é infalible del vicegerente de Dios en la tierra, del supremo jerarca de la Iglesia, de ahí, que á pesar de tantas y tan evidentes pruebas como por todas partes había de la santidad del Venerable P. Rojas, no fuera en seguida beatificado como era el deseo, no digamos de los religiosos sus hermanos, sino de los Obispos, Grandes Señores, ricos y pobres, en una palabra, del pueblo español, y sobre todo en vivísimos deseos de verle por la Iglesia glorificado, ardía más que nadie la *Real Congregación de los Esclavos del Dulcísimo Nombre de María*, pues fué siempre como la hija, por decirlo así, predilecta y

mimada del *Santo Trinitario*, su fundador y su padre.

Las informaciones que deben de preceder á la beatificación de los que en la tierra han muerto *en olor de santidad*, dieron bien pronto principio en cuanto se refieren á nuestro biografiado el Venerable P. Rojas, pues la primera Junta, compuesta de personas respetabilísimas, nombrada por el mismo señor Nuncio de Su Santidad, se reunió con tal objeto el 31 de Enero de 1625. Mas he aquí que en aquel mismo año dió un decreto el Papa Urbano VIII, en el cual consignaba ciertas condiciones ó requisitos imprescindibles para la admisión de tales expedientes, y era una de esas condiciones, que debían de haber trascúrrido cincuenta años desde que murió el que se deseaba fuese beatificado. El primer expediente para proceder á la beatificación del Venerable P. Fr. Simón de Rojas por la causa indicada, resultó inútil. Hubo, pues, que esperar á que pasaran los cincuenta años de la muerte del Venerable, así que el segundo expediente tuvo lugar el año 1683. Descubrieron la caja donde se hallaba encerrado el cuerpo del Venerable P. Rojas, la abrieron estando presentes los médicos que habían de informar y hallaron el cuerpo del santo, completo é incorrupto, y advirtieron y notaron como lo habían ya notado y advertido en otras ocasiones, que despedía de sí un olor suavísimo que confortaba los sentidos, cuya fragancia parecía derivada de la Gloria, porque no se hallaba cosa en el mundo á qué compararla. Con el permiso competente, en vez de dejar el santo cuerpo en la misma capilla, lo colocaron en un sepulcro nuevo que se hizo al lado

del Evangelio. Un escritor del siglo XVIII dice: Tiene una lápida con su rótulo encima que declara el tesoro que en sí encierra. Las informaciones que se hicieron acerca de las virtudes y milagros del Venerable P. Rojas, pasaron á Roma y nadie ignora que contribuyen siempre muchas causas para que estos expedientes tarden en resolverse años y aún siglos. Poco menos de uno pasó, para que el Venérable P. Rojas fuese reconocido por la Iglesia como beato, pues al principio de esta biografía lo dejamos consignado.

El día 13 de Mayo, día doblemente célebre para la patria del Venerable, por celebrar ese día la fiesta de su santo patrono San Pedro Regalado, el día 13 de Mayo del año mil setecientos sesenta y seis, Su Santidad el Papa Clemente XIII, revestido de su autoridad infalible, declaraba que el Venerable Padre Fr. Simón de Rojas debía ser llamado de allí en adelante el *Beato Simón de Rojas*, pudiéndosele tributar públicamente los honores que se tributan á los santos.

Desde el cielo, donde indudablemente será para Vos ¡oh santo trinitario! ¡oh Beato Simón de Rojas! un gozo y un consuelo contemplar vuestra obra, la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María y ver el fervor que á pesar de haber trascurrido tres centurias se conserva aún vivo en el corazón de vuestros hijos, derrama hoy sobre ellos una bendición de padre y fundador, para que llenos de abnegación y de heroísmo sigan tus ejemplos y puedan cumplir en la tierra con esa misión sublime

que les has dejado y que es una de las más gratas y más bella á los ojos de Dios «socorrer al pobre» y tan digna de ser recompensada en esa mansión de felicidad donde tú habitas, que en esa obra de una manera especial fundará el supremo Juez el día de la cuenta, la razón de su justicia «tuve hambre y me dísteis de comer» venid benditos de mi Padre. (S. Mat. XXV, v. 34).

Esa bendición, esa gracia, esa justa recompensa, ese último destino pide el que estas líneas en tu honor ha escrito, para todos tus hijos, para todos tus hermanos, para tu Real Congregación de los Esclavos del Dulcísimo Nombre de María; te la pido, sí, ¡oh bienaventurado Simón de Rojas! con todo mi corazón, y cierto y segurísimo estoy que se las has de conceder porque te la pido en el Nombre Dulcísimo de María y en el mismo día en que la Iglesia universal canta las glorias de este Nombre que formó en la tierra tus delicias. Así sea.

AVE-MARÍA

Día 10 de Septiembre de 1911.

El Dulce Nombre de María.

CONCLUSIÓN

Como broche de oro purísimo labrado y pulimentado por inteligente artista, es lo ya en sí, pero lo es aún mucho más para nuestro intento, el bellísimo artículo que con el título de un *Centenario* publicó en *El Universo* el prestigioso é ilustre jurisconsulto D. Ramón García-Rodrigo Nocedal con motivo de celebrar el tercero de su fundación la Congregación del Ave-María, y por ser así, como por sí mismos van á ver nuestros benévolos lectores, le damos gustosísimos aquí cabida, cual joya que inmensamente avalora el humilde trabajo que con la ayuda de Dios y de su Santísima Madre la Virgen María hemos llevado á cabo en honor y para gloria del ilustre vallisoletano el Beato Simón de Rojas.

UN CENTENARIO

LA CONGREGACIÓN DEL AVE MARÍA.

En el centro de Madrid, junto á la Puerta del Sol, existe, establecida desde hace tres siglos, y perdurando á través del tiempo y del encrespamiento de las pasiones políticas (que durante las tres pasadas centurias tan profundamente han agitado á la sociedad española), una de esas obras sencillísimas en su origen, que la fe y ardiente caridad de algunas almas

bién templadas en el amor al prójimo desvalido, sembrara por todo el ámbito de España, en épocas en que no era moda denostar, calumniar y perseguir á los frailes.

Y un fraile, Fray Simón de Rojas, de la Orden de la Santísima Trinidad y Redención de cautivos, hoy beatificado por la Iglesia y venerado en sus altares, fué precisamente el fundador de la admirable obra creada con el título del Ave María, no sólo para honrar á la Madre de Dios, sino también en obsequio á la Señora para contribuir al alivio del menestero, dando de comer al hambriento.

Son, pues, los que á tan benemérita Corporación pertenecen, Esclavos del Dulcísimo Nombre de María Santísima, y en señal de tan suave esclavitud llevan siempre en los labios, como salutación, aquella tan grata, del Arcángel San Gabriel: «¡Ave María!»

¡La Congregación del Ave María! En los anales de esta institución cuentan verdaderas maravillas, heroicas proezas de amor al prójimo, y muestras tan acabadas y completas de lo que es y de lo que puede la ardiente caridad cristiana, que si se escribiesen y publicasen habrían de parecer á los frívolos é indiferentes fruto de la más fecunda imaginación meridional.

En sus archivos constan, escrupulosamente conservadas, cuentas y liquidaciones que acreditan la generosidad, el desprendimiento, la largueza con que el pudiente ha subvenido durante trescientos años consecutivos, al socorro del necesitado. En sus registros figuran, suscribiendo las correspondientes cartas de esclavitud, con la fórmula de ... hoy á ...

me entrego y ofrezco á la Serenísimá Reina de Cielo y Tierra, María, en devoción de su Dulcísimo Nombre, las firmas de monarcas, de príncipes de la sangre, de cardenales, de obispos, de dignidades, títulos y grandes, de preclaros varones que á la Patria legaron nombres gloriosos en el ejercicio de las armas, en el cultivo de las letras y de las artes liberales, y lo que más la enaltece y honra: los autógrafos de algunos santos que fueron esclavos y congregantes.

Allí, en aquella alegre y risueña capillita, recientemente restaurada, filial un día del convento de la Santísima Trinidad de Religiosos Calzados, que preside desde el altar la imagen de talla de Nuestra Señora, en la invocación del Dulcísimo Nombre de María, propiedad que fué de aquella princesa de la casa de Austria, sor Margarita de la Cruz, monja profesá en el real convento de las Descalzas Reales; allí, decimos, se ve á diario, mezclados y confundidos, al prócer y al indigente, á la gran señora y á la infelice y desvalida mujer; á aquéllos con sus harapos; á éstas haciendo resaltar sobre sus modestos atavíos la cinta azul de la medalla de congregante; todos á los pies de la Reina del Cielo, que con las manos extendidas, y con una sonrisa consoladora, parece querer atraer y abrazar á sus hijos. Y, de hecho los atrae, pues según frase de cierto cronista, refiriéndose á esta imagen, «es ella el imán de los corazones, y con sólo mirarla se inflaman en ansiosas demostraciones de amor y devoción».

En aquella sala-comedor, después de celebrado el sacrificio de la misa, y rezado el rosario, frecuentemente se contempla el admirable, el emocionante

espectáculo de ver comer, sobre limpios manteles, cómodamente sentados, cariñosísimamente servidos: en persona por los congregantes, en un ambiente de paz, de armonía, que compensa de los egoísmos, ingraticudes é injusticias de la vida, á 72 pobres de uno ú otro sexo, en cuyos rostros no es raro ver reflejadas dos distintas impresiones: la de la gratitud por el bien recibido; la del asombro, rayano á veces en la estupefacción, al contemplar cómo sin ostentación, sin ruido, sencillamente señoras y caballeros, muchos, muchísimos de los cuales pueden sostener y sostienen á su servicio legión de criados, les sirven humildemente, poniéndoles delante las viandas, partiéndoles el pan, ayudándoles á poner en vasijas aparte lo que quieren reservar para llevárselo á sus casas y compartirlo con los suyos, y no pocas veces poniéndoles la comida en la boca, cuando de algún impedido se trata.

A aquel comedor de la caridad se han acercado, y muchas veces se acercan, personas reales despojándose, en su voluntad al menos, y en aras de puros sentimientos, de toda la majestad de la tierra, para glorificar á la Majestad Divina, de la que toda otra dimana, descendiendo con cristiana humildad á convertirse en servidores solícitos, cariñosos, de los pobrecitos de Dios.

La reina D.^a María Cristina de Habsburgo, en aquel modesto comedor que preside el retrato del Beato fundador, ha confortado con su ejemplo, consolado con palabras de aliento, precursoras de otros consuelos y ayudas que más tarde han llegado á muchas guardillas, á los necesitados á quienes primeramente ella sirviera con sus manos; la reina doña

Victoria Eugenia, con esa plácida sonrisa que pone en su rostro, y en su mirada el reflejo de todos los candores de un alma angelical, ha llevado á aquel lugar, con su presencia, la alegría de la juventud y de la belleza consagrada al bien; la infanta D.^a Isabel, la buena infanta, la unida y compenetrada con las clases humildes, y la infanta D.^a María Teresa, la de fe ardiente y caridad inagotable, la princesa católica, personificación admirable de todas las virtudes ingénitas en la dama española, allí derraman con frecuencia á manos llenas, con prodigalidad infinita, no solamente el bien material, que calma el hambre de un día, sino ese otro bien de la solicitud cariñosa, del consuelo en la aflicción, del consejo en las situaciones apuradas, y cuando el mal es irreparable, de la participación con el mísero que lo sufre, uniendo á las suyas ardientes lágrimas brotadas del alma.

Así se practica en esta Congregación el bien, y así se propaga constantemente, en la intimidad y en el recogimiento de una Asociación religiosa, que enseña al pobre y al humilde que en Dios todos somos hermanos; que si el indigente debe gratitud al rico, el poderoso debe protección al necesitado; que el lazo indisoluble de unión entre los altos y los bajos es el del amor recíproco, que une los corazones y engendra la caridad; que son peores que fieras los que, con sus predicaciones absurdas de radicalismos y socialismos materialistas, crean antagonismos, fomentan odios, dividen á los hombres en razas, abren abismos insondables entre el pobre y el rico, llenan de lobregeces el hogar y aun la inteligencia de los desvalidos, y en sus manos ponen la tea incendiaria y el puñal homicida; que no está el mejoramiento

que buscan en incendiar templos, en ultrajar á religiosas, en violar sepulturas, en abominar de la Patria, en atacar Tronos, sino en ser los unos para los otros, y todos juntos para Dios, que es la máxima sublime de la religión católica, escrupulosamente practicada por la Congregación del Ave María.

Tal es la institución benemérita que actualmente se dispone á celebrar el tercer centenario de su fundación, acaecido en 21 de noviembre de 1611, con fiestas y solemnidades que perpetúen su memoria. Entre ellas figuran en primer término las de carácter benéfico y religioso (comidas extraordinarias á los pobres y reparto de ropas; solemnísima novena y función y exposición en su capilla de objetos del tiempo de la fundación); la representación en uno de los mejores y más capaces teatros de Madrid, y por actores ilustres, de un drama de la época y de un auto sacramental en beneficio de la Congregación y con destino á sufragar los gastos del centenario; y por último, el reparto solemne de los premios adjudicados en el certamen literario anunciado desde el mes de mayo, y que ya constituye un éxito por el número de obras en prosa y verso presentadas á los diferentes temas propuestos, muchas de ellas verdaderamente notables.

Preciso es, pues, que todos contribuyamos al mayor esplendor de las fiestas del tercer centenario, que patrocinan sus majestades y altezas reales, y á las que prestan con entusiasmo su concurso el prelado, la aristocracia madrileña y número considerable de personalidades de notoria significación y valía. Porque al hacerlo así no sólo trabajamos eficazmente porque perdure en siglos venideros tan hermosa

institución, sino también porque, al conmemorar la existencia secular de obra tan admirable, rendimos un merecido tributo de admiración y cantamos un himno de gloria á la virtud excelsa y predominante de esta sociedad española: la caridad, que ha sido, es y será siempre el nervio que la sostiene, el que la hace incommovible, y el que la impulsa, aun en medio de sus momentáneos desvaríos, á los más grandes heroísmos.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	v
CAPÍTULO PRIMERO	
Época y lugar de nacimiento del Beato Simón de Rojas. — Su infancia y primeros estudios.....	1
CAPÍTULO II	
Es admitido Simón en el real convento de la Santísima Trinidad, de Valladolid. — Le impone el santo hábito de la orden el insigne religioso y entonces Ministro de aquel convento P. Maestro Fr. Rodrigo de Terán. — Profesa Fr. Simón después de cuatro años de noviciado. — Es destinado á Salamanca á continuar sus estudios y en aquella ciudad es ordenado de sacerdote.....	11
CAPÍTULO III	
El P. Simón de Rojas Vicario de Villoruela.....	21
CAPÍTULO IV	
Camino de Toledo. — Visita el P. Rojas la santa imagen de Nuestra Señora de la Caridad, de Illescas. — Llega al antiquísimo convento de Toledo. — Cumple con su oficio de Lector el primero y segundo curso de Artes. — Explica en el mismo convento Teología. — Dedicase al púlpito y confesonario. — Sabios consejos que daba á sus discípulos é hijos espirituales. — Bachiller en Teología por la Universidad de Valladolid.....	25

CAPÍTULO V

Es elegido el Venerable P. Fr. Simón de Rojas Ministro del convento de Cuellar —Hermosa máxima de buen gobierno.—Renuncia su cargo de Ministro de este convento y es elegido Ministro del convento de Talavera de la Reina.—Devoción del P. Rojas á la Virgen del Prado.—Pasa al convento de la Guardia.—Retírase á la ermita del Santo Niño.—Penitencias asombrosas que allí hace..... 31

CAPÍTULO VI

Sale el P. Fr. Simón de Rojas para Cuenca por haber sido nombrado Ministro de aquel convento.—Su caridad para con los pobres, los atribulados y enfermos.—Propaga con sus sermones la devoción á la Santísima Virgen de los Remedios.—Guerra cruel que hace el demonio al Venerable P. Fr. Simón.—Implora el auxilio de la Santísima Virgen visitando la santa imagen de Texeda.—Singularísimo favor que recibe de María, poniéndole el Cíngulo de la Castidad.—Elogio en honor del Venerable P. Fr. Simón, por Lope de Vega..... 36

CAPÍTULO VII

Regreso del Venerable P. Fr. Simón al convento de Cuenca.—Pasa al poco tiempo á ser Ministro de Ciudad-Rodrigo.—Se levanta contra el Venerable Padre una gran borrasca de la que hace Dios triunfe con su serenidad y virtud.—Cómo deben de celebrar sus Capítulos los religiosos.—Profetiza al nuevo Provincial su muerte.—Le aconseja y aun manda el P. Provincial reciba el grado ó título de P. Maestro.—Deja el Venerable P. Simón de Rojas de ser Ministro de Ciudad-Rodrigo..... 45

CAPÍTULO VIII

El Venerable P. Fr. Simón de Rojas pasa de Ciudad-Rodrigo á la villa de Medina del Campo para ser Ministro del convento de este último lugar.—Socorre milagrosamente á los pobres que perecían de hambre á causa de una gran sequía.—Obra en Medina otros prodigios.—Se cumple con toda exactitud la profecía referente á la muerte del M. Reverendo P. Provincial..... 55

CAPÍTULO IX

- El Venerable P. Rojas en el convento de Fuensanta.—Oye en la soledad de dicho santuario de Fuensanta, una voz del cielo que le dice pase á la corte de Madrid.—Le revela la Santísima Virgen el destino de los Reyes de España, así como los males que amenazan á ésta..... 61

CAPÍTULO X

- Llega el Venerable P. Fr. Simón de Rojas á Madrid.—Sus relaciones con los Reyes de España.—Pasa con la corte á Valladolid..... 65

CAPÍTULO XI

- Retrato ó fisonomía moral del P. Rojas.—Es nombrado Visitador de la provincia de Andalucía.—Acepta el cargo por obediencia y cumple con él.—Demuestra en Sevilla su extraordinaria virtud.—Prodigios que obra en dicha ciudad..... 71

CAPÍTULO XII

- Es trasladada de nuevo la corte de Valladolid á Madrid.—Emprende el Venerable P. Rojas su viaje al convento de Madrid.—Oratorio conocido en Madrid con el nombre de Caballero de Gracia.—Sermones del P. Rojas durante trece años continuos en dicho oratorio.—Fruto de sus sermones.—Qué dijo acerca del P. Rojas su sucesor el Padre Jerónimo de Florencia al subir por primera vez á aquel púlpito..... 77

CAPÍTULO XIII

- Es elegido Ministro del convento de Madrid el Maestro Fr. Diego de Guzmán y muere sin tomar posesión de su cargo.—Nombra la Comunidad de aquel convento al P. Rojas para sustituir al Maestro Fr. Diego.—Acepta el Venerable P. Rojas el cargo de Ministro.—Su devoción para con el Santísimo Sacramento.—El P. Monroy Redentor General de cautivos.—Sale para Argel con los Padres Aguila y Palacios.—Triste desenlace de su misión..... 81

CAPÍTULO XIV

Nombra la Comunidad del convento de Madrid al Venerable P. Maestro Fr. Bernardo de Monroy, sucesor del P. Rojas, en su cargo de Ministro de aquel convento.—Mientras llega de Argel se encarga de la presidencia del citado convento el Venerable P. Rojas.—Sequedades y desconsuelos que sufre el Venerable P. Rojas.—Su correspondencia con los cautivos.—Remite grandes limosnas á Argel.—Mueren gloriosamente los Venerables PP. Aguila, Palacios y Monroy.—Solicita el Padre Rojas su culto..... 95

CAPÍTULO XV

La serenísima Infanta Margarita de Austria, religiosa en el convento de las Descalzas Reales, de Madrid, pide al Venerable P. Rojas sea el director de su conciencia.—Idea elevadísima que el Venerable P. Rojas se formó del espíritu de Sor Margarita de la Cruz, en el mundo, Infanta Margarita.—Revela Dios de nuevo al Venerable P. Rojas la muerte de la Reina Margarita y éste se lo manifiesta á su prima la Infanta.—A instancias del Padre Rojas funda la Reina el Real convento de las Agustinas Recoletas de la Encarnación.—Enferma gravemente la Reina.—Recibe de manos del Padre Rojas los Sacramentos.—Muere la Reina Margarita en el Escorial..... 103

CAPÍTULO XVI

Realiza el Venerable P. Fr. Simón de Rojas su grandioso ideal, fundando en el convento de Madrid el día 21 de Noviembre de 1611 la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo Nombre de María.—Esclavos regios.—Aprobación de la Congregación.—Pontífices que la distinguen y favorecen.—Hacen lo mismo otros muchos personajes.—Fin de tan hermosa y benéfica Congregación.—Su vitalidad hasta nuestros tiempos.—El Universo.—Un artículo de la serenísima Infanta Paz..... 113

CAPÍTULO XVII

Deja el Venerable P. Rojas de ser Presidente del convento de Madrid.—Es nombrado Visitador de

provincia.—Se retira al convento de Nuestra Señora de las Virtudes.—Sale de allí para ser Ministro del convento de Valladolid.—Es visitado por el Rey D. Felipe III y su hija la Infanta Doña Ana Mauricia en el mismo convento de Valladolid.—Les acompaña el Venerable P. Rojas en su viaje á Francia.—Casamiento de la Infanta Ana Mauricia con Luis XIII, Rey de Francia.—Instrucciones y consejos admirables que con tal motivo la da el Venerable P. Rojas.—Regresa el Venerable Padre Rojas á su convento de Valladolid..... 127

CAPÍTULO XVIII

El Rey D. Felipe III pide al R. P. Provincial que envíe al Venerable P. Rojas á la corte.—Le encarga el Rey la educación de los Infantes de España.—Sirve al mismo tiempo al Rey como el más sabio, fiel y prudente consejero.—Propone el Rey al Venerable P. Rojas para el obispado de Jaén y no le admite.—Le propone más tarde para el de Valladolid y también renuncia..... 137

CAPÍTULO XIX

La Comunidad del convento de Madrid elige por tercera vez al P. Rojas Ministro de aquel convento.—Enferma el Rey D. Felipe III y es asistido por el Venerable P. Rojas hasta su muerte..... 143

CAPÍTULO XX

Es elegido Superior de la provincia de Castilla el Venerable P. Fr. Simón de Rojas.—Conducta del Venerable Padre como Provincial.—Hace la visita regular á los conventos de la Mancha.—Se detiene en el convento de Texeda.—Estando en él recibe la noticia de haber sido nombrado por el Rey Felipe IV confesor de la Reina Doña Isabel de Borbón.—Acompaña la Santísima Virgen al Venerable P. Rojas á Fuensanta..... 149

CAPÍTULO XXI

El Venerable P. Rojas en Fuensanta.—Termina en éste su visita y pasa al de la Guardia y Dos Barrios.—En Toledo predica el día de la fiesta del Dulcísimo Nombre de María.—Bendice la mesa y

sirve á los pobres del Ave-María.—Se ve obligado á regresar á Madrid por haber recibido aviso del Rey D. Felipe IV..... 159

CAPÍTULO XXII

Llegada del P. Rojas á Madrid.—Cómo fué recibido por S. M. el Rey y la Reina.—Pone el Venerable P. Rojas algunas condiciones para aceptar el cargo de confesor de la Reina y le son concedidas.—Hace la Reina grandes progresos en el camino de la virtud bajo su dirección.—Presenta la renuncia de su cargo de Provincial y le manda la obediencia que prosiga.—Hácese en su tiempo de Provincial una redención de cautivos.—Cómo atiende el Venerable P. Rojas las solicitudes y memoriales que le dirigen los pobres..... 163

CAPÍTULO XXIII

Deja de ser Provincial el Venerable P. Rojas.—Es elegido para sucederle en tan importante cargo el P. Maestro Fr. Fernando Núñez.—Pide éste al Venerable P. Rojas le dé algunas reglas para gobernar con acierto la provincia y el Venerable Padre Rojas, por obediencia se las da.—Ofrece á Dios el P. Rojas hacer lo que juzgase ser de mayor perfección y hacer cuanto le pidiesen por María Santísima..... 171

CAPÍTULO XXIV

Suceso horrendo que dió motivo á que el amor divino hiriese de muerte al Venerable P. Rojas.—Se dispone para la última jornada.—Su despedida.—Su muerte..... 179

CAPÍTULO XXV

Es depositado el cadáver del Venerable P. Rojas en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios.—Solemnísimas honras fúnebres en Madrid, en Valladolid, su patria, y en otras ciudades y conventos de los PP. Trinitarios.—Es elevado al honor de los altares.—Plegaria.—Conclusión..... 187



Acabóse
de imprimir esta obra en Valladolid
en la imprenta del Colegio de Santiago
para huérfanos del Arma de Caballería,
el viernes 14 de Junio de 1912
fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

